

GALERÍA DE GALLEGOS ILUSTRES

Esta obra es propiedad.

Se perseguirá ante los tribunales á quien la reproduzca en todo ó en parte, sin autorización especial del autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

GALERÍA DE GALLEGOS ILUSTRES

POR

TEODOSIO VESTEIRO TORRES,

TOMO II

GUERREROS.

MADRID:

IMPRENTA Á CARGO DE HELIODORO PEREZ,
Calle de Noblejas, 3, bajo.

1874.

PROLOGO.

Las glorias de la guerra han sido siempre el asunto predilecto de los historiadores.

Hay en ellas algo de grandioso. Una idea que hace luchar hombres con hombres no puede ser mezquina; y si tal pareciera muchas veces á primera vista, no dejará de conocerse, con más profundo estudio, que todos los movimientos de la humanidad responden á un plan providencial, superior y eterno, que adscribe al órden universal de los seres esas evoluciones del género humano llamadas *guerras*.

La historia ha conservado con diligente solicitud los nombres de los conquistadores. Si los lauros del talento no le han merecido siempre iguales afanes, de deplorar es; pero no por eso mermaremos la honra debida á aquellos valerosos guerreros que han trazado con su espada brillantes epopeyas, dignas de la patria que honraron y dignas del Ser Supremo cuyo instrumento fueron por ventura.

Los hijos de *Galicia* podemos, escrita ya la historia de este noble país, (1) blasonar del mérito de nuestros mayores.

Ellos pelearon en las antiguas épocas, cuando Roma y Cartago se disputaban el imperio del mundo, llegando á ser los soldados del Letes terror de los legionarios del Tiber.

Ellos enseñaron á los déspotas cómo se muere por la libertad y la patria: díganlo los Herminios y los Médulos; díganlo aquellos Cimanienses que respondieron al invasor: *hemos recibido de nuestros padres el hierro para vindicarnos, no el oro para vendernos.*

Ellos, después del heroico sacrificio que terminó la guerra de Cantabria, dieron á la inmortal metrópoli capitanes y emperadores, que ornaron sus sienes con la corona de los bravos.

Ellos recorrieron los solares de Iberia bajo el invicto estandarte de los monarcas suevos.

Ellos lucharon por la integridad española en la titánica guerra de ocho siglos, combatiendo en Granada como habían combatido al iniciarse la reconquista.

Ellos arrebataron del poder del muslim esa her-

(1) Al fin, después de tentativas malogradas repetidamente, contamos con un cuerpo de doctrina íntegro y cabal en la *Historia de Galicia*, obra que por los antecedentes podía reputarse imposible y á la cual acaba de dar cima el digno hijo de nuestros honrados hogares D. Benito Vicetto. Considerando lo trascendental de su trabajo, y la halagüeña perspectiva de la literatura gallega en el momento presente, ábrese el corazón á la esperanza, presagiando: ¡ojalá con suceso feliz!—días de gloria para nuestra queridísima patria.

mosa tierra, hermana nuestra por la sangre, el idioma, la fé y la tradicion, tierra de héroes como de flores, que saludamos con el nombre de *Gallega*.

Ellos cumplieron como buenos en las modernas edades de Austrias y Borbones, como habian cumplido en las turbulencias de la Edad Media, cuando Galicia tenia vida propia, vida suficiente para dársele á reyes y á reinos.

Jamás faltó la sangre de los soldados gallegos, si la patria necesitó su sangre. Modelos de lealtad y de esfuerzo, pasmaron á Roma un dia, otro dia al Africa, y amigos y enemigos vieron en ellos el dechado del valor militar, timbre radioso con el que pudieran tambien adquirir para su escudo el mote de Bayardo: *sin miedo y sin tacha*.

Desde Silio Itálico hasta Wellington se deslizaron los siglos amontonando ejecutorias sobre nuestros Cides. El poeta daba el primer lugar á la juventud gallega. El general invitó á los guerreros del mundo civilizado para que imitasen á los *inimitables* gallegos.

No se registra la historia galáica sin admirar en cada página un triunfo.

Esto es tal vez el mayor obstáculo para bosquejar semblanzas de *gallegos ilustres* en la milicia.

Cada soldado nuestro es un bravo, y el recuerdo esclusivo de un héroe parece deprimir la grandeza de otro. No creemos que suceda lo mismo en crónica alguna, como no sea la de la madre España.

A la historia toca reseñar las gloriosas empresas de los hijos de Galicia solidariamente. Nosotros,

al fijarnos en esta ó aquella eminencia militar, no trazamos la historia de un pueblo, sino un rasgo de sus mejores páginas, objeto de la GALERÍA.

Volvamos, pues, los ojos á esa bendita porción de la patria española, y movidos del cariñoso impulso que nos escita á engrandecerla, recordemos aquí sus más espléndidos fastos en las armas.

¡Salud á nuestros *Guerberos*!

Madrid, Junio de 1871.



VIRIATO EL RÉGULO

I.

Roma y Cartago se disputaban el imperio del mundo.

España, de antiguo conocida por los fenicios, les guardaba fé, y á ello debió el ser teatro de las guerras púnicas.

Asdrúbal había sido asesinado. Su sobrino Aníbal juró á la edad de nueve años odio implacable á Roma, y apenas cumplidos cinco lustros de su vida, fuéronle confiadas por Cartago las fuerzas de la república, con las que emprendió la conquista de España, dando cima al atrevido propósito el postrer día de Sagunto.

Ante aquellos históricos muros recibió Aníbal el magnífico escudo que le enviaban los hijos de Galicia, prenda de amistad sincera por parte de los valerosos descendientes de las tribus célticas.

Obra de Galicia, como el fuerte casco de brillante cimera y nitidas plumas, no menos que la

espada de acero templado en nuestras aguas, la temerosa lanza, la coraza de triple tejido con nudos de oro, y la maravilla artística cincelada en el resplandeciente bronce; todo simbolizaba el valer de los que consagraban la bélica ofrenda al que poco después haría temblar la metrópoli del Tiber con el eco de las victorias ganadas por los gallegos de sus pujantes legiones.

Aníbal, orgulloso de tal regalo, sacudió con fuerza la nueva armadura, y colocándola sobre sus robustos hombros, exclamó:

—¡Oh armas! ¡Cuánto os humedecerá la sangre enemiga!... ¡Oh Senado de Roma! ¡Cómo sufrirás mi venganza!—

Entonces comenzó la segunda guerra púnica.

II.

Destruída Sagunto, y persuadido Aníbal de que no podría acabar con los romanos sino conquistando la ciudad eterna, se puso en marcha hacia Italia con un ejército de 50.000 infantes y 9.000 caballos.

Atravesó las Galias, salvó el Ródano, y con pasmosa celeridad emprendió la subida de los Alpes. El agua, la nieve, el frío, la aspereza, el desamparo, el peligro, la fatiga, la peste, nada arredró al héroe de tanta empresa, la más grande acaso de su vida.

Cuando pisó tierra italiana, su contingente se había reducido á 55.000 hombres.

Con ellos venció á Cornelio Escipion en el Tesino, á Sempronio Longo en el Trebia, y á Cneo Flamínio en el Trasimeno.

Ocho mil españoles peleaban en sus filas, y allí estaba Galicia representada por sus guerreros.

Silio Itálico, el imitador de Virgilio, nos legó en su poema *De bello punico* la memoria de nuestros esforzados abuelos.

«La rica Galicia—canta el poeta—envió su juventud, sábia para adivinar el porvenir en las fibras de la víctima, en el vuelo del ave y en la llama sagrada, ora entonando los extraños versos de sus idiomas patrios; ora azotando la tierra con el golpe alternado de los piés; ora chocando á compás los sonoros escudos, juego, solaz y placer el más grato para ella.»

Llevaban espada de dos filos y de tan admirable temple, que no resistía á sus golpes casco ni escudo; daga corta, de nueve pulgadas, propia del que hiere de cerca; yelmo de bronce con penacho de color escarlata; hachas, lanzas, picas y flechas.

El cantor de esta guerra, una de las más notables de la antigüedad, asigna los primeros lugares á los jóvenes galáicos, cuyas belicosas costumbres y esfuerzo personal se complace en describir minuciosamente, añadiendo que no faltó la juventud etioliana de *Tide* (Tuy) en las jornadas de Etruria.

Así la expedición de Aníbal es una honrosa página de nuestra historia.

III.

Al frente de los soldados gallegos iba el régulo ó jefe *Viriato*, cuyo nombre debió ser para Roma el siniestro presagio de las derrotas que le esperaban con el futuro *Viriato* de la indómita Lusitania.

¿De Lusitania!... ¿Quién sabe dónde nació el temible capitán que tantos cónsules vió rendidos á sus piés?

De Galicia partía y á Galicia tornaba cada vez que un nuevo laurel circundaba su frente. Galicia fué el palenque de sus hazañas, patria de sus soldados, hija predilecta de sus desvelos... ¿Sería *Viriato* gallego?

Lo fué su antecesor, el régulo que mandaba la bizarra cohorte de Aníbal y que se cubrió de gloria en las épicas batallas que pusieron á Roma al borde de su ruina.

Consternada la metrópoli, buscó su salvación en la dictadura, y confió su suerte á Quinto Fabio Máximo, que solo, y apesar de la fogosidad de Minucio Rufo, general de la caballería, disminuyó con su estrategia los recursos de Aníbal.

Le sucedieron los cónsules Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo, cuya temeridad atrajo sobre Roma la más inmensa desdicha.

No pudieron resistir 86.000 combatientes romanos á 50.000 soldados del cartaginés.

Diose la horrible batalla en Cannas, comarca de la Apulia, quedando en el campo 67.000 hombres de Roma. La mortandad fué tan atroz, que el mismo Aníbal gritaba asombrado á sus valientes que perdonaran á los vencidos, para no acabar en un día con el ejército más florido del Lacio.

En esta victoria cupo no escasa parte á la hábil y guerreadora juventud de Galicia, y en ella terminó su carrera el magnánimo régulo *Viriato*.

Invadiendo las filas enemigas, llegó el osado celta hasta el lugarteniente Servilio, segundo jefe de los romanos, y le dió muerte.

En aquel trance doloroso, el cónsul con todos los que le rodeaban cercó á *Viriato*, que sucumbió lleno de gloriosas heridas en medio de los atónitos hijos del Tiber.

¡Insigne ejemplo de valor y de ánimo generoso que abrillanta los fastos de la historia de nuestra tierra!

IV.

Aníbal no fué dueño de Roma porque no quiso serlo.

En cambio Roma dominó más tarde en el mundo conocido.

Cuando Galicia fué una provincia romana, los

orgullosos conquistadores latinos levantaron estatuas á los varones ilustres de este país siempre noble y siempre fecundo.

Cayo Valerio Arabino, del Vierzo; Cayo Virio Fronton, de Lugo; Marco Valerio Pio, de Braga; la sacerdotisa Lucrecia, en fin, merecieron estos honores.

Viriato el régulo, vencedor de Roma, no podía deber á Roma una estatua.

Los siglos sepultan á su paso la memoria de nombres y fechas. No olvidemos nosotros el fiasco de Cannas, en cuya jornada sin igual pelearon nuestros padres, vibrando el rayo de su cólera sobre la soberbia latina.

Acaeció el memorable triunfo de nuestras armas el año 538 de la fundacion de Roma, 216 antes de Jesucristo.

GUILLEN GONZÁLEZ.

I.

Apenas subió al trono de Leon Ramiro III, (1) hubieron de conocer sus vasallos que no tenían rey á propósito para hacerlos felices.

Era el monarca altivo, mal intencionado, cobarde, y como tal, nada clemente ni piadoso. Emancipado de sus ilustres tutoras Teresa y Elvira, que tan gratos recuerdos dejaban, desoyó sus prudentes consejos y se casó con una mujer que no era quizá de las más dignas de ceñir corona.

Pronto los magnates dieron señales de disgusto, y los próceres gallegos, siempre menos sufridos que los demás en aquellas épocas, llegaron á sublevarse contra Ramiro, y proclamaron rey á Bermudo, hijo de Ordoño III.

(1) Si el lector se maravilla porque de los tiempos de Aníbal pasamos á plena Edad Media, cumple consignar aquí que los mejores guerreros de Galicia en este intervalo fueron nuestros *príncipes*, quienes constituirán otro tomo de la *GALERÍA*.

Fué consagrado este príncipe en la basílica de Santiago el año 980, y conocido en la historia con el nombre de *Bermudo II el Gotoso*.

Ramiro acudió entonces á las armas, hizo lo propio Bermudo para defenderse, viéronse ambos en Portela de Arenas, pelearon sus ejércitos, y quedó la victoria indecisa.

Retirados los contendientes á sus respectivas mansiones de Leon y Compostela, la muerte de Ramiro en 982 dejó libre á su rival Bermudo la senda del trono.

El rey favorito de los gallegos heredó la corona leonesa para testificar las amarguras de la vida de monarca.

Ni salud ni fortuna reservó la Providencia al sucesor de Ramiro, cuyo solio fué lecho de espinas, envenenadas por la buena estrella del terrible Almanzor.

II.

Hacia el otoño de 981 pasó el Duero con intenciones nada benignas el victorioso guerrero de Córdoba, enemigo cordial del nombre cristiano.

Acampó Almanzor en las márgenes del Esla sin cuidarse mucho de precauciones, fiado en la tremenda fama que por do quiera difundian sus empresas de héroe.

Los cristianos de Leon no descansaban, antes

por el contrario tenían fijos los ojos en los invasores, y desde las alturas próximas al real de Almanzor estudiaron un plan para escarmiento del hagib.

Cuando los musulmanes se hallaban en mayor descuido, se vieron de súbito atacados por las huestes leonesas.

El impetu de éstas y la sorpresa de aquellos escarparon el pánico en el campamento, y los pocos escuadrones moriscos que lograron rehacerse, fueron atropellados por su misma infantería á la desbandada.

Los cristianos mataron sin piedad, aprovechando el estupor y la confusion del enemigo.

Almanzor, desesperado y trémulo de corage, lanzó su turbante al suelo, llamando por los nombres á sus mejores capitanes, quienes se agruparon en seguida junto á él. Así pudieron reunir algunos soldados, restablecer un tanto el orden, formar las haces é impedir á todo trance una espantosa derrota.

Pero ya era inútil y tardio el intento de los moros. Los leoneses, escasos en número para sostener batalla campal, se pronunciaban en retirada, satisfechos con la carnicería hecha en sus enemigos.

Cerráronse en Leon despues de la sangrienta jornada, sabedores de que Almanzor trataria de atacar la capital para vengar el revés de las orillas del Esla.

Las tormentas del invierno salvaron por entonces á los cristianos, pues el hagib tornó á Córdoba,

dejando para mejor ocasion el satisfacer sus venganzas.

El jefe de los guerreros cristianos habia sido *Guillen Gonzalez*, valeroso conde de Galicia.

III.

Mientras duró la paz, Almanzor, ardiendo en ansias de castigar á los leoneses, dispuso los medios de sitiá la capital y arrasarla para la próxima primavera.

Construyó máquinas de guerra segun los modelos romanos, disciplinó sus legiones, y no bien brotaron las flores de Abril de 984, se puso en marcha contra Leon.

Bermudo II, agravado en la enfermedad que pronto habia de llevarle al sepulcro, y agitado por crueles presentimientos, se decidió á abandonar su corte y á retirarse á Oviedo, llevando consigo las alhajas y reliquias de las iglesias, como todo aquello que por ser de mayor estima anhelaba poner en saguro.

Aquella triste peregrinacion arrancó lágrimas á sus ojos.

Al despedirse de la noble ciudad, encomendó su cuidado y defensa al caudillo galáico *Guillen Gonzalez*, que juró morir por la patria y por el príncipe que le honraba.

Partió Bermudo, en tanto que Almanzor salvaba

de día en día las distancias que le separaban de Leon.

Al cabo se presentó delante de sus muros y pidió las llaves de la ciudad. Las llaves estaban dentro y allí tenía que ir á buscarlas.

Leon era plaza bien fortificada, con murallas de altura y resistencia, puertas de bronce y hierro y demás defensas militares. Pero las máquinas de guerra de Almanzor eran de lo más formidable conocido.

Los presagios de Bermudo iban por desgracia á tener éxito.

IV.

El cerco de Leon es una gloria épica de España.

Almanzor comenzó las hostilidades, hallando desde el primer día una resistencia sin igual en los cristianos.

Guillen Gonzalez los instruía y los animaba: él era su caudillo y su ejemplo.

Intentaba el moro llamar la atención de los sitiados hácia la parte occidental de la ciudad, para atacar en regla y por sorpresa la parte del Sur.

Los leoneses se multiplicaban en el muro, y no había palmo de tierra en que se apoyase lanza enemiga sin que allí blandiese su acero un hijo de España.

No eran solos los de Leon á rechazar la moris-

ma; tambien Asturias y Galicia estaban representadas en el horrible sitio por sus buenos soldados.

El indomable conde *Guillen Gonzalez* á todo atendia. ¡Valor y esfuerzo dignos de suerte más venturosa!

Muchas veces alumbró el sol á sitiados y sitiadores, sin que la media luna lograra triunfar de la cruz.

Ya la fatiga era inmensa, las privaciones dolorosísimas, grandes las pérdidas, inminente la peste y ninguna la esperanza. No por eso desmayaron los cristianos.

Cumplia el año de sitio.

Las infernales fábricas de Almanzor derribaron por fin un lienzo de muralla, que cayó con horrisono estruendo, mostrando via franca á los sitiadores.

Guillen Gonzalez estaba postrado por la fiebre, y apenas oyó el eco de la ruina del muro, saltó del lecho, se hizo ajustar por última vez la armadura, y mandó que le llevasen en una silla á la brecha, donde el peligro arreciaba espantosamente.

Árabes y españoles luchaban con desesperación, cuerpo á cuerpo, sin segundo de tregua, ya no con espadas y cimitarras que habian volado en pedazos, sino arrojándose á las manos, peleando como Hércules.

La presencia de *Guillen Gonzalez* infunde pavor en los moros, y se replegan hasta tropezar con el héroe de Córdoba, quien, contemplando aquel cua-

dro de desolacion y la derrota que sobreviene á sus huestes, coge una bandera con una mano y la cimitarra con otra, recuerda que aquellos cristianos son los que acuchillaron sus soldados en la márgen del Esta, lánzase al medio del combate seguido de innumerable muchedumbre, y penetra en el sagrado recinto de la corte de Leon.

El número vence al brio.

Guillen Gonzalez hace el esfuerzo supremo de la naturaleza, y con su diestra calenturienta describe círculos mortales en torno suyo.

Almanzor se detiene un momento á contemplar aquella maravilla de fuerza; pero el rencor de su alma ahoga la emocion, y el alfange del guerrero morisco roba la preciosa vida del guerrero gallego.

El brioso conde murió como héroe. No fué héroe Almanzor en aquel día...

La noche tendió su manto sobre los horrores de la lucha. Hasta la siguiente aurora no se atrevieron á entrar los árabes en el centro de la ciudad: el cadáver de *Guillen Gonzalez* detuvo sus medrosos pasos.

Almanzor no halló más que ancianos, enfermos, mujeres y niños en que saciar sus enconos.

Entró en Leon como Aníbal en Sagunto, cuando ya no hubo españoles que peleasen.

V.

El triste Bermudo, destinado á presenciar en los diez y siete años que ciñó la corona, los más rudos azares de la suerte, murió el año 999 en el Vierzo, desde donde se llevaron sus restos al monasterio de Carracedo y años despues á Leon, en cuya catedral reposan.

No gozó el consuelo de ver muerto de rabia y despecho al implacable enemigo del nombre cristiano.

Cupo esta satisfaccion al conde de Galicia *Mendo Gonzalez* que en la batalla de Caltañazor, á nombre de Alfonso V, combatió al frente de las banderas de Leon, Asturias y Galicia.

Allí se vengó la muerte de su compatriota el bizarro capitan *Guillen Gonzalez*.

El 9 de Agosto de 1002 fué el último dia de Almanzor. Cumplian diez y ocho años del nobilísimo fasto escrito con sangre en las piedras de la capital leonesa y con oro en las crónicas de Galicia.

ALONSO SUAREZ DE DEZA.

I.

Epoca sobrado interesante la del primer tercio del siglo xiv, no es posible abarcarse en una página con las múltiples consideraciones á que se presta no solo el estado de Galicia, sino el de España y de Europa con sus luchas sociales, sus guerras políticas y sus cismas religiosos.

Fasto perdido entre aquella inmensidad de evoluciones, merecen la atención del que estudia la historia patria las revueltas de Santiago á la muerte del arzobispo Don Rodrigo de Padron, hijo de Iria Flavia (1295 á 1316).

Segun la idea de aquellos tiempos, teniase el Papa por proveedor universal de los beneficios eclesiásticos, y Juan XXII, residente en Aviñon, nombró prelado de la iglesia compostelana á un hombre tan digno por su persona como repulsivo por su nacionalidad á los ojos de los santiagueses.

Estos no se avenían bien á honrar un *obispo-señor*, que empuñaba el cayado pastoral como la espada de las justicias.

Ya Don Rodrigo de Padron habia tenido que vindicar en juicio contradictorio la jurisdiccion feudal de Santiago, y á su fallecimiento se vió obligado el cabildo á entregar la ciudad, el alcázar y los castillos á los próceres gallegos.

¿Cómo no exasperaria los ánimos la noticia de que el nuevo arzobispo y señor era un francés?

En Rutena, actual departamento del Aveyron, habia visto la luz *Don Berenguel de Landoire*, que los españoles llamaron *Landoria*, descendiente de los condes de Aquitania, doctor en Filosofía y Teología por la universidad de París, general de los dominicos, padre del concilio de Viena en 1311, y legado apostólico cerca del rey de Francia.

El Pontífice quiso darle una muestra de su estimacion, y el 23 de Julio de 1317, día del Apóstol, le otorgó la mitra de Santiago, que el favorecido se obstinaba en no admitir, dilatándose así su consagracion hasta la Pascua del año siguiente.

El 6 de Agosto de 1318 salió el prelado para España.

Doña María de Molina, abuela y tutora del niño que luego fué Alfonso XI, se felicitó de aquel nombramiento, esperando que un hombre de tanto saber, virtud y fama lograria pacificar á los compsetelanos.

Pero no contaron con ellos ni el Papa, ni la reina, ni el obispo.

II.

Alonso Suarez de Deza, el mayor infanzon de Galicia en su tiempo, entre cuyos antiguos deudos figuraba el arzobispo *Pedro Suarez de Deza* (1172 á 1199) que peleó contra los moros con los portugueses, tenia en pleito homenaje el alcázar y catedral de Santiago, los castillos de Padron, Oeste y Jallas, y la tan preciada fortaleza de la Rocha, fundacion del arzobispo Juan de Arias Suarez (1240 á 1250.)

Servia este caballero como mayordomo á los infantes Don Felipe y Doña Margarita, hermano aquél de Fernando IV.

El nuevo metropolitano detúvose en la corte para arreglar las discusiones de la familia real, y el declararse partidario de los Cerdas le atrajo la enemistad de los infantes que residian en Santiago.

Unidos, pues, D. Felipe, Alonso Suarez y el pueblo de Compostela, todos por diversos móviles con un mismo objeto, hubo de encontrarse D. Berenguel con un campamento enemigo en vez de un rebaño de ovejas.

El pueblo, amante de sus libertades, resistia la cesion de la ciudad á la mitra. El de Deza, altivo y ansioso del propio engrandecimiento, protestaba

no entregar el alcázar y la iglesia á un extranjero. El infante no perdonaba al arzobispo-señor, consejero de la reina, lo que él llamaba su bandería.

El 11 de Noviembre entró D. Berenguel en Melid, límite de la diócesis, y allí recibió la visita de los infantes y de Alonso Suarez, quien incoando un diabólico plan, puso en sus manos las llaves de los castillos, mas no las del alcázar é iglesia compostelana.

El arzobispo, desconfiado, se retiró á la Rocha el 22, esperando atraer buenamente á su causa los ánimos de sus diocesanos, sin recurrir á las armas y al auxilio real.

III.

Las idas y venidas, los tratos y traiciones que entonces se sucedieron, forman una novela mejor que una historia.

El arzobispo prometió ceder de los propios derechos, si Alonso Suarez cedía de los suyos, y fué inútil la primera capitulación.

Repitiéronse las embajadas con el mismo éxito segunda y tercera vez.

Se acercaba Navidad, y fué D. Berenguel á celebrarla á Padron, desde donde envió el cuarto parlamento á Santiago.

Don Felipe y el de Deza se acercaron á la villa, diciendo que la ciudad no queria más dueño que el

rey; y por lo que á Suarez tocaba, él entregaría en prueba de ingenuidad el alcázar y la iglesia á quien el obispo designase.

Era la segunda vez que el infanzon prometia esto; y no suponiendo D. Berenguel segunda mentira, se puso en camino para Santiago.

Las torres y muros estaban coronados de gente de guerra, que le recibió con insultos y pedradas.

El prelado se refugió en Pontevedra, deplorando lo acaecido y agradeciendo á la suerte el librarse de la nueva intentona de asesinarle.

Celebró aquí su primera misa de pontifical el 2 de Febrero, á la misma hora que los santiagueses quemaban las casas arzobispales.

Despidióse del rey de Portugal que habia presenciado casualmente la solemnidad religiosa, y volvió á Padron, en donde confirió al infante don Felipe la investidura de Pertiguero de Compostela, una de las primeras dignidades del reino, con intencion de atraerle á sí.

Pero D. Felipe era tan bueno como Alonso Suarez, así es que el arzobispo desapareció desde entonces para aparecer el feudal.

Mala era la fusion de los dos poderes; mas muy poco se conseguia atacando individualidades legales. Esta lucha del pueblo con los señores, casi tan antigua como el mismo feudo, solo podia concluir cual concluyó en el siglo xv.

IV.

Don Berenguel acudió á las armas, reclutó gente fiel y escribió al Papa y á la reina lo que pasaba.

Dentro de Santiago empezó á medrar el partido del arzobispo; el Pontífice excomulgó al de Deza, la reina dobló sus órdenes, y unos y otros se prepararon á resolver la cuestion pronta y decisivamente.

Una tercera tentativa de asesinato, frustrada por la escolla prelacial, indicó que los parciales del hidalgo gallego no cedían por entonces.

El arzobispo sitió la ciudad, fijando sus reales en la Almáciga y hospedándose en el convento de Bonaval.

La traicion llegó hasta allí. Una noche cayó un tremendo peñasco sobre el mismo lecho de D. Berenguel, que se salvó por no haberse acostado: cuarta intentona.

Cuando el bloqueo de Santiago rayó en sério, tuvo lugar la quinta capitulacion, vana como todas.

El quinto atentado, pues estos y aquellas procedían á la par, corrió á cargo del infante, que se apostó con los suyos en Santa Clara esperando al arzobispo; pero éste, ya escarmentado, tornó á la Rocha, burlando la prevision de D. Felipe.

Por sexta vez se firmaron acuerdos, pareciendo

tan dignos á D. Berenguel, que se atrevió el 14 de Setiembre á entrar en la ciudad.

Apenas traspuso el umbral de la iglesia, le encerraron allí, pretendiendo matarle de hambre ú obligarle á lo que sus enemigos quisieren.

Trece dias duró la situacion, hasta que el avisarse tropas, que los santiagueses creyeron reales, motivó la libertad del prelado el 27, marchando la comitiva episcopal á la Rocha, y sucediendo una breve tregua.

V.

Súpose en la corte el desconcierto de Galicia, y escribió al punto la reina á Alfonso Suarez que sin réplica ni excusa entregase *luego, luego, luego* el alcázar y la iglesia al arzobispo, amenazándole con sus rigores si desobedecía.

El de Deza contestó á Doña María de Molina haciendo votos de lealtad, amor y rendimiento, hablando muy bien del arzobispo, y asegurando que solo detenía la entrega por causa de los consejeros de D. Berenguel, que urdian tramas contra la autoridad real.

Esta farsa no surtió efecto.

La reina llamó al arzobispo á la corte para arreglar allí tantas diferencias, y el señorial prelado salió de Pontevedra el 25 de Enero de 1320, dirigiéndose á Castilla por Portugal.

A su paso por La Guardia se le unió el obispo sufragáneo de Coria, consagró en Salamanca á Gonzalo de Orense, hizo lo propio en Castreño con Rodrigo de Lugo, y por fin se avistó con la reina.

El viaje de D. Berenguel cambió la marcha de los sucesos.

Al presentarse de vuelta en la diócesis el 20 de Agosto llevando presos á los procuradores de Suarez que le había entregado la reina, hubieron de augurar mal para su causa los partidarios del de Deza, que eran menos de día en día.

Alonso Suarez fué á conferenciar con él en Padron, á donde tambien huyera el cabildo, y por séptima vez juró y perjuró que pronto estaría el prelado en pacífica posesion de su mitra y señorío, rogándole que se retirase á la Rocha, á cuyo sitio le era mas fácil dirigir las comunicaciones.

El prócer alborotó en seguida á los santiagueses como nunca, y volvió á pactar la octava felonía á la morada del arzobispo.

Maravilla en verdad que este se fiara de semejante embustero y no lo prendiese en represalias de sus abortadas tentativas.

Los familiares y tropas del prelado perdieron la paciencia que su señor tenia á prueba; y arrojándose sobre Alonso Suarez y los suyos, acabaron con ellos.

Cuando D. Berenguel terminó la misa que decía en la capilla de Santa Eufemia, halló muertos á sus enemigos.

Al día siguiente, 17 de Setiembre de 1520, aparecieron colgados de las almenas de la Rocha los cadáveres de *Alonso Suarez de Deza*, de Juan Varela de Nendes, de Martin Martinez y de los hermanos Andrade, cabezas de la insurreccion.

VI.

Don Berenguel de Landoria se posesionó de Santiago el 27 de Setiembre entre las aclamaciones de la multitud, que ya en los últimos días habia abandonado la parcialidad de Suarez.

De rodillas le fueron entregadas las llaves de la ciudad por los alcaldes Juan Bello y Sancho Perez Bugarrieta, ante el obispo de Lugo, los canónigos de Compostela, los concejos de Pontevedra, Padron y Noya, los abades de los monasterios, la nobleza leal y los notarios Alonso Ibañez y Andres Perez, que dieron fé de la ceremonia.

Pero los aliados de Alonso Suarez seguian rebeldes, y el arzobispo se propuso volver por el derecho propio hasta el último extremo.

La fortaleza de Ledesma, que albergaba á Garcia Rodriguez, fué destruida hasta los cimientos.

La de Deza, baluarte de Diego Gomez, sufrió suerte igual.

La de Chapa fué conservada para la iglesia de Santiago.

La de de Fervida, dominio de la familia del mal-

aventurado infanzon, no habia de salvarse de la inexorable piqueta.

Levantadas las excomuniones y en paz el territorio, el arzobispo hizo olvidar el pasado con su solicitud por la diócesis compostelana.

Tal fué el fin de aquella lucha, propia de un siglo feudal que unia el báculo y la ballesta, daba al Papa la intervencion del rey, y confundia hechos y derechos de tal manera, que no siempre la historia logró asignar á causa y causa la culpa ó la disculpa.

VII.

El primer cuidado del arzobispo fué convocar un sínodo, que se celebró el 14 de Noviembre del mismo año 1320, ordenando varios estatutos.

Durante su episcopado se concluyó la torre de la Trinidad, se perfeccionó la arquitectura de la basílica y se construyó otra elegante y robusta torre, que aun hoy se conoce por *la Berenguela*.

Regaló alhajas de gran valor á su iglesia, y entre ellas una cabeza de plata, dentro de la cual colocó la cabeza de Santiago Alfeo, presente de la reina Doña Urraca.

Su caridad brilló como su celo por el culto; y por lo que atañe á su buen gusto artístico, legó á Galicia una perla en la gótica parroquial de Noya, que él mismo consagró el 18 de Enero de 1327.

VIII.

Alvaro Sancho de Ulloa pretendió resucitar el partido de Suarez de Deza, y sin otro precedente mató á algunos soldados del arzobispo, hirió á otros y llevó prisioneros á los restantes á su castillo de Felpes.

No bien D. Berenguel se preparó á ir allí, quedó abandonada esta fortaleza, y la mandó quemar y arrasar. Con tal motivo, el resto de los descontentos le prestó absoluto vasallaje, y aun Alvaro de Ulloa fué reconciliado con el arzobispo señor.

Habiendo de reunirse córtes en Palencia el 8 de Abril de 1321, la reina llamó al metropolitano de Compostela, que obedeció el mandato y recogió el último suspiro de Doña Maria de Molina el 29 de Junio, en Valladolid.

Cuatro años despues empuñó el cetro Alfonso XI, distinguiendo afectuosamente al consejero de su ilustre y virtuosa tutora.

Por deseo del rey, partió D. Berenguel á Sevilla, evangelizando á los árabes y escitando el fervor del ejército cristiano.

Allí murió el 10 de Setiembre de 1330.

Sus huesos fueron llevados á Rutena, su patria: disposicion testamentaria que autorizaron Aymerico, Bernardo Rupe y Juan Guy, canónigos de Santiago, compañeros suyos de expedicion.

Don Berenguel de Landoria fué el segundo de este nombre y el décimo octavo arzobispo de Compostela, mitra que ciñó trece años, tan combatido en su principio como llorado en su muerte.

Alonso Suarez de Deza, el enemigo del prelado, representó genuinamente la aspiracion del pueblo gallego á emanciparse del vasallage que debia á las iglesias feudales. Esta idea de libertad y su mérito como guerrero le hacen acreedor á una buena memoria.

FERNANDO DE CASTRO.

I.

Alfonso XI, el vencedor del Salado, había muerto en 1350, dejando en el mundo dos hijos, nacidos para que el uno matase al otro.

Pedro, legítimo heredero de la corona, era fruto de la reina Doña María de Portugal. Enrique era hijo de los amores del rey con Doña Leonor de Guzman, viuda de Velasco.

¡El cielo haya perdonado á Alfonso XI sus devaneos amorosos, que tan buena simiente dejaron en Castilla!

Pedro I fué coronado rey.

Lejos está de nosotros el atenuar los crímenes de este príncipe, mónstruo de la naturaleza; pero fuerza es convenir en que su carácter, naturalmente severo, enérgico é inhumano, fué agriado hasta el exceso más horroroso por la ingratitud de los unos, la rebeldía de los otros, la doblez de Pedro IV de Aragon, la hipocresía de la misma

reina madre, y sobre todo, por la altiva é inaguantable nobleza feudal de su siglo.

Cruel llamaron á Don Pedro los cronistas de su asesino, y *cruel* le llama desde entonces la historia. Felipe II quiso trocar este epíteto por el de *justiciero*; mas la posteridad ha confirmado el fallo primitivo, y apenas es lícito hoy traer á luz documentos como la crónica rimada de Francisco de Castilla,—Sevilla, 1546—que habla así del rey y de la crónica de Ayala:

El gran rey Don Pedro, que el vulgo reprueba,
Por selle enemigo quien hizo su historia,
Fue digno de clara y famosa memoria,
Por bien qu' en justicia su mano fue seva. (1)
No siento ya como ninguno se atreva
Decir contra tantas vulgares mentiras,
Daquellas jocosas cruezas é yras
Que su muy viciosa Corónica prueba.

No curo daquellas; mas yo me remito
Al buen Juan de Castro, Perlado en Jahen,
Que escribe escondido, por celo de bien,
Su Crónica cierta, como hombre perito.
Por ella nos muestra la culpa y delito
Daquellos rébeles que el Rey justició,
Con cuyos parientes Enrique emprendió
Quitalle la vida con tanto conflicto.

(1) *Seva*: cruel.

II.

El 3 de Junio de 1383 se celebraron en Santa María la Nueva de Valladolid las nupcias de Pedro I con la infortunada Blanca de Borbon.

Entonces recuerda la historia la presencia del buen caballero gallego el conde *Don Fernando de Castro* como testigo de la régia ceremonia.

La cuna y los enlaces hicieron de este noble el primer rico-home de Galicia.

Su antiquísima familia brillaba al par de los primeros reyes de la reconquista, y conocida es la rivalidad de Castros y Laras en nuestros fastos, rivalidad que atestigua cuan poderosos eran los señores que capitaneaban los dos bandos.

Digno de una memoria es el jefe del primero de ellos, *Don Fernan Ruiz de Castro*, gobernador de Toledo por Alfonso VII, quizá no tanto por su espíritu batallador como por su índole caballeresca, que ha dado á los poetas asunto para románticas leyendas.

Heredero de la sangre y del nombre de este héroe, idealizado por el vate de las *doloras*, fué *Don Fernando Ruiz de Castro*, adelantado de Galicia por Pedro I.

Altos ejemplos que imitar tenía en sus ascendientes nuestro protagonista, y ejemplo inmortal de lealtad ha legado á los hijos de sus hijos.

Dos hermanas tuyas fueron esposas de príncipes, si bien ambas con triste fortuna: *Inés de Castro*, mártir de los amores, que reinó después de morir; y *Juana de Castro*, elevada al sòlio de Castilla por la pasión de un rey que la amó una sola noche. (1)

Pedro I había heredado la corona y las pasiones de su padre. La novia de Cuéllar, la ilustre hermana de Castro, se vió abandonada por quien la había unido á su suerte con el título de legítimo esposo.

Honda fué la herida; mas el hidalgo conde, llevando la mano á la cruz de su espada, dijo:

—Sea el rey perjuro: yo seré caballero.—

Y lo fué.

III.

Todos los descontentos del rey se confederaron en una liga que llegó á ser temible y á imponerse al soberbio monarca.

Los infantes de Aragon, Doña Leonor su madre, Don Enrique de Trastámara, Don Tello su hermano, Don Juan Alfonso de Alburquerque y multitud de otros nobles y caballeros de Castilla recibieron con inmenso placer á *Don Fernando de Castro*, que llevaba á la liga el influjo de su nombre, su acero, sus riquezas y sus hombres de armas. Solo el cuer-

(1) Las recordaremos en el tomo de *Mujeres de esta GALENA*.

po de caballería de la confederación contaba con 7.000 ginetes en la jornada de Medina.

El intento de Castro, no era, sin embargo, destronar al rey, ni aun humillarle. Quería hacerle ver la gravedad de la afrenta que arrojara sobre su hermana, para cuya venganza podía disponer de un ejército. Patentizó su agravio y su fuerza, y en seguida, dando al oído el resentimiento de familia, brillantó su lealtad de vasallo.

La ida del rey á Toro equivalió á confesarse vencido. Allí se entregó á discrección de los de la liga, y se celebró solemnemente la avenencia.

En prenda de ella, tuvo lugar la boda de *Don Fernando de Castro* con Doña Juana, hermana bastarda del rey como hija de Alfonso XI y de la Guzman, el año 1354.

De modo que el de Castro era doblemente cuñado de Pedro I, y lo era así mismo del de Trastámara, hermano natural de la novia.

Se diseminaron los de la liga, y *Don Fernando de Castro* tornó á Galicia, cuyos hijos eran leales al rey. Y nada había en esto de extraño: Pedro I, por punto general, amparaba al débil; y el pueblo, débil por la esclavitud del feudo, quería á un rey que fortaleciendo el poder de la corona, alacase los privilegios del magnate, verdugo del siervo las mas de las veces.

Galicia, el país del feudalismo, era ciegamente adicta al monarca.

La representacion viva de esta fidelidad se vinculó en el prócer gallego, que juró vivir y morir por su soberano legítimo.

IV.

Encendida la guerra entre los dos Pedros de Castilla y Aragon, dióse oportunidad para hacer validera su fé, no menos que sus servicios, á *Don Fernando de Castro*, que partió con los valientes gallegos en pos de los riesgos y triunfos de la empresa.

Mientras unos tomaban castillos, otros tripulaban todas las embarcaciones. Decimos *todas*, porque no quedó en Galicia una que no fuese á romper hostilidades con los aragoneses.

El horrible é indeciso combate naval de 9 de Junio de 1359, habido en el mismo puerto de Barcelona, puso á prueba el esfuerzo de nuestros marinos.

Tres meses despues Enrique de Trastamara obtenia una victoria, funesta para Castilla, en los campos de Araviana. Muchos próceres castellanos quedaron muertos ó prisioneros, y cupo la mala suerte de dar la nueva al rey á Castro, quien se encontró sólo en la pelea, puestos fuera de combate sus compañeros de armas.

Verdadero frenesí se apoderó de Don Pedro, y su enojo hizo desertar de su bandera á los pocos nobles que le permanecian leales.

Entonces puede decirse que comenzó la guerra civil que había de concluir en Montiel.

La constancia del de Castro no se desmintió jamás.

V.

Enrique de Trastámara, auxiliado por las *grandes compañías* de Bertrand Duguesclin que querían ser las vengadoras de Blanca de Borbón, invadió á Castilla por Marzo de 1366, siendo Calahorra la primera ciudad que le dió entrada.

Allí se proclamó el hijo bastardo de Alfonso XI, al grito de los heraldos:

—*¡Real, Real por el rey Don Enrique!*

Avanzó luego á Navarrete y Briviesca, llenando de tal estupor á su hermano, que éste no supo responder á las consultas de los burgaleses otras palabras que las que conservó la historia:

—*Mándaos que fagades lo mejor que pudiéredes.*

Salíó el rey para Sevilla, y el de Trastámara fué recibido en Burgos como soberano, y coronado por tal en el monasterio de las Huelgas.

Fueron tantos los caballeros y procuradores de ciudades que concurren á la antigua capital á prestarle homenaje, que antes del mes ya tenía bajo su obediencia á casi todo el reino, menos Galicia mantenida por *Don Fernando de Castro* en la lealtad á Pedro I, y algunas villas, pocas, muy po-

cas. Tanto es así, que el monarca fugitivo aseguró que con el pan que tenía en la mano podría alimentar á sus buenos vasallos de Castilla.

Siguió Don Enrique á Toledo, y de allí se encaminaba á Sevilla, cuando Don Pedro hubo de huir precipitadamente de esta ciudad, sufriendo el desaire de la villa de Alburquerque en Extremadura que le cerró las puertas, y viéndose obligado á pedir un seguro al rey de Portugal para ir por sus tierras á Galicia.

Llegó desesperado á Monterrey, en donde convocó su consejo, al cual asistió el de Castro con otros caballeros gallegos y castellanos, no muchos en verdad, y decidióse en él á embarcarse para Inglaterra en demanda de auxilios que le ofrecia el príncipe de Gales.

El 23 de Junio dió en Santiago el título de *conde de Lémus* á Don Fernando de Castro, que ya lo era de Castro-Xeriz y Sárria.

Antes de marchar á la Coruña, acaeció la trágica muerte del arzobispo Don Suero, víctima de Churruchao.

Todos los castillos del prelado se adjudicaron al conde, el cual quedó manteniendo el territorio en la obediencia legítima, á pesar del agravio recibido de Don Pedro y del parentesco más cercano que le ligaba al triunfante Don Enrique.

Este fué aclamado universalmente, y tan solo en Galicia dejó de ser reconocido por rey.

A Lugo se encaminó, por lo tanto, y sitió al de Castro, que se defendió valerosamente durante dos meses, hasta que se estipuló un armisticio, esperando la vuelta de Don Pedro.

Quando tornó el monarca, le acompañaba el príncipe de Gales, y con su ayuda libró la batalla de Nágera el 3 de Abril de 1367, que obligó al bastardo á refugiarse en Francia.

VI.

Llegó la noche del 23 de Marzo de 1369.

Don Enrique, socorrido por nuestros vecinos del Picineo, y auxiliado más que nunca por los señores españoles, volvió á Castilla, se apoderó de cuanto hubo á mano, y dió por fin en los campos de Montiel.

Allí fué conducido el rey Don Pedro hasta la tienda de su hermano por el traidor Duguesclin.

Cubramos con un velo el horror de aquella noche. La aurora vertió su rocío sobre el cadáver del desventurado Pedro I, y aquel día fué reconocido sin contradicción por monarca de Castilla *Enrique II el de las mercedes*.

Hasta su última hora habían acompañado á Don Pedro el célebre *Men Rodríguez de Sanabria*, el caballero leal, oriundo de Galicia; y *Fernando de Castro*, conde de Lémus: ambos quedaron prisioneros del novel soberano.

El rey Fernando de Portugal le movió guerra, tomando á Tuy y avanzando hasta la Coruña, en cuyas ciudades batió moneda para pagar sus tropas, por Junio de 1369. Don Enrique le hizo salir de la comarca, entró luego en territorio portugués, rindió á Braga y se puso á la vista de Guimarães.

Aquí su prisionero el de Castro supo librarse, en mal hora para Don Enrique, pues Galicia se resistió al regicida, siendo leal á Pedro I aun despues de su muerte. La espada del noble conde vibraba en aquellos solares por la antigua causa.

Nuevas luchas surgieron; pero el de Trastámara era rey, al cabo, y tenía que vencer.

El hermano de la esposa repudiada por Pedro I, el incorruptible conde de Castro-Xeriz, vió con dolor huir de su poder una á una todas las plazas fuertes de Galicia.

Lugo y la Coruña, Santiago y Tuy, Redondela y Bayona fueron conquistadas por las tropas reales. El valor fué inútil.

Don Fernando de Castro se refugió en Portugal, y aun allí experimentó la persecucion del nuevo rey de Castilla. Una rebelion de los descontentos en Tuy obligó á Don Enrique en 1372 á apersonarse en esta ciudad, favorecida por Portugal. Otra vez comenzó la guerra de potencia á potencia, y el de Trastámara llegó á Santarem, en donde firmó las paces con el portugués, exigiendo de él por primera

condicion que expatriara al esforzado y temible guerrero *Don Fernando de Castro*.

Bayona de Francia, á la sazón perteneciente á los ingleses, recibió entusiasmada al buen caballero. El proscrito conde dió reposo á sus cansados huesos en aquella tierra extranjera el año 1375.

VII.

Representante de la más ilustre casa de Galicia y de las más antiguas, hidalgas y poderosas de España; hijo del famoso *Don Pedro Fernandez de Castro, el de la Guerra*, capitán de Alfonso XI de Castilla; — DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO Y PONCE DE LEON, conde de Castro-Xeriz, de Lémus, de Sárria, señor de Cabrera y Rivera, Alférez mayor del Rey, Pertiguero mayor de Compostela, Adelantado mayor de Galicia, Leon y Asturias, es una límpida gloria de nuestra pátria: caballero generoso, indomable en la lucha, dulce en el feudo, consecuente al juramento, héroe de lealtad, adalid de un rey muerto *que ofende en vida su sangre* y por cuya causa libra cien batallas, para morir lejos del suelo natal en el destierro impuesto por el honor y el deber.

Hoy los títulos del capitán de Pedro I de Castilla perdieron su vitalidad: vegetan parásitos, incorporados al apellido extranjero de los duques de Berwick y Alba.

Un castillo arruinado, un escudo roto, una lápida truncada suscitarán en el viajero la memoria de otra época. El poeta y el cronista desenterrarán los escombros, y el nombre del héroe gallego vagará en sus labios, pronunciado con el respeto que inspira toda grandeza.

Lejos de aquí, una mano extraña á los rencores de partido, grabó en el siglo xiv sobre un sepulcro una inscripción cuyo laconismo vale un poema.

Honor para el muerto, blason para Galicia, ejecutoria para España, enseñanza para los siglos, la losa de esa tumba abrigó así el sagrado recuerdo del noble por excelencia:

AQUÍ YACE DON FERNAN RUIZ DE CASTRO,
TODA LA LEALTAD DE ESPAÑA.

FERNAN PEREZ CHURRUCHO.

I.

Don Suero Gomez de Toledo, arzobispo y señor de Santiago, valido un tiempo de Pedro I de Castilla, pareció inclinarse despues á la parcialidad de Enrique de Trastamara.

Esta defeccion se esplicaba. El rey legítimo propendia con el pueblo á abatir la soberbia feudal. El bastardo pretendiente ya mostraba con sus promesas á los infanzones que no sin justicia le habia de llamar la historia *el de las mercedes*.

En los dos bandos se afiliaron hidalgos gallegos, y fué aquella una época en que brillaron á la par el poder y la lealtad de unos y otros.

El dean Pedro Alvarez, natural de Toledo como el arzobispo, favorecia igualmente al hijo de la Velasco; y Ruy Sarmiento, á quien este prometiera nombrar adelantado de Galicia el dia de la victoria, no se afanaba poco por el logro de la empresa y realizacion de la palabra, cumplida más tarde.

Sordamente rugia la tempestad en Santiago, cuando se esparció la nueva de la próxima llegada del rey.

Los portugueses habían talado á Goyan, cerca del desagüe del Miño, y Pedro I, con salvo-conducto del rey de Portugal, entraba en Galicia por aquellas riberas, cerciorándose de la fidelidad del territorio y disponiendo su embarque en la costa para Inglaterra, á donde le impelían la necesidad de recursos contra su rebelde y triunfante hermano, y las grandes ofertas del príncipe de Gales.

Llegó el monarca á Monterrey, y allí convocó su consejo, al cual debía asistir el arzobispo.

Santiago se preparó á todo evento.

II.

Fernan Perez de Deza, noble vástago de los *Churruchuos*, era uno de los caballeros que acompañaban al rey.

Siguiendo su bandera, había alcanzado fama de militar valiente, distinguiéndose en bizarría y lealtad hasta el punto de formar parte del séquito de Pedro I, asaz escrupuloso en fiarse de guerreros y nobles.

El nombre de *Fernan Perez* se halla con variantes en los antiguos monumentos históricos de Galicia. Algunos genealogistas truecan su apellido por el de *Gomez*, sin duda recordando á *Alonso Go-*

mez de Deza, padre del protagonista. Lo mismo sucede con el patronímico *Churruchao*, que ha prevalecido sobre *Zurucha*, *Torrechao*, *Coruchao* y *Torreano*, el cual parece ser la versión castellana de los anteriores. Se explica esta divergencia por los entronques de familia y por las jurisdicciones solariegas: así los *Dezas* fueron también conocidos por *Mezias* y *Cambas*, señorios suyos.

El solar de Fernan Perez radicaba en Santiago, y su casa tenía por armas *una torre sobre una llanura*, de donde se originó el apellido *Torrechao*.

Antiguos resentimientos mediaban entre nuestro caballero y el arzobispo.

Imputábase al prelado la muerte de un hidalgo de los *Dezas*, debida á haber hecho saber éste al rey que Don Suero Gomez trataba de coronar al bastardo.

Juraba el arzobispo estar inocente de todo crimen, y es lo cierto que nada positivo ha averiguado la historia sobre el asunto.

No cumpliera medio siglo que *Alonso Suarez de Deza* habia sido ahorcado por el arzobispo Don Berenguel. Fernan Perez emparentaba con aquel gran infanzon, y no seria extraño este recuerdo al odio que profesaba á un sucesor del prelado feudal.

Don Suero Gomez de Toledo vino, pues, á encontrarse un día frente á frente de dos terribles enemigos: Pedro I de Castilla y Fernan Perez Churruchao.

III.

Al arzobispo de Santiago ballesta y báculo, decían nuestros abuelos, y razón tenían aun para citar antes la ballesta que el báculo.

Siguiendo las tradiciones de su sede, Don Sue-ro Gomez, que era señor de Compostela como casi todos los prelados lo eran de las ciudades episcopales, más parecía el caballero que el pastor.

No residía en la catedral, sino en el castillo.

El histórico fuerte y palacio de *La Rocha* prestaba alojamiento al dueño y obispo de la Jerusalén occidental.

Allí recibió el mensaje del monarca, que le llamaba á Monterrey.

Audió el prelado, no sin llevar la cota de maila bajo sus hábitos pontificales. Su escolta se componía de doscientos ginetes.

Estaban con Don Pedro los ilustres Fernan de Castro, Rodriguez de Sanabria, Fernandez de Andradeiro, Yañez de Parada, Sanchez de Gres, Perez de Deza, Pazos de Proben, Gomez Gallinato, Vahamonde, Carballido, Oca y otros caballeros, su canceller Mateo Fernandez y su escudero Juan Diente.

El arzobispo salió con bien del consejo, y se retiró á su castillo de la Rocha; pero su deslealtad habia merecido la real sentencia de muerte.

Apenas pronunciado el fallo, adelantóse *Fernan Perez Churruchao*, y pidió al rey la merced de ser él quien diese cuenta de Don Suero.

Así el rencor personal quedaba satisfecho bajo la salvaguardia de la corona.

Pedro I, que entendia la justicia á su manera, otorgó su beneplácito al inexorable vasallo.

La muerte se cernia sobre el arzobispo.

IV.

Lució el 29 de Junio de 1366.

La fiesta de San Pedro se celebraba en Santiago con más temores que alegrías.

El rey se alojaba en San Martin, y su presencia era de mal agüero, dadas las circunstancias que rodeaban á los compostelanos. Todos sabian que la familia de los *Toledos*, parciales del de Trastámara, llamaba sobre sí la más profunda aversion del soberano de Castilla.

Don Suero Gomez, con la tranquilidad de una conciencia limpia ó con la valentia de un leon que reta, se presentó en la catedral, ofició en la hora de tercia y tomó en sus manos el augusto Sacramento para llevarlo en la procesion.

Siguió la sagrada comitiva la carrera de costumbre, mientras unos veinte ginetes se apostaban en la calle de la *Azabacheria* con la clara intencion de atajar las avenidas del templo.

Al pasar la procesion por la *rúa da Balconada*, avistando ya la basílica, se precipitaron los caballeros hácia la puerta de la *Plateria* por donde iba aquella á recojerse, y atropellaron con el galope al clero y fieles de la religiosa ceremonia.

En los momentos de confusion llegó cabalgando á escape *Fernan Perez*, y derribando al arzobispo de un bote de lanza, rápido como la idea, se arrojó sobre él y lo mató á puñaladas.

Rodó por el suelo la Hostia sacrosanta en presencia de los alónitos santiagueses, en tanto que los hombres de armas de uno y otro bando trababan furiosa lucha al aterrador clamoreo de las campanas lanzadas á rebato.

El dean Pedro Alvarez quiso refugiarse ante el mismo altar del Apóstol. Corrió tras él Alonso Gomez Gallinato, y echándosele al cuello como un tigre, lo ahogó.

Hubo horas de sangre en Compostela, cesando los horrores tan solo al huir de la frenética muchedumbre los parciales de *Churruchao*.

Así celebró sus días Pedro I de Castilla.

V.

La leyenda mezcló en estos lúgubres fastos el nombre de una mujer, amada por Fernan Perez Churruchao y requerida por Suero Gomez de Toledo.

Pretiño da rua Nova,
Na rua da Balconada,
Mataron noso arcebispo
Por celos d' unha madama.

El cantar tradicional, hijo de la fantasía idealizadora del pueblo, es el único fundamento de tal aseveración.

Los cronistas refieren la pública venganza del rey y del vasallo segun se conmemora en estas páginas. Pero no es del todo ajena la intervencion femenina en el suceso, si se ha de dar crédito á un antiguo impreso anónimo titulado: *De la nobleza de la casa de Camba y sus principios y fundacion del castillo Castro-Candad*. Dice así el curioso documento:

«El Castro-Candad, á una legua de Chantada, es ahora casa sin título, la más principal de Galicia ha más de quinientos años, que emparentaron con los Suarez de Deza que llamaron Churrichaos. En este tiempo ha muerto á un arzobispo de Santiago una señora y matrona valerosísima, la señora marquesa de Camba y Rodeiro, que casó con Alonso Suarez de Deza, señalado caballero del tiempo de Alonso XI, como refiere la historia, que ha por mal trato el arzobispo Don Suero y otros caballeros en el castillo de Rupefort. Con esto perdió muchas tierras, que posee el arzobispo, y el nombre Churrichau. El solar en Santiago y por armas un castillo ó torre. Alvaro de Camba y Ta-

»boada litigó contra Don Berenguel, arzobispo de
 »esta ciudad, sobre los valles y alfofes de Camba
 »y Rodeiro, tierras de Deza y más jurisdicciones
 »que se confiscaran. Este Alvaro era hijo de Her-
 »nando de Camba, y su abuelo, Alvaro de Camba,
 »á quien Alfonso XI lo hiciera rico-homo, pudiendo
 »traer pendon y caldera. Este pleito está en Va-
 »lladolid. Don Suero había muerto á Alonso Sua-
 »rez de Deza, y *la señora marquesa matóle*, y des-
 »pues el arzobispo Don Lope de Mendoza por mal
 »trato y tiránicamente mató á Lope Hernando y
 »Alonso de Camba, nietos del dicho Alonso Suarez
 »de Deza.»

Estos detalles, no recogidos por Ayala, Molina, Gándara y demás escritores que trataron del suceso, no tienen otra confirmacion que el haber legado á la mitra el arzobispo Don Alvaro de Isorna en 1448 las jurisdicciones de *Camba y Rodeiro*.

Las variantes en nada afectan al fondo de la historia, cuyo recuerdo permanece vivísimo en toda Galicia.

VI.

Satisfechas las criminales venganzas de Santiago, Don Pedro marchó con los suyos á la Coruña, en donde se embarcó con sus hijas, llevando treinta y seis mil doblas de oro y algunas alhajas.

Fernan Perez de Deza, el Churruchao, abando-

nó el teatro de su triste hazaña, y siempre fugitivo, murió dejando en pos una execrable memoria.

El sangriento episodio de Compostela eclipsó su fama. Tales son las pasiones: la honra de toda la vida se mancha por el arrebató de un instante. El rencor del prócer ofendido, nubló la aureola del denodado guerrero.

Puesto Santiago en entredicho, recayó la pena del sacrilegio sobre una familia entera. El palacio de los Churruchaos fué arrasado y se sembró de sal el terreno. Por cinco generaciones fueron proscritos los descendientes del hidalgo, secuestrados sus bienes é infamado su apellido. Molina en su *Blason de Galicia* habla así de ellos:

Tambien los *Dezas*, que son *Torrechanos*,
Aunque ya dejan aqueste apellido,
Despues que hicieron el hecho atrevido
Que al propio Perlado mataron á manos...

La calle de la Balconada se tapió, é hizose lo mismo con una galería sobre la puerta del sud de la catedral, desde cuyo sitio presenció el rey, espíritu fuerte del siglo xiv, el asesinato de Don Suero.

Las justicias llegaron tambien á la misma sede compostelana, pues el palacio de la *Rocha*, *Roche-la*, *Rochaforte* ó *Rupeforté*, fué demolido hasta los cimientos, y solo vuelve á mentarse la célebre fortaleza en tiempo de los Fonsecas, que utilizaron

pedra de la Rocha para la reedificación de la torre de Pico-Sacro.

El arzobispo Rajoy levantó despues el seminario sobre el antiguo solar de Fernan Perez.

Hoy permanecen en Santiago, como recordando la aciaga fiesta de 1366, la calle y galeria de estas referencias; y aun guarda Pontevedra la torre secular que allí alzara en sus buenos tiempos la poderosa familia de los *Churruchaos*.

ANDRADE EL BUENO.

I.

Ya el surco de sangre abierto desde los campos de Montiel hasta el s6lio de San Fernando parecia borrado por las multiplicadas mercedes de Don Enrique II de Castilla.

Ya el proscrito conde de Castro y de L6mus dormia el sueño de la eterna paz bajo aquella losa en que los extranjeros habian grabado: «aquí yace toda la lealtad de España.»

Ya la bandera de la legitimidad se habia plegado en Galicia, y la memoria de Pedro I era execrada por las cr6nicas de los partidarios de su asesino.

Con sorpresa primero, con hondo dolor despues, vieron los hijos del Miño luchar hermano contra hermano, vencer la traicion, á la fuerza, morir un rey padre del pueblo, y alzarse sobre el pavés ensangrentado un monarca que colmaba de fueros y privilegios á la nobleza, á aquella temible nobleza feudal del siglo XIV.

Herido estaba el sentimiento del honor por la elevacion de un bastardo. Herido estaba el sentimiento de la propia dignidad por la apoteosis de los señores, dueños ominosos de vidas y haciendas, cuando no de honras.

Dos satisfacciones necesitaba el pueblo: magestad honrada en el trono, verdadera nobleza en el noble.

Y quiso Dios conceder ambos consuelos á Galicia.

II.

Don Fernando Perez de Andrade, señor de Puente deume, Ferrol y Villalba, hijo del rico y esclarecido Nuño Freire de Andrade, pariente de reyes y emperadores, fué una de las grandes figuras de Galicia en los reinados de Alfonso XI, de sus hijos Pedro I y Enrique II, y de su nieto Juan I.

Cuando le armó caballero su padre Don Nuño, dijole éste, aludiendo á la generosidad del de Trastámara: —«*Sé bó, que bó compañeiro levas.*»—El tiempo confirmó tales augurios.

La amistad entre Don Enrique, despues rey de Castilla, y Don Fernando de Andrade fué leal á toda prueba. En próspera y adversa fortuna siguió el noble gallego al bastardo de Alfonso XI, haciéndose tan proverbial la armonía de las dos voluntades, que hasta hoy es conocido en nuestra historia el hidalgo por *el compañero de Enrique II.*

Sabido es como éste atrajo á su parcialidad la mayor parte de los señores feudales. Ninguno de ellos defendió su causa con más teson que el de Andrade, bien es verdad que le ligaban al de Trastámara vínculos de antiguo cariño, mientras que los otros posponían todo interés patriótico y toda deuda de gratitud á su medro personal.

La historia de Don Enrique antes de subir al trono, es la historia de Fernando de Andrade.

Juntos compartieron las penalidades y las esperanzas; juntos se hallaron el día de la coronación en las Huelgas; juntos corrieron á Galicia, no bien el rey Don Pedro dispuso su embarque en la Coruña, dejando por Adelantado de la antigua Suevia al célebre Fernando de Castro.

Lugo, plaza la más fuerte de Galicia en 1366, prestó albergue á los defensores del soberano legítimo, y ante sus muros se presentó el de Trastámara, auxiliado por Andrade, disponiendo el cerco de la ciudad.

Muchos feudales gallegos se unieron á Don Enrique, quien, teniendo por capitán á Fernando de Andrade, hubiera rendido á Lugo, si dentro de su recinto no mantuviera la causa de Don Pedro el bizarro Fernando de Castro.

Un soldado valia lo que el otro. Así, después de dos meses de sitio en que brillaron las dotes militares de ambos, se estipuló una tregua, interin no volvía á España el monarca ausente.

Entonces lució su poder y sus riquezas el illustre Andrade.

Organizó á su costa un ejército y dotó una armada, y si más no hizo, fué porque más no pudo, en obsequio á su *compañero* Don Enrique, cuyo bando creció en importancia y se hizo temible cual nunca.

Siguieron las hostilidades, recorriendo el interior del país y la costa los hombres de armas y marineros del rico-hombre de Puente deume y Villaiba.

Nájera fué una nube en el horizonte de aquella lucha. Se eclipsó la estrella de Don Enrique, para fulgurar despues—aunque con resplandores sangrientos—en la noche de Montiel, el 23 de Marzo de 1369.

La *hazaña* de Dugueselin se atribuyó por cronistas extranjeros á Fernando de Andrade. La vergüenza del hecho, la injusticia con que aquellos trataron de nuestros fastos, y más que todo, la aciaga suerte de Galicia, pudieron ser causa de que recayera tal mancha sobre la frente de aquel honrado varon, conocido en nuestra historia con el epíteto de *el Bueno*.

Si este unánime testimonio, con la luz que han prestado los siglos, no fuera suficiente para vindicar su memoria, bastaria el carácter personal del héroe para desmentir tan villana columna.

Don Fernando Perez de Andrade fué saludado siempre como un buen caballero por amigos y enemigos.

El pueblo no se engaña jamás cuando califica á los grandes; y el pueblo gallego, poco amante de sus señores en el siglo xiv, llamó al capitán de Enrique II *Andrade ó Bó*.

III.

El vencedor de Montiel, apesar de los crímenes de su odioso hermano, estuvo muy lejos de ser reconocido por sucesor de aquél, después del atentado que le allanó el camino del trono.

Muchas ciudades que antes le habían sido fieles, quisieron más entregarse á distintos dueños que á Don Enrique. ¡Tanta impresion causara en el pueblo español la alevosía que puso fin á la existencia de Pedro I de Castilla!

Vitoria y Logroño aclamaron al rey de Navarra.

Molina y Requena al de Aragon.

Parte de Galicia y Extremadura al de Portugal.

Por otro lado el moro de Granada se disponia á guerra, y Martin Lopez de Córdoba se hacia fuer-en Carmona, como guardador de la última voluntad de Don Pedro.

Enrique II no se abatió por eso. Peleó con buena estrella, y logró pacificar á todos en 1375.

La diestra del rey en luchas tan diversas y simultáneas habia sido su leal Andrade.

IV.

A la muerte de Don Enrique II en 1379, sucedió á su padre, *mejor rey que hombre*, Don Juan I de Castilla.

Fiel á las tradiciones de su casa, ratificó alianzas con los franceses, que podian exigirlos por merecida gratitud al rasgo inolvidable de su compatriota el aventurero Duguesclin.

Ricardo de Inglaterra protestó contra Francia y España, y se preparó á hacer valer los derechos de su hermano *Jhon of Gaunt*, duque de Lantáster, al trono de Castilla, como esposo de Doña Constanza, hija de Pedro I.

Ya en tiempo de Enrique II,—por los años de 1373,—había intentado aquel príncipe realizar sus ilusiones, aunque con éxito adverso.

Llegó, pues, á Valencia con una escuadra en 1385, y vista la resistencia de la ciudad, abandonó sus aguas, presentándose el 26 de Julio de 1386 ante la Coruña.

Aquí, sin embargo, tenía que suceder lo mismo que en Valencia. El defensor de la perla del Turia lo era entonces también de la antigua Brigancia.

Con *Don Fernando de Andrade*, gobernador de la Coruña por Juan I, había de batallar el de Lantáster.

La ciudad fué sitiada.

Vanas salieron las esperanzas del pretendiente, y despidiendo los muros de aquella poblacion invicta, se internó por Galicia en pos de mejor suerte.

Los partidarios de la legitimidad se le unieron, y *Jhon of Gaunt* llegó á señorear más de la mitad del territorio.

Duño de Santiago, envió á Sir Thomas Percy contra Ribadavia.

Los habitantes de esta villa resistieron por espacio de un mes á los aguerridos soldados ingleses, que se maravillaban—dice la crónica de Sire Jean de Froissart—de que meros paisanos, sin un solo caballero, supieran combatir con tanto valor como prudencia.

Construyeron los enemigos un ingénio para atacar las fortificaciones, con lo cual capitularon los de Ribadavia.

En mal hora lo hicieron. Los ingleses contestaron bárbaramente á sus proposiciones, pretestando que no entendian el gallego, y exigiendo que les hablasen en inglés ó francés.

El abuso y la crueldad de los extranjeros subió al punto de saquear á Ribadavia y de pasar á cuchillo á sus valientes defensores.

Este ignominioso hecho, unido al desprestigio que causó al de Lancáster la esparcida nueva de su retirada de Valencia y la Coruña, preparó el fracaso de su empresa.

En Orense se celebraron los contratos de paz entre el rey de Castilla y el príncipe de Inglaterra, concertándose las bodas de Don Enrique, hijo del primero, con Doña Catalina, hija de los duques de Lancáster y nieta de Pedro I.

Los novios tomaron el título de *principes de Asturias*, y desde entonces se llaman así los inmediatos herederos del trono de España.

Las Cortes de Briviesca en 1388 sancionaron lo hecho por Juan I.

Tuvo Galicia un consuelo.

V.

El rico-home de Puente deume y Villalba había de merecer en justicia señaladas distinciones de Enrique II, á quien tanto servicio rindiera, ofreciéndole un ejército y una escuadra y peleando él mismo en las jornadas que le valieran la corona.

El rey, pagando una deuda de gratitud, confirmó á su ilustre capitán en la posesion de todo cuanto veía desde su torre ó castillo de Andrade hasta el cabo Priorio.

Por un privilegio dado en Burges el 19 de Diciembre de 1374, Don Enrique II, su esposa Doña Juana y el príncipe Don Juan le donaron los lugares y villas de Puente deume y Ferrol con sus términos, aldeas y jurisdicciones, incluso el antiguo puente de madera sobre el Eume.

Por otro privilegio espedido tambien en Burgos el 3 de Agosto de 1373 le otorgaron el señorío de Villalba con todos sus términos.

Y por un tercer privilegio de 8 de Agosto de 1379, Juan I, que acababa de subir al trono, confirmó las anteriores donaciones.

Así, pues, Don Fernando Perez de Andrade, conde de Andrade y de Villalba, señor de Puentevedune y de Ferrol, vinculó al pingüe patrimonio heredado de sus abuelos otro no menos rico debido á su extraordinario mérito.

Para ser un verdadero príncipe, con toda la honra y poderío de tal, solo le faltaba batir moneda, y la batió. Un nuevo privilegio le concedió este derecho; y hasta nosotros han llegado las magnificas doblas de oro acuñadas en su casa, con las armas reales al par de las suyas.

Temieron los vasallos tanto engrandecimiento, acostumbrados como estaban á ver en el más poderoso noble el más temible azote de la comarca.

Pero el conde de Andrade quiso hermosear una página de la historia del feudalismo, y logró oírse aclamar por los suyos con el halagüeño sobrenombre de *el Bueno, ó Bó*.

Mala seria su causa por ventura bajo las banderas de Enrique el bastardo; pero no es menos cierto que en toda su vida dió pruebas de un corazón generoso, de un ánimo esforzado y de los más amables sentimientos.

Fundó hospitales en Puente de Eume y Betanzos; levantó y engrandeció los monasterios y templos de Montefaro, Ferrol y Chanteiro; echó los puentes de Jubia, Porco y Narahio; alzó el fuerte palacio de la antigua *Puebla de Rio-Eume*; colmó de bienes á sus vasallos, y gastó sus rentas en beneficio de su país.

Su mejor obra fué el soberbio puente de sillería sobre el Eume y el mar, empezado en 1382 y concluido en 1388.

Una longitud de 2,340 piés de Burgos; cincuenta arcos, algunos con tajamares; un oso y un jabali de piedra que lucian su enorme tamaño sobre los primeros ojos del viaducto, como blason de los Andrades; una capilla y un hospital con cuatro camas para los peregrinos de Compostela, entre los arcos veinte y veintiuno; y en una palabra, la magnificencia desplegada en la construcción, hicieron de este grandioso monumento la prenda de honor de quien supo erigirlo.

Imposible es citar todos los rasgos, beneficios y fundaciones del de Andrade. La sola villa de Puente de Eume debe todo á su conde *el Bueno*, noblemente emulado más tarde por el preclaro arzobispo de Santiago, hijo de aquellos lares, Don Bartolomé Rájoy y Losada. (1)

Bien se puede asegurar que Galicia, aun en la

(1) Lo recordaremos en el tomo de *Prelados* de esta GALERIA.

tormentosa época de su feudalismo, gozó de grandes consuelos con el hidalgo *Andrade ó Bó*.

VI.

Guarda las cenizas del héroe gallego el templo de Franciscanos Observantes de Betanzos.

Un oso y un jabalí sostienen como soportes el sepulcro del noble *Fernan Perez de Andrade*. Le orna su escudo con banda de oro y cabezas de sierpe en campo verde, circuido por la leyenda *Ave Maria*. La estatua yacente del guerrero está velada por un ángel, pues no menos merece quien tantas bondades dispensó en la tierra.

El conde murió en 1397, y desde Puente deume fueron trasladados sus restos á Betanzos, hallándose á la izquierda de la puerta principal de San Francisco desde 1782, bajo la sombra de un santuario que recuerda sus mercedes.

Contemplando aquel túmulo sagrado, reviven las glorias del *buen Andrade* y de sus hijos, y se ven en el panorama de la historia adalides inmortales que batieron al moro en Galicia, que fueron terror del árabe en Andalucía y en Siria, que gobernaron á Portugal, y así rescataban de infieles los pendones de los Templarios como cogían á los franceses las diez y ocho banderas blancas de lises que despues orlaron su immaculado escudo. (1)

(1) Se detalla este hecho en los apuntes históricos sobre el conde de *Don Fernando de Andrade*, páginas adelante de este mismo libro.

VII.

A unos tres kilómetros de Puente deume, hácia la cumbre de un cerro y señoreando una deliciosa comarca, se alza el *castillo de Andrade*.

Romántico aspecto es el de aquella cuadrada fortaleza de negros paredones, sobre un aislado peñasco, y rodeada de rastrillos, plazas, puentes, murallas y fosos.

De allí salían las lucidas y numerosas huestes, que al estacionar en la Puebla, hacían exclamar á los gallegos:—«*A cozer, panadeiras, que n' á vila é Fernan Perez.*»—La comitiva de los condes acostumbraba á ser de veinte á treinta escuderos, de cincuenta á sesenta peones, algunos atabales y trompetas, y multitud de pajes y mozos de cámara con todos los oficios de una casa régia. (1)

Allí apuró horas amargas un descendiente del preclaro valido de Enrique II, asediado por las *Germanías* en 1432, querellándose éstas de los males causados al Ferrol por Don Nuño Freire de Andrade y sus hombres de armas.

(1) Era tal la significacion de los Andrades, que no se perdona medio de aparecer entroncado ó emparentado con ellos. El hidalgo Pedro de Miranda escribía en el sobre ó cubierta de sus cartas dirigidas al conde lo que sigue: « *Ao señor Diego de Andrade, ou yo parente eu son.*»

Allí colocó la leyenda el drama de unos amores, que hizo sus víctimas á Mauro y Elvira, muertos de hambre bajo aquellas bóvedas, dando al sombrío alcázar el nombre popular de *castillo del Hambre*.

Hoy la poesía llora sobre sus ruinosos muros, guarida de las aves silvestres que vagan en torno sin recelo de los halcones condales.

El tiempo no pasa en vano, y repitiendo las melancólicas *saudades* de la poetisa gallega Emilia Calé,

Un día llegará, que envejecidas,
Cubiertas por la rama de las yedras,
Al suelo vengan las macizas piedras,
Anunciando completa destrucción.

VIII.

Don Fernando Perez de Andrade, conde de Andrade y de Villalba, tuvo por esposa á Doña Constanza de Moscoso, hermana de Fernan Sanchez de Moscoso, tronco de los condes de Altamira.

A aquellos títulos añadieron los hijos del capitán de Enrique II el condado de *Caserta* en Italia y el marquesado de *Sarria* en Portugal.

Después, como compensación providencial de los dolores que *Andrade el Bueno* había hecho sufrir al leal caballero Don Fernando de Castro,—á quien sobrevivió veintidos años, muriendo, más feliz que él, en su hogar y en el seno de su familia—su noble casa entró en la de Lémus y Castro bajo Carlos I;

y los blasones de los dos Fernandos, el de Castro y el de Andrade, enemigos en el siglo xiv, fueron los de una sola familia en el xvi.

No há mucho tiempo que los duques de Berwick y Alba heredaron el nombre de aquellos ilustres gallegos.

Entre sus títulos nobiliarios, figuran el de *conde de Monterrey*, con Grandeza, que recuerda á quien trajo la imprenta á Galicia (1); el de *conde de Lémus*, con Grandeza, célebre por haber pertenecido al adalid de Pedro I y al protector de Cervantes; el de *marqués de Sárria*, debido al entronque con la familia real portuguesa; y el de *conde de Andrade y de Villalba*, que fué el del patricio y guerrero, cuya fama abrigó la posteridad, añadiendo á sus glorias el merecido renombre de *el Bueno*.

(1) Si esto no bastara para hacer grata la memoria de D. Diogo de Acovedo, su honrosa muerte eternizaria sola su nombre. Herido en Salsas por una alabarda con tal gravedad que le salieron las entrañas, se fajó el vientro como pudo, y volvió al combate, respondiendo á sus esenderos interesados en salvarle:—*«esta es la mejor sepultura.»*—Murió el valiente conde de Monterrey sobre el muro que había sido testigo de su heroismo, en 1490.

RODRIGO DE VILLANDRANO.

I.

En la comarca de Entrimo, provincia de Orense, fronteras de Portugal, radicaba la casa solariega de los Villandrados.

Un caballero de la familia fué la honra de Galicia en la primera mitad del siglo xv.

Su nombre pertenece á la crónica y á la leyenda: ambas han circundado de una atmósfera de merecida gloria á *Don Rodrigo de Villandrano, conde de Rivadeo*.

Dominado por las ansias de su espíritu batallador y aventurero, tal vez más que por la costumbre recibida en su época, sirvió á los monarcas de Francia y de Castilla, y en todas partes dejó un recuerdo indeleble de su valor y de su hidalguía.

El cielo habia sido propicio con él, dotándole de ingenio poético, y no fué esta la causa más secundaria de su elevación en la corte de Juan II.

Con saber y valor, nadie quedó oscuro en los tiempos de aquel rey.

Rodrigo de Villandrando suministra la prueba evidente de este aserto, mereciendo en vida nunca vistos honores de la corona, y pasando á la posteridad la memoria de sus hechos que le otorgaron el eterno laurel de los héroes.

II.

Por los años de 1418 Francia pidió auxilios militares á Castilla contra los ingleses.

Fuéronle concedidos por las Cortes de Madrid, las mismas en que Juan II tomó por sí las riendas del Estado—7 de Marzo de 1419,—y se otorgó un servicio de doce monedas para armar la flota que habia de enviarse al rey de Francia.

Tal vez entonces partió Rodrigo de Villandrando á aquel reino, cuya situacion era de lo más lamentable que imaginarse puede.

Cuando su monarca Carlos VI bajó al sepulcro, hallóse su hijo con tan escaso territorio en que mandar, que los ingleses, dueños de la mayor parte de Francia, le apellidaron por mofa *rey de Bourges*.

Pronto, sin embargo, trocó la suerte de su patria Carlos VII, *el victorioso, el bien servido, el restaurador de Francia*.

Con estos halagüeños epítetos llegó á designar-

te la historia, bien que si Carlos venció, yenció por sus generales: servido por ellos, pudo restaurar el trono de sus mayores, que era solo una ruina.

Las jornadas de Gravelle en 1423, de Montargis en 1427, y la epopeya de Orleans en 1429,—la que immortalizó á Juana de Arco—prepararon los hermosos dias de la libertad de Francia.

Cruda guerra fué aquella en que un pueblo peleaba por su querida independencia.

Don Rodrigo de Villandrando, actor en la lucha, servia á un tiempo al monarca francés, combatiendo en sus ejércitos, y al monarca castellano, á quien los ingleses habian declarado la guerra, concentrando en seguida sus fuerzas en Francia para atender al enemigo más temible y perentorio.

El rey *bien servido* lo fué en realidad por Villandrando, que se distinguió en los más brillantes puestos de su ejército, peleando bajo su bandera afortunada.

La conquista de Guiena, teatro principal de las hazañas del caballero de Galicia, le valió el ser entendado por Carlos VII en Francia: premio debido á su esfuerzo, y testimonio de sus servicios por la libertad de una nacion oprimida.

III.

Mientras esto sucedia en Francia, Cantilla no estaba rica de venturas.

Juan II era uno de tantos monarcas entregado á pasatiempos para él muy agradables: en trovar, justar, danzar y cazar deslizaba la vida, descargando el peso de las reales fatigas en su famoso privado Don Alvaro de Luna.

Sus vasallos gemían entretanto; pero los torneos y las cortes de amor no dejaban oír el lamento de los pueblos.

Desencadenadas las pasiones, se originaron violentos disturbios, en que tomaban la parte más activa los infantes de Aragon.

El condestable Don Alvaro de Luna, político hábil y sagaz, refrenaba cuanto podia á los revoltosos, supliendo así la debilidad del rey, cuya víctima más ilustre habia de ser él mismo en lo futuro.

Hacian falta al soberano de Castilla guerreros valerosos y leales; y Juan II volvió entonces los ojos á Francia, en donde tan justa nombradía adquiriera su súbdito Rodrigo de Villandrando.

Al llamamiento del rey, acudió Villandrando, siempre buen español, trayendo consigo cuatro mil ginetes y arqueros, milicia esta última regularizada por Carlos VII.

Hízole Juan II magnífico recibimiento, para lo cual recomendaban al caballero sus altas dotes personales de valor y saber.

Desde aquella fecha, —1439— fué Don Rodrigo de Villandrando *conde de Rivadeo*.

Esta pintoresca villa había pertenecido á Moser

Pier de Villaines, llamado generalmente *Béque de Villaines*, por ser en efecto tartamudo, caballero francés al servicio de Enrique II, quien le hizo merced de aquel señorío.

Enrique III se lo otorgó despues al condestable Ruy Lopez Dávalos.

Confiscado á éste por Juan II, pasó al fin á Don Rodrigo de Villandrando, en cuya familia se perpetuó el condado de Rivadeo.

El caballero sirvió á su monarca en el consejo y en el combate. Presto se ofreció la ocasión de mostrar su bizarría como guerrero, y su lealtad y gratitud como favorecido vasallo.

IV.

Toledo habia recibido al infante Don Enrique, promoviéndose con esto una fuerte alteracion en Castilla á fines de 1440.

Cuando el rey se llegó á la ciudad, los rebeldes le negaron la entrada.

Sentó entonces su real Juan II en el hospital de San Lázaro, acompañado de los caballeros de su séquito, esperando allí que se le unieran las huestes con que reducir á legitima obediencia á sus insubordinados.

Pero como en este intermedio pudiera verse gravemente comprometido, imaginaron sus leales suplir la ausencia de fuerzas para la defensa, barrean-

do lo mejor posible la estancia en que se hallaban.

A este fin hicieron una empalizada, valladar ó palenque con maderos y faginas, obra que dirigió el conde de Rivadeo con sin igual ánimo y actividad.

La prevision no fué inútil.

El día de Reyes de 1441 los rebeldes,—con intento bien contrario á la festividad en que se rinde homenaje á los coronados de la tierra,—salieron de la ciudad y atacaron la improvisada fortaleza de Juan II.

Eran doscientos los del infante. Eran treinta los del monarca.

El nuevo Ajax, el invicto Rodrigo de Villandrando decidió el triunfo de la jornada, haciendo retirar sus sitiadores á Toledo.

Juan II debió vida y victoria al noble conde de Rivadeo.

V.

Tres dias despues, el 9 de Enero de 1441, concedió el rey de Castilla á Villandrando el extraño y singular privilegio, extensivo á sus descendientes, de comer con los reyes en la fiesta de la Epifanía y recibir de estos el vestido que hubieren usado en la misma solemnidad.

Este privilegio, confirmado por los sucesores de Juan II, fué religiosamente cumplido hasta nuestros dias.

En el palacio de los duques de Híjar, actuales condes de Rivadeo, hay una suntuosa estancia en que se custodian los trages regalados por los monarcas españoles á los descendientes de Villandrando.

VI.

Los historiadores relatan con ligeras variantes la hazaña y la concesion del privilegio al caballero de Entrimo.

Dan generalmente por sucedida la defensa de Juan II el día de la Circuncision. Pero el privilegio plomado la asigna á la fiesta de la Epifania.

Este documento está dirigido á *Don Rodrigo de Villandrando, conde de Rivadeo*, de lo cual se deduce que el valiente capitan ya era conde antes de los sucesos de Toledo en 1441, á los cuales, segun algunos cronistas, debió su título. El catálogo oficial de la nobleza española hace datar tambien esta merced de 1459.

La historia general de España, representada por Mariana, y la particular de Galicia, por Gándara, hijo de la misma provincia que fué patria del héroe, registran el honroso fasto del hidalgo Villandrando.

La tradicion, el manuscrito, la historia de familia, especie de libro de memorias tomadas en los archivos y retocadas en los salones,—como decia Neira de Mosquera,—se han apoderado á su vez de

nombre de Villandrando y lo han cubierto con el poético manto de las leyendas.

Sin contradecir á la historia, que nada afirma del fin del conde, y explicando dramáticamente el origen de su prerogativa sin ejemplo, llega hasta nosotros, por cuenta de la tradicion, la noticia de la muerte de Rodrigo de Villandrando, muerte gloriosa si fué cual se celebra.

Los magnates de Castilla habian decidido asesinar á Juan II, valiéndose para ello de brindarle á asistir á un banquete que en su obsequio tendria lugar, y que el confiado monarca aceptó.

Cuando el festín, habido el dia de Reyes, estaba en su mayor animacion, se presentó al soberano el conde de Rivadeo, diciéndole en secreto algunas palabras, y antes que los comensales se apercibieran de ello, desapareció de la estancia con Juan II.

Al verse los conspiradores sin el monarca, sospechando una traicion que le ponía en salvo, se precipitaron furiosos á la cámara en que aquél debia hallarse.

Con magestuoso talante se dejó ver un hombre envuelto en la régia vestidura.

Brillaron los aceros, sepultándose en el corazon de quien así parecia desafiar las iras de los conjurados.

El monarca no murió.

Rodrigo de Villandrando lo salvaba, vistiéndose

él los hábitos reales y presentándose á los asesinos en lugar de Juan II.

Los nobles creyeron muerto al rey, cuando tenían ante sus ojos el cadáver del infortunado conde de Rivadeo.

Esta es la tradicion, que damos cual la recibimos. Ella esplica simbólicamente el privilegio otorgado por Juan II, en cuya virtud los descendientes de Villandrando tuvieron el derecho de poseer el traje que usara el rey en la fiesta de la Epifania.

VII.

Hernando del Castillo compiló en su *Cancionero* las rimas del conde. (1)

La memoria del buen caballero que vió la luz en los fecundos lares de Galicia, fué tambien perpetuada en las armas de Rivadeo, que adoptó el blason de los Villandrandos: escudo cuartelado con una luna escaquelada de oro y negro sobre campo blanco, y tres fajas azules sobre orado, con una orla de ocho castillos de oro sobre azul.

Amemos nosotros el noble país, cuyo mejor blason son los héroes como *Rodrigo de Villandrando*.

(1) En el tomo I de esta GALLERIA (*Poetas de la Edad Media*), página 131, nota 2, indicamos la dificultad de hallar las trovas de Villandrando, dificultad que por desgracia subsiste. Pero aun así, aplazamos la realizacion de nuestras esperanzas, y publicaremos las deseadas rimas en apéndice ó como convenga, si no se defrauda todo nuestro interés y trabajo.

EL CONDE DE CAMIÑA.

I.

Pedro Alvarez de Sotomayor era soberbio, cruel, temerario y ambicioso, como no lo era ningun señor feudal del siglo xv.

Ducño del antiguo é ilustre solar de Sotomayor por muerte de su hermano Don Alvaro, parece que se propuso sobresalir á su antecesor inmediato en todas las hazañas que le granjeasen el temor y el ódio de cuantos habitantes poblasen las campiñas de Tuy, las riberas de Vigo, las llanuras de Bayona y los montes de su señorío.

Don Alvaro de Sotomayor habia robado en sus buenos tiempos la catedral de Tuy, despues de prender al obispo Don Luis Pimentel, y de declararse señor de la ciudad.

Para ser dueño de la diócesis, solo le habian faltado los estados de Ribadavia, Bayona y Sobroso.

Por los años de 1460 murió Don Alvaro, dejando recuerdos que horrorizaban, y esperanzas de un

sucesor que no fuese tan malo como él, por malo que fuese.

Sucedióle su hermano bastardo *Don Pedro Alvarez de Sotomayor*, quien, por conquistar algo siendo aun jóven, habia conquistado el sobrenombre de *Madruga*, debido á aparecerse á las gentes antes que la aurora.

Educado en la escuela de su hermano, fué *Pedro Madrugá* el terror de la comarca.

II.

Mañoso é intrigante, alcanzó el título de *vizconde de Tuy*, gracias al débil Enrique IV.

Escribió tan fausta nueva á su tía la señora de Ribadavia, y ésta le contestó urbanamente, quejándose de no ser tan feliz como él, por habérsele rebelado sus vasallos.

Mas que de prisa vá *Pedro Madrugá* á Ribadavia; procede contra los rebeldes, maltrata á unos, mutila á otros, prende aquí y mata allá, degüella á Don Diego Sarmiento y otros hidalgos que favorecian la insurreccion, y lleva prisionero á la villa al abad del monasterio de San Clodio, montado sobre un pollino y con una ristra de ajos al cuello.

Así honró su título *Pedro Madrugá*.

III.

Cuadió por Galicia la aventura del de Sotomayor. Inflamados estaban los ánimos, y aquellas atrocidades hicieron estallar el incendio.

Levantóse la *gran Hermandad*, subleváronse todos los vasallos y juraron ser libres.

Ocupado andaria *Pedro Madruga* defendiendo la causa de la Beltraneja, cuando no acudió con tiempo á defender la propia.

Temió la revolucion y fuése á Portugal, donde con el auxilio de parientes y amigos formó una falange de dos mil infantes y cien lanceros.

¡Qué no haria *Pedro Madruga* con tanta gentel! Intérnase en Galicia, dá con la sublevada comunidad, y carga sobre ella con tal ímpetu y valor, que los hermandinos hubieron de llorar una terrible derrota.

No se contentó el de Sotomayor con vencer: mató á cuantos cogió, y aquellas solo fueron las primicias del tremendo desquite que se procuró el feudal.

IV.

Cuando surgieron las guerras entre castellanos y portugueses por la sucesion de Isabel la Católica

al trono, en perjuicio de Juana la esposa de Alonso V, tomó parte por éste el aventurero Pedro de Sotomayor, que alcanzó del rey lusitano el título de *Conde de Camiña*.

Se apoderó entonces, cual lo había hecho su hermano en 1449, de la ciudad de Tuy, de la en aquel tiempo villa de Vigo y de las de Redondela y Bayona.

Despojó á Don García Sarmiento de la envidiada fortaleza de Sobroso.

Y sin perdonar la espuela ni dar paz á la mano, arrasó los solares de Pazos de Proben, Romy, Ponte, Barragan, Valladares, Aldao, Maldonado, Oya, Cadaval, Troncoso, Lira, Tenorio y otros cien, todos de los señores que peleaban por Castilla.

Pocos capitanes como *Pedro Madruga*, combatirían por Alonso de Portugal.

Mas no: no era ese el objeto de las empresas del de Sotomayor.

Preguntóle un deudo:

—¿Cómo es, conde, que haceis tanto mal y borráis la memoria de tan ilustres solares?—

Respondió el de Camiña:

—*Basta en esta tierra la casa de Sotomayor, y no ha de quedar en ella otro señorío.*

V.

Deploraba el buen obispo de Tuy Don Diego de

Muros las calamidades que traía sobre la tierra *Pedro Madruga*.

En su palacio se apareció de repente un día dentro de la cámara la marcial figura de Don Pedro de Sotomayor.

—Cortésmente quiero visitaros—dijole el conde.

—Con Dios vengais, que bien os recibo,—respondió sobresaltado Don Diego.

—Por mí sé que he de comer con vos un venado que acabo de cazar.

Y diciendo y haciendo, *Pedro Madruga* asió de la mano al obispo.

—Cazado está,—dijo; y sonando una bocina, penetraron en el aposento Fernan Perez, Pablo Vallo, Vasco Tuerto y Tomé de Nogueira, servidores y castilleros del de Camiña.

Maniataron al alónito prelado, no sin dejar de afrentarle con incesantes injurias, y públicamente le llevaron al monte y de allí á Portugal.

Quince meses estuvo Don Diego de Muros prisionero en una jaula bajo la guardia del escudero Payo Beloso.

Otra jaula encerraba á Fernan Camba en Sotomayor.

Solo pudo recobrar su libertad el obispo de Tuy, rescatándose por setecientos mil maravedís, que en nuestra moneda equivalen á treinta y cuatro mil y pico de reales, enorme suma para aquellos tiempos.

VI.

Ardía en Galicia la guerra civil. Señores y vasallos se revolvían á cual mejor, siendo siempre la primera figura el conde de Camiña.

Por mandado del rey católico vino con una flota Don Ladrón de Guevara á poner paz; pero bien poco se consiguió por entonces.

Galicia se convertía en Babel. No se sabía de quien eran las fortalezas, porque diariamente cambiaban de dueño.

En estas confusiones, llega á oídos de *Pedro Madruga* que en el castillo de Tenorio se fortificaban aprisa cinco de los principales señores.

Al despuntar una aurora, el castillo de Tenorio se encuentra sitiado por el conde de Camiña.

Seis meses duró el cerco, fecundo en récios asaltos y en combates casi siempre indecisos.

Pedro Madruga mató al dueño Don Gregorio Tenorio de Godoy, á Don Antonio Pazos de Berducido, á quien desolló la cara, y á Don García Pazos, haciendo prisionero á Don Jácome, hermano del último.

Quedó defendiendo vigorosamente el castillo el tercer hermano Don Gomez de Pazos de Proben.

VII.

Punto aparte requiere un episodio sucedido durante el cerco del castillo de Tenorio.

Don Alvaro Alonso de Figueroa, dueño de Vigo; Don García Sarmiento, de Sobroso; Don Tristan de Montenegro, de Pontevedra; y el señor de Valladares, reciben un mensaje de Don Gomez Pazos, en que éste pedía con instancia auxilios contra el de Camiña.

Tres mil hombres se juntaron, y dirigidos por el de Vigo, marchaban hácia Tenorio, cuando les sale al camino *Pedro Madruga* con mil buenos soldados y trescientos arcabuceros.

Una luz súbita y un estruendo como de tempestad aterra á los de Vigo, y se dan á fuga, hallándose despues con ciento cincuenta bajas.

¿Qué habia sido ello?

Era que los arcabuces de *Pedro Madruga* se presentaban los primeros en Galicia, y jamás aquí se habia visto cosa tal.

Pero Don Alvaro Alonso de Figueroa inquiere sobre el misterio, llega á saber que los arcabuceros procedian de unos buques holandeses anclados en Vigo, y se apresta á venganza.

Vigo apareció un dia engalanado. Todo eran fiestas, fuegos, gaitas, *carreras de gansos*...

Los holandeses acuden á tierra.

Como el leopardo de la fábula, Alonso de Figueroa prende á todos, y los manda ahorcar de las almenas del castillo del Castro.

Boga enseguida hácia sus barcos, degüella á los tripulantes, y trae á Vigo pólvora, municiones, treinta arcabuces y ocho piezas de grueso calibre, entre ellas una preciosa culebrina.

Así la pagaron los holandeses.

VIII.

Dosesperado el de Camiña de vencer á Don Gomez de Pazos, apeló á otro medio. Puso precio á la cabeza del sitiado, y ofreció 500 florines al que lo matase, y 1.000 al que se lo entregase vivo.

No faltó un traidor, siervo etiope, en cuyo innoble pecho hallase eco tal perfidia.

Pedro Madruga venció; pero Don Gomez y los suyos vendieron caras sus vidas.

El de Solomayor se encargó de que no hubiera quien lo contase.

Poco tiempo gozó de aquella satisfaccion. El conde de Benavente, sobrino del obispo Don Luis de Pimentel, vino sobre el de Camiña, le venció en Padron, y prendiéndole, le llevó arrestado por el teatro de sus barbaries hasta Benavente, en donde lo guardó á buen recaudo.

IX.

Galicia respiró.

Los señores recuperaron lo perdido: ciudades, villas y fortalezas se vieron libres ó en poder de sus legítimos dueños; y los soldados del conde de Camiña solo conservaron los castillos de Sotomayor, Creciente, y gracias si el de Salvatierra.

Mas he aquí que el rey de Portugal, que estimaba muchísimo á *Pedro Madruga*, ofrece por su libertad la de dos señores castellanos prisioneros.

Convínose con el de Benavente, y un año después de su desastre, volvió á entrar en escena el terrible conde de Camiña.

Viéndose reducido á sus antiguos estados, trató de recobrar los nuevos que conquistara; y reuniendo gente, pronto se apoderó de Tuy, del Puente-Sampayo y de Oya.

En vano le resistieron Don Gregorio de Valladares y Don García Sarmiento, señor de Sobroso.

Este fué hecho prisionero y llevado por el de Sotomayor al castillo de Sobroso, á cuyos defensores amenazó *Pedro Madruga* con la muerte de su señor Don García, si no se entregaban.

Negóse á ello Lope del Valle.

Entonces el de Camiña cercó á Sobroso con 5.000 infantes y 300 lanceros, auxiliado por Don

Alonso de Portugal, general de la frontera gallega, por Pedro de Mendaña y otros hidalgos.

El arzobispo de Santiago, el conde de Monterrey y otros caballeros gallegos se decidieron á dar batalla campal, para ver de acabar con aquel azote que se llamaba *Pedro Madruga*.

Así se efectuó. Bizarramente defendióse el de Camiña; pero fué vencido, obligado á retirarse á Portugal con inmensas pérdidas, y despojado de todo lo que no era suyo.

Cupo igual destino á la condesa Doña Teresa de Tavora, su esposa, que se fortificara en Pontevedra.

Tan brillante éxito trajo felices consecuencias, confirmándose la paz en la célebre tregua otorgada á nombre de los reyes, prelados y *magníficos* señores (así se titulaban los gallegos) el 24 de Octubre de 1476.

X.

Hé aquí ahora como cuenta la tradicion el fin de *Pedro Madruga*.

Diz que una helada mañana de Enero ocurriósele al de Sotomayor levantarse más temprano que nunca.

Recorriendo el castillo, oyó en una cámara ruido de gentes, puso atento oído, y echó de ver que sus servidores concertaban su muerte.

Penetró airado en la estancia, donde habia cuatro escuderos, y les cruzó la cara.

Mandó en seguida disponer unas andas que les obligó á sostener; subió sobre ellas, haciéndose llevar en procesion, y á toque de bocina convocó á sus gentes para que fuesen de cortejo.

Aquella fué la última *madrugada*.

Caminaban los vasallos maldiciendo de la nieve y del conde, deseándole á lo menos que se helara en las andas.

Los cuatro escuderos portadores cambiaron más de una mirada; pero algo hicieron de gravedad mayor cuando avistaron la negra é infecta boca de un profundo pozo, cuyos pretils iban á rozar.

Llegados allí, rápidos como su pensamiento, volcaron las andas, desapareciendo entre la gélida niebla del alba y el oscuro tragadero del pozo, el cuerpo de Sotomayor.

La postrer blasfemia del conde de Camiña fué ahogada por el grito unánime de los asesinos que esclamaban:

—¡Mueran todos los señores como *Pedro Madrugal*—

XI.

Así la tradicion.

Lo que por cierto puede asegurarse, es que, apesar de las justicias hechas por los Reyes Católicos en señores y vasallos, los hidalgos de Sotomayor fueron siempre los mismos, mientras las con-

quisitas de la época moderna no les vedaron en absoluto el ejercicio de sus poderes feudales.

El 1.º de Junio de 1518 fué condenado á pena capital el conde de Camiña Don Pedro Alvarez de Sotomayor, heredero del protagonista de estos recuerdos, por haber mandado dar muerte á su misma madre.

En todo quisieron parecerse los nobles de aquellas edades á los tiranos de la antigua Roma.

DON PEDRO ALVAREZ DE SOTOMAYOR, primer conde de Camiña, vizconde de Tuy, señor de Sotomayor, fué la verdadera encarnacion del feudalismo, tal cual existió en la época de su apogeo en Galicia.

Empleadas sus dotes de guerrero en más dignas y altas empresas, habria dado dias de gloria á su nobilísima patria.

Hoy el nombre de *Pedro Madruga* es el talisman de los terrores en las amenas comarcas que circundan su castillo.

Los títulos del aventurero conde, elevados á la grandeza de España, son patrimonio de las primeras familias de la nobleza ibera.

En Galicia ha quedado su memoria siempre viva; su antiguo alcázar, joya histórica de la Edad Media; su apellido, en fin, perpetuado por los que llevan su sangre, que constituyen las casas más distinguidas del territorio de Vigo y Pontevedra.

PEDRO PARDO DE CELA.

I.

El 16 de Julio de 1418 se estableció la *Hermandad de Santiago*.

Esta milicia popular, instituida entonces contra los malhechores, agrandó despues su esfera, y combatió á los enemigos de la unidad monárquica. Es decir: la *policía* se trocó en *política*.

La plebe no habia recibido hasta aquellos tiempos más armas que las entregadas por sus señores ante los alcázares feudales.

Los municipios sustituyeron á los nobles de horca y cuchillo: bajo Enrique IV tuvieron los pecheros armas que procedian de los consistorios.

No podia menos de ser así.

El divorcio entre las clases privilegiadas y el pueblo estaba consumado. La Edad Media moria: morian los oligarcas para dejar paso al monarca, paso á la Edad Moderna que representaba nuevos derechos y nuevos deberes; no quizá los verdade-

ros intereses populares, si al menos un estado de cosas más llevadero y más digno para los vasallos.

La nobleza feudal, ya moribunda, tuvo una recedescencia espantosa, ráfaga postrera de la luz próxima á espirar.

El pueblo á su vez pasó de la postracion al vértigo, y se halló frente á frente de sus odiados explotadores.

Entonces surgió horrible, sangrienta, sin ejemplo, la guerra de las *Hermandades de Galicia*.

II.

¡Cómo pintar el estado de nuestra patria en el siglo xvi!

Los nobles se creyeron semidioses; los hidalgos aspiraron á reyezuelos; los prelados se convirtieron en conquistadores; los concejos aprestáronse á acabar con todos.

El conde de Andrade tiranizaba á 4.000 vasallos; el de Altamira á otros tantos; á 3.000 Sanchez de Ulloa; á 5.000 Pardo de Cela.

Cada cual pretendia hacerse un reino de las diócesis respectivas ó de las comarcas cuya capital estaba cercana á sus solares.

Cuanto comian los de Sotomayor, era de balde. Desde el Miño al Eo las hazañas de los feudales simbolizaban una inmensa piratería.

Así podían los de Ron convocar por medio de

una bocina á todos los que quisieran comer á su mesa.

Así podían los de Andrade contar 3.500 cargas de pan y vino, 200.000 maravedis de rentas menudas, número indefinido de reses y 5.000 doblas de *la mano besada*.

Porque también se les besaba la mano y se les hacían presentes y se les rendía vasallaje por otros señores menos poderosos.

La inmoralidad corría parejas con el saqueo.

Era aquella la desolación bíblica, resuello aterrador de una edad que espiraba.

Alonso de Lanzós, el Bruto de aquella Roma envilecida, organizó la *Santa Hermandad*, y Diego de Lemos y Pedro de Osorio mandaron con él cuerpos de ejército de 10.000 hombres.

Tan hondas raíces había cedido en el país la idea aristocrática, que las milicias populares tuvieron aristócratas por jefes.

Toda Galicia estaba en armas.

El incendio, el pillage, el degüello, la ruina, el horror de una guerra sin clemencia vistió de luto á la desgraciada Suevia.

No podía esperarse la intervencion pacífica de nadie. Unos prelados, como Rodrigo de Luna, se degradaban por su escandalosa conducta; otros, como Alonso de Fonseca, eran los primeros á avivar las teas de la discordia.

Abierta la vía de los excesos, ni nobles ni ple-

beyos se contenian. La pólvora enardecia la sangre; el cañon asordaba los lamentos.

Aquí se proclamaba á Isabel la Católica, allí á Juana la Beltraneja; en un castillo al conde de Camiña, en otro al de Monterrey; el señor peleaba contra el villano, éste contra aquel, unos y otros contra el obispo, el obispo contra los reyes.

Quien combatia hoy por el trono, mañana se afiliaba entre los rebeldes; invocábase un dia á Alfonso de Portugal, y á la aurora siguiente se izaba pendon por las libertades galáicas.

Hacer la historia de aquella época es tal vez imposible.

Solo con sangre podia redimirse Galicia, y pagó las culpas de todos el desventurado mariscal *Pedro Pardo de Cela*.

III.

Era nuestro héroe de tan ilustre prosapia, que los cronistas le califican como el *primer noble de Galicia*.

Educado en la escuela de todos los grandes señores sus compatriotas, tenia sus mismas virtudes y defectos. Tiranizaba por costumbre heredada, combatia por espíritu belicoso, ó quizá por intuición de un deber que le impelia á poner coto á los crímenes de los otros feudales.

Los hermandinos llegaron á derribar más de 70

fortalezas y palacios: en su obra de destruccion les acompañaba Pardo de Cela.

Por medro personal luchaban los señores gallegos: ninguno apareció jamás tan caballero como aquel noble capitán.

La parte setentrional de Galicia obedecía á sus armas, y Mondoñedo, que fué teatro de sus triunfos, lo fué tambien de sus reveses.

En la Framela y en Allariz fueron vencidas las tropas de las Hermandades. Parecia que con esto se aquietarian los afortunados condes de Camiña y de Lémus; pero no tardaron en renovarse las tristes escenas de las jornadas anteriores.

Pecaron los nobles y pecaron los hermandinos. Cansados los reyes de tamaño escándalo, envolvieron á unos y á otros en un mismo castigo. Al fin se columbró la aurora de la paz, paz tristísima, paz de los sepulcros, la paz de Tácito: *ubi solitudinem faciunt, pacem appellant*.

IV.

Don Ladron de Guevara vino por orden de los Reyes Católicos con una flota á Galicia.

El gobernador Don Hernando de Acuña y el corregidor Don García Lopez de Chinchilla, escoltados por 300 lanzas, llegaron en nombre de la ley y de la fuerza á imponer orden en aquel laberinto.

La real cédula de 3 de Agosto de 1480 dada en

Toledo les autorizaba para hacer justicia, «por cuanto (decian los reyes) somos ciertos é certificados que en el nuestro reino de Galicia en los tiempos pasados se han hecho é cometido muchos males, é muertes, é fuerzas, é robos, é alborotos, é escándalos, é levantamientos de pueblos, é tomas de nuestras rentas é pechos é derechos, é otros daños y excesos; y aun que cada dia se facen é cometen algunas cosas destas.»

Guevara consiguió muy poco, por mala suerte. Desesperando de vencer á tales leones, convidó con traidoras asechanzas al conde de Andrade, al de Altamira y al mariscal Suero Gomez, á comer con él en una de las naves de su armada.

No faltó quien dijera á los señores:

—¿Dó vais? Mirad no den con vosotros en Vizcaya; que si caeis en manos de los reyes, grandes cuentas habeis de dar.

—De locos viene el consejo,—murmuraron los nobles.

Guevara salió burlado.

Pero á la vista de los enviados reales, Santiago victorea á Castilla y la Hermandad se aduna al trono: la prevision de los reyes habia estado en su lugar.

Desde Pedro I esperaba Galicia que la corona y el pueblo se juntaran para escarmentar eficazmente á la nobleza.

Sonó la hora de su perdicion, y el feudalismo gallego murió para siempre.

V.

Si en alguna ocasion podian mostrarse verdaderamente grandes nuestros nobles, fué esta la que les presentó el tribunal establecido en Galicia por los Reyes Católicos.

Unos se retiraron á sus castillos, otros trabaron amistades interesadas con los hermandinos, alguno se declaró en rebelion, si bien por corto tiempo; pero al cabo todos se sometieron á la autoridad legítima.

El pendon de la *Beltraneja*, á cuya sombra se habian cometido las mayores iniquidades, se abatia ante las varas de los magistrados de Castilla.

La actitud de Fernando é Isabel hicieron perder toda esperanza de misericordia.

Los señores, sin energía porque no abrigaban ideal que se la prestara, y sin fuerza porque sus discordias civiles los habian desunido, hubieron de aquietarse, comprendiendo, mal de su grado, que su antiguo valer diera ya en tierra.

Pardo de Cela, siempre altivo, sostuvo enhiesto con digna entereza su invicto pabellon.

Aclaró el horizonte de sus ideas: veia en Galicia la ley de Castilla, y se aprestó á morir, si preciso era, por la nacionalidad galáica.

El ilustre mariscal fué condenado en Santiago á

confiscacion de bienes y á la pena de muerte en garrote.

La sentencia estaba dada. Faltaba prender al sentenciado.

VI.

Maravilla causa el recordar que *Pedro Pardo de Ceta*, condenado á la pena capital por los Justicias de los reyes de Castilla, hubiera sostenido durante *tres años* una guerra de potencia á potencia, llegando á causar la desesperacion de sus enemigos.

Hay en este hecho algo de notable, aparte del ánimo valeroso del noble, y es el afecto que le profesaron sus vasallos, sin el cual le hubiera sido absolutamente imposible defenderse por tan largo tiempo de los soldados de Guevara.

Pardo de Ceta, feudal, no fué acaso mejor que los otros. Mas al contemplar pérdida la vida propia y autónoma de su patria, fué como ninguno. La independencia de Galicia estuvo representada por él: así le amaron, así le siguieron, así pelearon y murieron bajo su bandera tantos hijos de este hidalgo país.

Una de las fortalezas derribadas por las iras hermandinas fué la cerca de Vivero. Allí, sin más escudo que el pecho, supo luchar el mariscal contra fuerzas superiores que le perseguían sin piedad.

Auxiliaba á Ladron de Guevara el conde de An-

drade, ¡el mismo que había atacado al Ferrol contra la corona!

En medio de la refriega, gritaba el tornadizo noble:

—*¡Pero Pardo, Pero Pardo! Dejareis la villa al rey!*

La dejó en efecto nuestro héroe; pero no dejó su cabeza, tras de la cual andaban furiosos los realistas.

Como el estado de Galicia brindaba todo género de satisfacciones á los espíritus aventureros, no faltaron capitanes de extrañas tierras que vinieran aquí á probar fortuna.

Fue uno el bastardo de Mudarra, famoso bandolero de origen francés, á quien se encomendó la persecución de Pardo de Cela sin tregua de un día.

Apurados todos los recursos contra el indomable mariscal, tentó Mudarra un medio infame de acabar con él.

Sobornó á infieles servidores, y el 6 de Diciembre de 1483, tomó por traición el fuerte de la *Fronseira*, último baluarte del noble gallego.

Esta villana entrega acarreó la prision de Pardo de Cela y de su joven hijo, que llevaba su mismo nombre, verificada en casa de Alonso Yañez del Castro de Oro.

¡Indigna y cobarde hazaña, que ennegreció la historia del ruin vencedor, haciendo en cambio destacar de un fondo de luz la figura del primer noble de Galicia!

VII.

Mondoñedo, en donde por más de seis años había reinado—digámoslo así—Pardo de Ceta, vió levantar en su suelo el cadalso del mariscal.

El 17 de Diciembre de 1483, día inolvidable para todo buen hijo de la patria, subieron los infortunados prisioneros las gradas del patíbulo.

Cuenta la tradicion popular que los canónigos de Mondoñedo salían á la misma hora al camino de Castilla y entretenían á un correo que era portador del indulto de los Reyes Católicos en gracia de los sentenciados.

Este correo,—no otro que la esposa del mariscal,—llegó tarde á la plaza de Mondoñedo.

Pedro Pardo de Ceta habia dejado de existir.

Su hijo, inocente mancebó de veintidos años de edad, sin otro crimen que haber seguido y respetado á su padre, yacía decapitado tambien por la afrentosa crueldad de sus verdugos.

VIII.

La recelosa política de Fernando puso á Galicia en tal estado, que solo con lágrimas y sangre puede escribirse nuestra historia desde aquella época.

En vez de encauzar el torrente, lo despenó en el

abismo, y la antes fértil llanura quedó trocada en melancólico yermo.

El tajo para los nobles y la mina de pólvora para los castillos fueron los recursos del monarca, recursos de conquistador más que de padre del pueblo.

Al valerse de los magistrados contra la nobleza,—dice Fernando Fulgoso,—se cortó la mano derecha con la izquierda: el alto ciprés mató á los espesos mimbres que á su alrededor medraban, y cuando el leñador llegó, solo hubo de levantar el hacha para amenazar de muerte al ciprés.

Los nobles fueron á la corte en que *sirvieron*, dejando el hogar en que *reinaron*. Galicia, sin sus naturales protectores, decayó rápida y lastimosamente; emigraron sus hijos; faltó la riqueza, la ventura y la misma justicia.

La justicia, si: no podía ser principio de una época de ley el suplicio impuesto en nombre de la ley a un inocente.

¿Cuántos días de gloria no hubieran dado á España guerreros como Pardo de Ceta llevados por el monarca al verdadero teatro de sus proezas? Su vigor, bien empleado, habría hecho española la tierra.

Pedro Pardo de Ceta fué nuestro mártir.

Antes que se alzaran los Comuneros de Castilla, las Germanías de Valencia y los Justicias de Aragón, tuvimos en él un paladín de la libertad galaica, que expió con su muerte las faltas propias si las tuvo, y las ajenas no castigadas en los verdaderos culpables.

El verdugo que le maló, mató nuestra antigua nacionalidad. Empezó entonces el período más doloroso de Galicia; pero también es cierto que al cabo de siglos sobre nadie vino á caer la sangre del mariscal como sobre la cabeza de los monarcas.

Por opuesta senda, hicieron los soberanos de Inglaterra primer sosten de su corona á los nobles, y éstos han sido á la vez legítimos y valederos representantes de las clases populares, cuyo bien procuraron para ventura de todos.

El noble gallego muerto en el cadalso, vive y vivirá siempre en el corazón de sus compatriotas. El drama de Mondoñedo hirió en el alma á los hijos del pueblo, y aun hoy murmuran el cantar tradicional, queja no reprimida y emplazamiento ante juez más excelso:

A Díos darán conta de-lo
Que lles queira perdonar,
Do que acabou na Fronseira
Co a vida do Mariscal.

El peregrino llora sobre las ruinas del palacio en que rodó la cuna del héroe. Yacen en *Cendimil*, tierra llana del valle de Oro, partido judicial de Mondoñedo, provincia de Lugo.

El poeta canta su glorioso nombre, borrado un tiempo por manos impías de los Nobiliarios de Galicia. Así lo cantó Murguía, inspirado por la lectura de *Los Hidalgos de Monforte* de Vicetto:

Ceñida de ciprés mi torpe lira
Exhala melancólicos sonidos,
Tristes como los últimos gemidos
Del guerrero infeliz que los inspira.

A su recuerdo el corazón suspira
Y suspende indeciso sus latidos,
Y asoman á los ojos encendidos
Lágrimas de dolor, hambrientas de ira.

Vendiéronle y compráronle traidores,
Y de la guerra en la infernal balumba
Como bueno acabó!... Presten las flores
Perfume al viento en que su *credo* zumba,
Himnos de honor los viejos trovadores,
Paz y descanso su olvidada tumba!

ALONSO FERNANDEZ DE LUGO.

I.

Para abrir el cuadro de nuestras glorias militares en la Epoca Moderna de la historia de Galicia, destinó la suerte á un buen caballero de la esclarecida familia de los *Lugos*.

Mientras se desplegaba al viento en Granada el glorioso penden morado de los reyes de Castilla y surcaba mares desconocidos el génio del descubridor de América, rizaban las espumas del océano las naves en que un ilustre hijo de Galicia aportaba á *Canarias*, las islas de la fortuna, para clavar en sus playas el estandarte español.

Iberia no cabía en sí misma, y necesitaba dar su sangre, su fé, su idioma, sus leyes, su civilización, á las nuevas tierras con que le brindaba el hado próspero de su creciente gloria.

Otra patria se hubiera agotado. España, siempre fecunda, tuvo apóstoles y soldados para el mundo; y lucieron espléndidas auroras que no debían

desaparecer, ya que el sol no se ponía en los estados de la feliz metrópoli.

Uno de los héroes más dignos de tal madre fué *Alonso Fernandez de Lugo*.

Al frente de un puñado de valerosos españoles, entre los cuales no eran los menos los gallegos, dió cima con su espada á la conquista de aquel archipiélago, provincia de las más nobles, más ricas y más leales á la patria que logró poseerla.

II.

No entra en nuestro propósito el referir los azares de la conquista de las islas de Fuerteventura, Lanzarote, Gomera, Hierro y la Gran Canaria, por más que se hubiesen hallado en la empresa muchos y distinguidos hijos de Galicia, y aun de Galicia partiesen algunas expediciones como la de Bethencourt en 1417.

Españoles las habían descubierto con Hannon en la antigüedad, y para los españoles se destinaban en el tiempo.

Casi siglo y medio duró la lucha, desde 1345 á 1496, en cuya fecha proclamó *Fernandez de Lugo* á los Reyes Católicos por dueños de Tenerife.

Por los años de 1480 llegó á la Gran Canaria Don Juan de Rejón, capitán enviado por Castilla para conquistar la isla.

Después de varios encuentros con los indígenas,

se posesionó del puerto de Lagaele, en donde levantó un castillo, cuyo alcaide fué *Alonso Fernandez de Lugo*.

Pronto, en 1483, hubo de tornar Rejon á Castilla para dar cuenta de algunas averías, y en su lugar prosiguió la conquista Don Pedro de Vera.

Fallaban, pues, solamente las islas de La Palma y de Tenerife, la más preciada de todas, y que parecía indomable, por haberse estrellado ante el esfuerzo de sus hijos las repetidas tentativas de los españoles.

Fernandez de Lugo había hecho algunas entradas en ella, con lo cual ardió en deseos de conquistarla por sí mismo.

Pasó entonces de Canaria á España, y propuso la arriesgada empresa á Fernando é Isabel.

Sucedía esto en 1493. Los reyes bien podían confiar en el porvenir, del que era prenda el pasado, y aquel año memorable otorgaron la escritura de concierto sobre las condiciones de la conquista, dando á *Alonso Fernandez de Lugo* el título de Capitan general de ella, desde el cabo de Aguer hasta el de Bojador en Africa, y una vez conquistadas Palma y Tenerife, el derecho de repartimiento y mando en ambas islas.

El nuevo general dispuso al instante cuatro alistamientos voluntarios en Sevilla, á los cuales acudieron gentes de toda España, deudos de los primeros conquistadores, caballeros é hidalgos de varias

provincias y en especial de Galicia, movidos por el noble estímulo de su animoso compatriota.

En dos navíos salió de Cádiz el improvisado ejército, recibido en Canaria con extraordinario júbilo.

III.

Apenas arribó Fernandez de Lugo á la isla, convocó á los españoles de las demás, invitándoles á ganar las dos que faltaban por traer á la obediencia de Castilla.

No fué desoída su voz; antes corrieron á ponerse bajo sus órdenes así los hijos de España como los del país.

Decidió comenzar la conquista por la isla de La Palma; y añadiendo otra nave á las que habian venido de la Península, se embarcó en compañía de su hijo Don Pedro, de su sobrino Don Juan, que llevaban su mismo apellido, de su deudo Don Pedro Benitez de Lugo, y de otros caballeros, entre los que merecen recordarse Pedro de Vergara, Bartolomé Benitez, Alonso de la Peña, Martín de Alarcon, Gerónimo de Valdés y su hermano Andrés Suarez Gallinato.

Iban además en la flota Don Fernando Guanarteme, antiguo rey indígena de Gáldar, y su hermano Don Pedro de Maninidra, con otros canarios de noble familia, y el canónigo Alonso Samarinas.

Disparado el cañonazo de leva, salió la pequeña

escuadra del puerto, avistando despues de un corto y feliz viage, las playas de La Palma.

Saltaron en tierra los españoles y fijaron allí sus reales.

Al dia siguiente apareció ante ellos el rey de la isla con 4.000 vasallos, dispuesto á defender su territorio.

Los invasores no llegaban á 800.

Envío el general un mensaje al isleño, notificándole que iba allí á asegurar la paz con él y los suyos; á exigirle obediencia en nombre de los reyes de Castilla, y á pedirle que profesase la fé cristiana, única verdadera. De no hacerlo así, añadía el español, se trabaria el combate y continuaria la guerra hasta conquistar toda la isla.

El rey de La Palma contestó que le placia la paz y la deseaba; que reconoceria á los soberanos de España, sin dejar de serlo él de su isla; y que seguiria la religion de aquellos, puesto que era mejor que la suya.

Replicó Fernandez de Lugo que no podia consentir, ni querian los palmeses, otro rey en la isla que el de España.

Sucedio entonces un caso inesperado. A pesar de la superioridad numérica tan excesiva del ejército isleño y de su valor perfectamente probado en defensas anteriores, á las cuales debia La Palma su independencia, surgió de las filas un grito unánime: *mejor es obedecer que morir.*

El rey, sorprendido y sin recurso, avanzó solo al campamento español, y alargando la mano al general, le hizo entrega de aquella querida tierra que no se atrevían por primera vez á disputar sus esforzados hijos.

A tódo se avinieron los palmeses, y en su presencia se saludó el pabellon español, aclamándose por dueños de la isla los católicos reyes Don Fernando y Doña Isabel.

La noticia de esta singular conquista, que no costó una gota de sangre y que se verificó en el mismo año 1493, llenó de gozo á los monarcas.

Todas las miradas se tornaron entonces á Tenerife, única de las siete islas que permanecía independiente y que habia de costar por cierto mil veces más que La Palma.

IV.

El 30 de Abril de 1493, á las cuatro de la tarde, zarpó de la Gran Canaria la escuadra de Alonso Fernandez de Lugo con direccion á Tenerife, á donde llegó á las seis de la mañana del día siguiente, 1.º de Mayo.

Bajaron á tierra los españoles, y en seguida clavarón en la playa una cruz, á que rindieron piadoso homenaje. De aquí se llamó el puerto *Santa Cruz de Tenerife*.

El capitan Castillo, caballero de Santiago, ex-

ploró el terreno hácia la Laguna, y Martin de Alarcón hácia Tegueste, volviendo á dar noticia de la hermosura y feracidad de la isla.

Por su parte los *guanches* no se descuidaron en espiar á los españoles, y pronto supo Bencomo, rey de Taoro, el más poderoso de los de Tenerife, la llegada de los extranjeros á sus dominios.

El 3 de Mayo celebraron los soldados la fiesta de la Invencion de la Santa Cruz, disponiéndose, acabada esta, á subir á la Laguna.

Allí encontraron á Bencomo, que les salia al paso con 400 guardias, para saber sus intenciones.

Fernandez de Lugo repitió lo que en La Palma habia dicho respecto al asunto; pero lejos de suceder en Tenerife lo que allí sucediera, el rey de Taoro, negándose á las intimaciones del general, se retiró á sus estados, amenazando con la guerra á los españoles.

Convocó su consejo en el Tágoror, al cual acudieron tambien el rey de Anaga, el de Tegueste, el de Tacoroete, el de Icod, el de Daute, el de Abona, el de Adeje, menos el de Guimar, que se inclinaba á España.

Eran, pues, nueve los reyes de la isla, ocho de los cuales conferenciaban para conjurar el peligro de la pérdida de Tenerife.

No se avinieron en el consejo, porque Bencomo de Taoro queria mandar en jefe. Los reyes de Abo-

na, Adeje, Daute é Icod le negaron sus auxilios; los restantes se le unieron.

Por de pronto todos tornaron á sus territorios, confiando en Tinguaro, hermano del rey de Taoro, que habia de esperar á los españoles en una emboscada y exterminarlos. Pero por si fracasaba el intento, los reyes de Tacoronle, Tegueste y Anaga, tendrian prevenidas fuerzas en los caminos por donde los enemigos se retirasen.

De algo de esto enteró á Fernandez de Lugo el rey de Guímar, más no de la emboscada, que él mismo ignoraba.

Sobrevino el invierno, con lo que se suspendieron las hostilidades. Los españoles vivieron malamente durante la ingrata estacion, y ansiaban el momento de compensar las pasadas privaciones é inclemencias con las victorias que los harian dueños de la secunda isla.

El martes, 4 de Mayo de 1494, un año despues de su arribada al puerto, se dispusieron á dar batalla formal á los guanches.

Subieron á la Laguna, y de allí tomaron el camino de Taoro, á las diez de la mañana.

El ejército pasó por entre los bosques que ocultaban á los reyes de Anaga, Tegueste y Tacoronle, quienes permanecieron en silencio y quietud sepulcrales.

Siguieron los españoles hasta el valle de Centejo, en donde pacía un inmenso rebaño sin guardas.

Nuestros espías no vieron un guanche, y confiados en tal soledad los expedicionarios, apresaron el ganado, volviendo en seguida con el mayor descuido á su campamento.

No bien dejaron la vega para entrar en el barranco, el príncipe Tinguaro, apostado allí, cargó repentinamente sobre ellos, causándoles un desorden, confusión y sobresalto indescriptibles.

Fernandez de Lugo llamaba nominalmente á los suyos, que no podían rebacerse con el ataque de los guanches mezclados ya entre sus mismos escudrones.

No se pensó, pues, en otra cosa que en defenderse cada cual como pudiera.

Fernandez de Lugo, acompañado de sus mejores capitanes, hacia estragos en los guanches; pero no hacían menos éstos desde las alturas, arrojando dardos y enormes peñascos sobre los combatientes. Bastantes isleños de los que andaban confundidos con los españoles, fueron víctimas de sus hermanos.

Iba el general vestido de púrpura, y á él dirigían sus principales ataques los enemigos.

En esto, el soldado Pedro Mayor hizo desnudar á Fernandez de Lugo, y trocó sus vestidos con él, poniéndose el general el uniforme azul, y el soldado el rojo, aunque del revés.

Tan seguro estaba de su triunfo Tinguaro, que se sentó en una piedra á lo mejor de la lucha, diciendo á sus gentes que acabasen con los españoles.

No cedían estos un palmo de tierra, vueltos en lo posible de su primera sorpresa y espanto.

Para hacer más horrible la batalla, el rey Bencomo la avivó de nuevo con 3.000 guerreros. Los españoles hubieron de perder toda esperanza de salvación.

Diez guanches embistieron á Pedro Mayor, juzgándole el general Lugo, por verle los ribetes de púrpura de su vestido, cambiado poco antes. El valiente soldado mató á cuatro y puso en fuga á los otros.

Entonces se hallaron frente á frente el rey Bencomo y Fernandez de Lugo. Este le hirió con la espada ligeramente en el pecho; y al ver el guanche Sigoñe la sangre de su rey, arrojó con tal destreza una piedra al general, que le dió en la boca, le lastimó los lábios y le quebró los dientes.

Instantáneamente le cercaron cincuenta isleños, ávidos de vengar la herida de Bencomo.

El grito que se exhala siempre del pecho del soldado español, brotó de los lábios de Fernandez de Lugo:

—¡Por Santiago! A mí y á ellos!—

Noble y generosa acción llevó entonces á cabo el rey Bencomo.

Púsose al lado del general y le defendió contra sus propios guerreros.

Descargó en el acto una tempestad sobre el campo. Huyeron los guanches, y quedaron los españoles solos en aquel lugar de desolación.

Cuando se despejó el cielo, declinaba la tarde. Recojieron los heridos y emprendieron la vuelta á Santa Cruz. Extraviáronse por la noche, errando el camino, y fué esta una fortuna, porque en la emboscada hecha por los reyes de Anaga, Tacoronte y Tegueste no hubiera quedado un español con vida.

Quinientos murieron en la batalla y 500 canarios católicos. Los guanches tuvieron, sin embargo, pérdida de 2.000.

Las fuerzas respectivas de ambos ejércitos habían sido de 1.200 españoles, y 6.000 isleños.

En aquel memorable solar se levantó años después el pueblecillo conocido por *Matanza*.

La batalla de Centejo habría hecho desistir de su empresa al más arriesgado. Fernandez de Lugo pensó de otra manera; y apenas congregó á los españoles en el fuerte construido por ellos en la playa de Santa Cruz, trazó de nuevo el plan para conquistar la indómita isla de Tenerife.

V.

El 1.º de Junio, el capitán Haineto, vasallo del rey de Anaga, se presentó con 400 guanches ante la torre que guarecía á los españoles.

Con valor se efectuó el ataque y la defensa.

Una hora después tenía Haineto 160 soldados muertos y 100 heridos, lo cual le obligó á la retirada.

En el castillo quedaban tres muertos y 13 heridos solamente.

Pasada esta aventura, consultó Fernandez de Lugo con sus capitanes la conveniencia de volver á Canaria para traer refuerzos de hombres, armas y víveres, que escaseaban en grande, á pesar de haber hecho él mismo el sacrificio de sus haciendas é ingenios de azúcar, en obsequio á la empresa comenzada, que por honor de España debia llevarse á absoluto y venturoso término.

Así se dispuso, y el 8 de Junio de aquel año—1494—se embarcaron los españoles para el puerto de Luz.

VI.

Desde Canaria envió Alonso de Lugo mensajes al duque de Medina Sidonia, pidiéndole auxilios para proseguir la conquista.

El prócer envió desde San Lúcar seis naves con refuerzos.

El 1.º de Noviembre de 1494 se embarcó el general otra vez para Tenerife, llevando por capitán de la caballería á Garcia del Castillo, de la infantería española á Ibone de Armas, de la infantería canaria á Maninidra, y del tercio de Medina Sidonia á Bartolomé Estupiñan.

Llegados á Santa Cruz, fortificaron de nuevo la torre, saludando ante todo con salvas el simbólico

leño que en la playa habia clavado Fernandez de Lugo.

Los cañonazos sirvieron de aviso á los naturales.

Dentro de pocos dias se juntaron en la vega de la Laguna el rey de Taoro con 5.000 guanches; el de Tacoronte con 2.000; el de Tegueste con 1.200; el de Anaga con 2.600; y Zebensui, señor de la Sierra del Hidalgo, con 250; formando un total de 11.050 guerreros.

Pero la peste se declaró en aquel campo, y en breve tiempo se redujo el ejército á menos de la mitad.

Sus espías fueron cogidos por los españoles, quienes se orientaron de las posiciones del enemigo.

Al rayar la aurora del 50 de Noviembre, sorprendieron á los guanches, y obtuvieron sobre ellos una completa victoria.

Fernando de Trujillo arrancó á Tigaiga la bandera española perdida en Centejo.

Como si no bastara el triunfo y el rescate del glorioso oriflama, Tinguaro, el vencedor de Centejo, cayó herido de un dardo por Martin Buendia.

Cruzó los brazos el príncipe, diciendo á su adversario:

—*Chucar guayor archimencey reste Bencomsant vander relac machet zahañe.* (1)

No entendió Buendia una palabra, y atravesó el pecho de Tinguaro, que murió en el acto.

(1) No mates al hidalgo, que es natural hermano de Bencomo, y se te rinde aquí como cautivo.

Perdieron los españoles en esta batalla 35 infantes y 10 ginetes, ascendiendo los muertos de Tenerife á 1.700

VII.

El día siguiente, 1.º de Diciembre, el rey de Guimar mandó sus parabienes á Fernandez de Lugo y le ofreció 2.000 soldados suyos, que nuestro héroe se apresuró á aceptar.

Aquella misma noche el temerario Sigoñe con un puñado de guanches atacó por sorpresa el real español; pero fué rechazado, cogiéndosele gran número de prisioneros.

Estos noticiaron que su caudillo tenia una escuadra de españoles cautiva en una cueva, suceso que movió á los nuestros á subir al barranco para libertarlos.

El intento era difícil de realizar por el parapeto natural en que se defendian los guanches guardadores de los cautivos.

Rodeando el cerro, subieron á la cima 50 soldados, y de allí despeñaron piedras sobre los isleños, que se dieron á fuga, desamparando la cueva, en donde llegaron á abrazarse los presos y sus libertadores.

Los guanches reconocieron el cadáver de Tinguaro.

Mandó Alonso de Lugo clavar su cabeza en una

pica y enviarla á Bencomo con una nueva intimación hecha por Pedro Mayor. Cuando el rey vió el sangriento despojo de su hermano, contestó al mensajero:

—De hoy más, mire cada cual por su cabeza, que yo pelcaré hasta perder la mia.—

La animosa respuesta de Bencomo dió bien á entender que no era enemigo fácil de rendirse.

Replegarónse los españoles á Santa Cruz para hacer cuarteles de invierno.

El 31 de Enero de 1495, pasadas las lluvias, salieron Trujillo y Castillo en busca de ganado, y avanzaron hasta una altura desde donde se descubria el fértil valle de Tegueste.

Por precaucion, dividieron sus escollas los capitanes en cinco compañías de 100 hombres, suficientemente separadas, tratando de evitar sorpresas de que tenian crueles escarmientos.

No lo hicieron en vano, pues el rey de Tegueste les salió al encuentro, aunque con mala fortuna para él.

Los guanches fueron batidos y puestos en dispersion, dejando en tierra 90 muertos.

Al llegar los españoles á Santa Cruz, notaron la falta de Castillo.

Este habia corrido tras de Zehensui durante la accion, alejándose tanto de los suyos, que se vió en medio de los enemigos sin más esperanza que la muerte.

Matáronle el caballo, quedando él prisionero.

Llevado á presencia de Bencomo, el rey, siempre generoso, le dió libertad. Volvió, pues, Castillo al real español, con no poco contento de sus compañeros de armas.

VIII.

Memoria especial merecen los doce valientes Rodrigo de Barrios, Juan de Guzman, Diego Fernandez de Manzanilla, Juan de Llerena, Francisco Melian, Francisco del Portillo, Gonzalo Muñoz, Juan Mendez, Diego de Solís, Lope de Fuentes, Rodrigo de Burguillos y Alonso Fernandez Gallego.

Pidieron éstos permiso al general para hacer una entrada en Anaga.

Alonso de Lugo lo otorgó, no sin abrigar legítimos temores de un éxito desgraciado.

Dieron los *doce* con el mismo rey de Anaga, triunfaron de su guardia, y gracias á la huida del rendido, no lo aprisionaron.

Después de esta hazaña, acometieron varias con la mejor suerte, sin separarse jamás unos de otros, los doce bizarros españoles.

IX.

Por Marzo de 1493 empezaron á escasear de nuevo los viveres, arribando sin ellos á Santa Cruz

2.000 hombres de socorro que traía Diego de Cabrera.

Se pasó el verano con angustia; pero á fin de Setiembre, era ya tanta, que pasaron á Canaria en busca de alimentos Lopez Hernandez de la Guerra y Juan de Sotomayor. Aquél se desprendió de dos ingénios de azúcar y de 100.000 ducados para subvenir á las necesidades de la guerra.

Durante el viaje de los dos emisarios, comió cada español cinco bigos por día y el pan que podia hacerse con un puño de cebada. Cuando tornaron aquellos el 1.º de Diciembre, hallaron á sus hermanos mantenidos de raices de helecho.

Reforzados nuestros sufridos y valientes guerreros, tuvo lugar la feliz expedicion del 24 de Diciembre de 1493.

Sentaron los reales en Centejo, y allí les dirigió Fernandez de Lugo estas breves y significativas palabras:

—Aquí perdimos; aquí tenemos que ganar.—

Se celebró Noche Buena con fogatas, músicas y ejercicios militares. Despues de las doce se confesaron cuantos pudieron, y á la aurora se dijo la misa de Navidad, en la cual comulgaron los expedicionarios.

Los reyes de Taoro y Tacoronte acometieron á nuestro ejército, que en cinco horas de lucha mató 2.000 guanches, hirió gravemente á ambos príncipes, y dispersó el resto de aquella falange terrible, teniendo de su parte solo 64 bajas.

Unos días después de esta victoria, en que los españoles tomaron la revancha pendiente del año anterior en aquel mismo lugar, fueron á invernar á Santa Cruz, permaneciendo en el fuerte seis meses.

En este intervalo, llegaron más socorros del duque de Medina Sidonia, con los cuales surgió la confianza de terminar pronto la conquista de Tenerife.

X.

A principios de Julio de 1496 salieron los españoles á campaña, dirigiéndose á Taoro.

Bencomo, con los reyes de Tacoronte, Tegueste y Anaga y su primo Zehensui, se había retirado á los riscos de Tigaiga.

El día 24 se avistaron los dos ejércitos.

En la noche del 24 al 25 se trocó la suerte de la Isla.

Bencomo, profundamente abatido, confesó á sus hermanos la imposibilidad en que se veía de resistir á los españoles.

Los otros reyes convinieron resignados en declararse vasallos de los conquistadores, siempre que estos les asegurasen su libertad y la de todos los isleños.

El día del *Apóstol Santiago*, patron de la heroica tierra que guarda su sepulcro, pidieron parlamento los príncipes á Alonso Fernandez de Lugo.

Se hizo paz entre españoles y guanches, y el ge-

peral juró sobre los Evangelios no atentar en lo más mínimo á la libertad de sus rendidos guerreros.

Al otro día vino al campamento el rey de Guimar á prestar obediencia á España.

Faltaba sujetar á los reyes de Icod, Daute, Abona y Adeje, que lejos de seguir el ejemplo de sus hermanos, se previnieron para la defensa.

En los meses de Agosto y Setiembre hicieron los españoles varias entradas en sus territorios, reprimiendo á la par los movimientos de insurrección de los vasallos de Bencomo.

Al fin cedieron unos y otros, y el 29 de Setiembre de 1496, á las nueve de la mañana, se presentaron á Alonso Fernandez de Lugo los cuatro reyes con sus soldados, rindiendo homenaje á su victoriosa espada.

Con inmensa emoción fueron recibidos por los españoles.

Alonso de Samarinas, ayudado de Fr. Pedro de Cea y Fr. Andrés de Góles, cantó misa solemne bajo el espléndido sol de aquel hermoso cielo.

Después se entonó el *Te Deum*, y se tremolaron las banderas de Castilla.

El general, teniendo en la diestra el glorioso estandarte, dijo así á la muchedumbre:

—«Hoy, día del arcángel San Miguel mi devoto y de todos defensor, alférez mayor de Jesucristo nuestro Redentor, publico y pregono la victoria y conquista, que con la ayuda de nuestro Dios

»hemos alcanzado; pues los nueve valientes reyes
»que con tanto valor han procurado defender sus
»reinos y patria, han obedecido y nombrádose va-
»sallos de los muy poderosos y Católicos reyes de
»España Don Fernando y Doña Isabel, nuestros se-
»ñores, por quien están las islas de Canaria, y en
»particular esta nobilísima isla de Tenerife, que
»hasta aquí en ella tanta sangre se ha vertido.»

Y alzando más la voz, gritó tres veces con el mayor entusiasmo:

—*¡Tenerife por los católicos reyes de Castilla y León!*

El ejército contestó con júbilo:

—*¡Vivan! Vivan! Vivan!*

Tronó el cañon, y repercutió por los ámbitos el bélico resonar de los clarines, himno de honoren obsequio de la venturosa España.

Tal fué la conquista de Tenerife realizada al mando del noble gallego *Alonso Fernandez de Lugo*.

XI.

No faltaron dramáticos episodios en la conquista.

Solo recordaremos el acaecido en el castillo de que fué alcaide Fernandez de Lugo.

Guayarmina, princesa de extraordinaria hermosura, hija del rey ó *guanarteme* de Gáldar, cayó prisionera de los españoles.

Su candor enamoró perdidamente al capitán ga-

llega, que en vano demandó de ella su ambicionado cariño.

Por un arrebato imperdonable, Fernandez de Lugo la condenó á muerte en represalias de los destrozos causados por los guanches en las primeras batallas de Tenerife.

Una almena del castillo de Lagaete fué el caldso de la infortunada Guayarmina.

XII.

Juan Nuñez de la Peña en su historia de la *Conquista de Canarias*—Madrid, 1676—conmemora á los animosos guerreros que tomaron parte en aquella empresa de gloria.

De su libro, ya rarísimo en España, proceden los datos aquí consignados.

Grato sería el citar todos los buenos hijos de Galicia que tan alto levantaron el pabellon español en el archipiélago.

No hubo familia de regular hidalguía que no estuviese representada en nuestro ejército. Sea lícito hacer aquí memoria de *Don Fernando de Andrade y Monroy*, uno de los conquistadores más valerosos de Tenerife.

Sus nombres se han perpetuado en las islas, como vinculando allí el recuerdo de Galicia, que aun ahora suscitan hasta los rótulos de las calles de Santa Cruz (1).

La primera data de repartimientos de tierras que consta hecha en Tenerife, fué á favor del obispo *Don Diego de Muros*, prelado gallego que obtuvo el báculo pastoral de la nueva diócesis en 1499.

Fernandez de Lugo fundó su mayorazgo en tierras de Tacoronte y de Taoro, que pasó á sus herederos los condes de Talara.

El jefe de la conquista, nombrado Capitan general, Gobernador y Justicia mayor de las islas, murió en 1525.

Sus huesos descansan en la capilla mayor del convento de San Francisco en la ciudad de San Cristóbal de la Laguna.

Le sucedió como Adelantado de Canarias su hijo Don Pedro.

Una cruz de oro y cuatro espigas de trigo en campo rojo, fué el blason de su escudo. La mejor prenda de su gloria fué su ánimo inquebrantable y su esfuerzo, que supo vencer todas las contrariedades de la naturaleza y de los hombres antes que cejar en la empresa acometida.

Podiera *Alonso Fernandez de Lugo* llamarse el *Hernan Cortés de Galicia*, si por ser éste posterior, no le cuadrara más justamente ser él comparado al dominador de Canarias.

Si el mérito del guorrero se aorisola por los obstáculos que tuvo que superar, recuérdese que

(1) Entre ellas, la de *Ruiz de Padron*, nuestro insigne poeta.

Méjico no resistió dos años á Cortés, y el Perú dos semanas á Pizarro. Desde la primera expedicion de Bethencourt hasta la conquista de Tenerife, transcurrieron noventa y cinco años.

El rudo valor de los canarios puso á prueba como nunca el de los españoles. Prez sin igual de Galicia es el haber salido sus hijos como salieron de esa prueba.

D. FERNANDO DE ANDRADE.

I.

Las casas reales de Anjou y Aragon disputábanse de antiguo la posesion del reino de Nápoles.

La tierra italiana, metrópoli un tiempo del imperio romano universal, era entonces presa del estado más poderoso de Europa.

Cárlos VIII de Francia, firme en sus insostenibles pretensiones, habia hecho atravesar los Alpes á un ejército que, sin romper una lanza, entró en Roma el último dia del año 1494 con toda la arrogancia de vencedor.

Antes de declarar la guerra Fernando II de Aragon, V de Castilla, el *Católico*, quiso enviar una embajada á Cárlos y nombró para ella á Juan de Albion y *Antonio de Fonseca*, hermano del célebre obispo de este apellido; quienes llegaron á la ciudad eterna el 28 de Enero de 1495, en ocasion de haber salido de ella en la misma mañana con direccion á Nápoles el rey de Francia.

Alcanzaronle los embajadores en Velettri, siendo recibidos con tal altivez é insolencia, que *Fonseca*, cuyo natural tranquilo rara vez se alteraba, exclamó lleno de cólera:

—*Dios sea juez de esta causa! Las armas la decidirán!*

Y en el acto hizo pedazos, á los ojos de Carlos VIII, los tratados anteriores entre él y Fernando de Aragon.

Retiráronse los españoles; y sin perder tiempo, avanzó entre tanto Carlos hasta Nápoles, entrando en la capital el 22 de Febrero.

España, Austria, Roma, Milan y Venecia formaron entonces la *Liga santa*, cuyos capítulos se firmaron el 31 de Marzo, teniendo por objeto abatir el orgullo francés.

Durante el verano, preparó el rey *Católico* en los puertos de Galicia y Guipúzcoa una gran escuadra, que á fines de Diciembre se reunió en Alicante para darse á la vela. Mandaba la flota Galceran de Requesens, y las tropas de desembarco Gonzalo de Córdoba, que iba á ganar en la campaña su título de *Gran Capitan*.

Carlos, vuelto á Francia, había dejado por virey de Nápoles á Giliberto de Borbon, duque de Montpensier; y por jefe de las fuerzas de Calabria al famoso caballero escocés D' Aubigny, de la casa de Stuart, gran condestable de Francia.

Cuando Gonzalo llegó á Mesina, ya habia co-

menzado las operaciones de la guerra Fernando II de Nápoles, legítimo dueño de aquella corona y natural aliado de España.

Concertóse entre ambos el plan de la campaña, marchando desde luego Gonzalo sobre Santa Agatha y Seminara, en donde tremolaron las banderas de Aragon.

D' Aubigny se apresuró á estorbar el progreso del enemigo y se dirigió á Seminara.

Fernando II quiso salirle al encuentro, proyecto que desaprobaba Gonzalo; pero era tal la impaciencia del jóven soberano, que el general español, contra todo su gusto y previendo un desastre, hubo de seguirle á la batalla.

Venció D' Aubigny, y ésta fué la única accion perdida por Gonzalo. Primera de la campaña, pudo causar un efecto moral inmenso en los españoles; todos, sin embargo, sabian que el encuentro se habia verificado á pesar suyo, y más bien comenzó entonces la fama del valor y táctica del ilustre capitán.

Por mas que estos detalles parezcan un tanto ajenos á nuestro propósito, fuerza es consignarlos aquí, ya que estaba reservado á un hijo de Galicia, *Don Fernando de Andrade*, vengar en el mismo campo de Seminara, siete años despues, la derrota de Gonzalo con la derrota de D' Aubigny, que fué su prisionero.

II.

Después de las primeras guerras de Nápoles, Gonzalo de Córdoba, conocido ya por el *Gran Capitán*, partía de nuevo desde España, por Mayo de 1500, en una flota de 60 velas con 4.000 peones y 600 caballos.

Procedía en su mayor parte este ejército de nuestras fragosidades del Norte, cuna de guerreros en todo tiempo.

Las circunstancias habían cambiado. El rey de Francia, Luis XII, quería la tierra de Labór y el Abruzzo; el de España la Apulia y la Calabria; y Don Fadrique de Nápoles estaba condenado á ver el reparto de su reino en castigo de haber comprometido la cristiandad con sus tratos con el turco.

Este desgraciado príncipe, último de su familia, pronto tuvo que entregarse á discreción de la Francia. Pero no era posible paz y amistad entre franceses y españoles. Poco tiempo transcurrió, cuando, á pretexto de engaños en el tratado de los respectivos monarcas, unos y otros despojaron la incógnita, y se declaró la cuestión: España pretendía, como Francia, la entera posesión de Italia, que era al mismo tiempo la codiciada presa y el teatro de la lucha.

Con la exigencia de que fuera cedida la Capita-

nata al francés, se rompieron las hostilidades, corriendo el año 1802.

El duque de Nemours, general en jefe del ejército enemigo, disponía de fuerzas considerables, mientras que Gonzalo solo tenía la tercera parte de su número: 4.000 españoles contra 11.000 franceses.

No por esto se eclipsó la buena estrella de Gonzalo; pero tampoco dejó de prevenir ulteriores males, pidiendo socorros á la metrópoli.

Un pequeño cuerpo que de España se le envió al mando de Don Manuel de Benavides, y que se reunió en Italia al mandado por Don Hugo de Cardona, fué sorprendido cerca de Terranova, en las mismas comarcas fatales de Seminara, por D'Aubigny el 25 de Diciembre de 1802.

En vista de aquel revés, insistió en sus demandas Gonzalo, suplicando á Fernando V le enviase soldados de Galicia y Asturias; prueba de que el intrépido guerrero no olvidaba la noble sangre gallega que por sus venas corría, no menos que de esa intuición maravillosa con que los grandes hombres adivinan el mérito, por oculto que exista.

Dos mil gallegos y asturianos, al mando de Don Fernando de Andrade, se unieron á las tropas de Don Luis Portocarrero, y volaron á Italia.

Allí les esperaba la gloria,

III.

Don Fernando de Andrade,—que algunos historiadores llaman *Andrada*,—conde de Andrade y de Villalba, marqués de Sárria, señor de Puente-deume y Ferrol, era entonces el representante de una de las más nobles casas españolas.

El prócer gallego, á quien los reyes de Inglaterra y Portugal llamaban deudo, y á quien legaran Trabas, Moscosos y Altamiras sangre generosa y valor indomable, fué saludado por el Gran Capitan en Sicilia como nuncio de felices auroras.

No así por la gendarmería escocesa de D' Aubigny, al cual, si un azar le habia dado laureles, eran solo pálidos destellos ante la refulgente aureola que coronaba á los tercios españoles.

Murió Portocarrero, no bien tomó tierra, y le sucedió en el mando el conde de Andrade.

Tenian los franceses bloqueada á Terranova, y D' Aubigny, lleno de halagadoras esperanzas, contaba vencer una vez más á los nuestros.

Don Fernando de Andrade unió á sus huestes las de Benavides, Leiva, Dávalos y de los dos Cardonas, contando con 4.000 infantes y 300 caballos.

D' Aubigny tenia 4.800 infantes y 600 caballos.

El campo en que se encontraron los franceses

con los españoles, que acudían al socorro de Terranova, era *Seminara*.

Los españoles estaban ávidos de vengar la batida que sufrieran en aquel mismo sitio. Los franceses, alentados por el recuerdo, ansiaban por momentos cerrar la lucha.

Así amaneció el viernes, 21 de Abril de 1503.

Rio arriba, para dar espalda al sol, se encaminaba Andrade con los suyos.

De repente los franceses, creyendo fuga la estrategia, arremetieron sin orden y dispararon su artillería, de cuyos tiros ni uno llegó á las haces españolas.

Detuviéronse éstas al son de trompetas y tambores, por mandato del capitán gallego.

Tendió Andrade la mirada sobre el campo enemigo, y hubo de prorrumpir:

—¡Juro á Dios, á mi patria y á mis abuelos, orlar mi escudo con las banderas delises de los franceses!—

Dada la señal de ataque, cayeron los españoles sobre los de D' Aubigny, rompieron sus filas, tomaron sus estandartes, rindieron sus capitanes, y vengaron de sobra la rota antigua con la nueva jornada, haciendo prisionero en su último refugio—la roca de Antigola—al mismo condestable D' Aubigny.

Este fué el paso de *Seminara*.

IV.

El vencedor de los vencedores del Gran Capitán inauguró aquel día un poema de glorias militares para su apellido y su patria.

Calabria quedó en poder de los españoles.

Siete días después, dió Gonzalo la batalla de Cerignola, que le hizo dueño de Nápoles.

Ya no quedaba á los franceses más que la plaza fuerte de Gaeta.

Las noticias de la guerra causaron tal impresion en Francia, que Luis XII levantó instantáneamente tres ejércitos, con los que pensó humillar de veras á España.

El primero se deshizo en Fuenterrabía, sin llegar á nuestra frontera. El segundo huyó á Narbona, á la aproximación de Fernando el Católico. La escuadra fué destrozada por las tempestades.

Solo quedó útil el tercer ejército, mandado por La Tremouille, fuerte de 20.000 infantes, 10.000 caballos y un magnífico tren de artillería.

Contra esta inmensa falange, oponia Gonzalo 6.000 infantes y 3.000 caballos.

Abandonando el bloqueo de Gaeta, llamó hácia sí el Gran Capitán las divisiones de Navarro y de Andrade, y se situó con 12.000 hombres en la margen derecha del Garellano.

El marqués de Mantua, jefe del enemigo, tomó la izquierda del río, lo vadó, y obomelió fortosamente la posición española de Roca-Seca.

Escarmentado en el ataque de aquel día, como en los que intentó al siguiente, corrióse hacia abajo por la izquierda del Garrellano; y en el sitio que de pareceró oportuno estableció un puente, protegido por su poderosa artillería.

El 6 de Noviembre desembarcó por él en la derecha del río, arrollando un destacamento español.

Gonzalo acudió al peligro con sus capitanes, y fué aquel día en que brilló en toda su grandeza el valor de nuestros guerreros.

Allí peleó Don Fernando de Andrade.

El marqués de Mantua, viendo tanta sangrienta batalla, retrocedió en desorden, maravillado de la fortaleza de los españoles, de quienes decía:

—Mas parecen espíritus ábreos, que hombres de carne y hueso.

Desesperado de triunfar, entregó el mando al marqués de Saluzzo.

VI.

Concluía el año 1505, y con él había de concluir aquella honrosa campaña, en que un corto número de españoles, lejos de su patria, sin recursos, sin vestido, sin dinero, sin provisiones muchas veces y sin salud, no pocas, dejaron su bandera á

altura suficiente para ser respetada por el mundo.

Don Fernando de Andrade, parecia ser el génio de las venturas. Desde su llegada, sonreía la fortuna á nuestro ejército; él habia vindicado su honor en Seminara; él habia de decidir en última instancia la suerte del territorio italiano.

Gonzalo recibió un socorro de 3.000 hombres conducidos por Alviano, de la familia Orsini, y dispuso dar el golpe final á las legiones de Francia.

Cuatro millas más arriba del puente de los franceses, echó otro Alviano, y por él pasó en la noche del 27 de Diciembre la vanguardia española, compuesta de caballería mandada por Pedro Navarro, García de Paredes, Gonzalo Pizarro (padre del conquistador del Perú), y el mismo Alviano.

Siguió el centro del ejército, acaudillado por el Gran Capitan.

El conde de Andrade, mandando la retaguardia, tenia el encargo de forzar el paso del puente ocupado por los franceses: empresa la más peligrosa de la jornada.

No se rompió el silencio durante el paso del río, cuya orilla derecha quedaba guardando el esforzado Andrade.

La sorpresa del marqués de Saluzzo no tuvo igual. A toda prisa se retiró á la Mola de Gaeta, ocupando el puente y las colinas para recibir á los españoles.

Era el 29 de Diciembre de 1503.

Unos y otros combatientes comprendieron que se jugaba el postrer dado, y se aprestaron á realizar el supremo esfuerzo por su causa.

Al trabarse la batalla, Andrade tuvo que recomponer el puente inutilizado por los franceses cuando se retiraran junto al grueso de su ejército.

Avanzó en seguida el valiente conde hasta el campo del honor.

Allí se luchaba horriblemente. La historia registra en verdad pocas jornadas como aquella.

Después del primer choque, que fué espantoso, los franceses hicieron replegarse á nuestra infantería. Gonzalo de Córdoba se adelanta con sus ginetes, y cae en tierra por un resbalon de su caballo, exclamando con la mayor serenidad:

—*Pues esta tierra me abraza, bien me quiere.*—

Por pronto que se levanta y continúa el ataque á la carrera, los españoles se sobrecogen, vacilan, y en aquel terrible momento fluctúa la suerte de nuestras armas.

Entonces aparece *Fernando de Andrade* con los suyos, y un grito de delirante gozo se exhala del ejército español.

El hijo de Galicia arrolla cuanto encuentra al paso. Gonzalo dispone el ataque general. Caen los soldados como un alud sobre los escuadrones enemigos, y nada basta á éstos á impedir una derrota sangrienta y carísima.

El francés se refugia en Gaeta, dejando en el

campo 4.000 cadáveres, 1.500 caballos, y áquel soberbio tren de artillería, admiración de Europa, con el cual parecía invencible.

A estas bajas añade la multitud innumerable de prisioneros y extraviados, y en la dolorosa noche que sigue á tal desastre, ápenas puede creer que semejante desolacion tenga igual en los fastos de algun pueblo.

Cunde el espanto en Monte Orlando y Gaeta, viéndose á la nueva aurora los cañones de Gonzalo enfilados á los baluartes; y antes de dispararse un tiro, Francia hace absoluta entrega de Italia á la vencedora España.

El 4.º de Enero de 1504 se firmó la última capitulación de los franceses.

Fernando el *Católico* era rey de Nápoles.

VI.

Terminadas las campañas de Gonzalo de Córdoba con la batalla del Garcellano,—decidida á favor de España por el joven conde de Andrade,—el animoso general gallego obtuvo el nuevo título nobiliario de *conde de Caserta*.

Desde entonces, los condes de Andrade, Villalba y Caserta, marqueses de Sárria, señores de Puentedeume y Ferrol, orlaron sus escudos con las diez y ocho banderas de lisas, que Don Fernando, cumpliendo su juramento, había ganado á los franceses en Seminara.

ALFONSO PITA DA VEIGA.

I.

Cuando el célebre virey de Nápoles Don Ramon de Cardona batió en Vizancio á Bartolomé de Albiano, capitán general de los venecianos, excomulgados por el Papa, hubo de admirar durante la batalla á un jóven y esforzado guerrero español que hacía prodigios con su espada.

Era éste *Alfonso Pita da Veiga*, hijo de Galicia, al que algunos han supuesto deudo ó ascendiente de la bizarra heroína de la Coruña.

Empezaba el soldado su carrera combatiendo por Fernando el *Católico*, para concluir la un día de gloria en los ejércitos de su poderoso nieto el emperador Carlos V.

Después de aquel bautismo de sangre, nuestro gallego continuó sus servicios en todas las guerras de España y de Italia, hasta que la discordia entre Carlos de Austria y Francisco I le ofreció campo en que abrillantar su nombre.

II.

El mariscal de Lautrec pasó á Italia á combatir contra la liga formada por Leon X para echar fuera del territorio á los franceses.

La suerte le fué contraria.

Próspero Colonna le derrotó completamente en la Bicoca, y *Pita da Veiga* se coronó con los laureles de aquella jornada, cuya noticia alegró tanto á Leon X, que se murió de repente.

III.

Un nuevo ejército de franceses al mando del almirante Bonnivet pasó los Alpes.

El marqués de Pescara, el conde de Lanoy y el condestable de Borbon pusieron fuera de combate al general de Francisco I, y poco despues su sucesor Bayard se sentia herido mortalmente.

La batalla de Gatinara fué un hermoso timbre para *Pita da Veiga*.

IV.

Otra vez los enemigos de Cárlos V invadieron el Milanés; pero entonces iba á su frente el mismo rey de Francia.

Pavía, defendida por el valiente Antonio de Leiva, se vió sitiada por el ejército más ilustre.

También los españoles habían concentrado en la ciudad sus mejores soldados, así es que con razón se presagiaba que allí daría fin la guerra.

Una vigorosa salida hecha contra los franceses dió la señal de la pelea, que fué horrible.

En lo más ríco del combate, el alférez español que llevaba el estandarte del infante Don Fernando, cayó muerto, yendo á parar la preciada enseña con las armas de la casa de Borgoña á manos de los enemigos.

Rápido como su ira, *Alfonso Pita da Veiga* se lanza sobre los franceses, les arrebató el pendon, y anima con su ejemplo á las tropas españolas.

Avanzan éstas, rodean al monarca, prenden á Enrique Albret y á los más nobles caballeros de la Francia, tienden 10.000 hombres en el campo, y hacen prisionero al rey, que exclama entregando su espada: *¡todo se ha perdido menos el honor!*

V.

Francisco I firmó una cédula en que declaraba las circunstancias de su rendicion, sucedida en Pavía el 24 de Febrero de 1525.

Alfonso Pita da Veiga le había quitado la manopla izquierda del arnés, su banda de brocado con cuatro cruces de plata y un *crucifijo de la Vera Cruz*.

Nada cuenta la historia del paradero de esta preciosa reliquia.

El buen paladín de Galicia que prendió á un rey de Francia, recibió la merced de 50.000 maravedís anuales sobre su sueldo, y el presente de 600 ducados de oro por el rescate del pendon imperial.

VI.

El 24 de Julio de 1529, cuatro años despues de su más gloriosa hazaña, *Pita da Veiga* obtuvo de Carlos V en Barcelona la ejecutoria de nobleza que atestiguaba sus méritos (1).

El escudo de su casa ostenta desde entonces en el primer cuartel una manopla coronada; en el segundo las lises de oro, armas de los reyes de Francia; en el tercero la banda del insigne cautivo, y en el cuarto el estandarte de la casa de Borgoña.

Los descendientes del valeroso gallego nunca se mostraron indignos de su claro apellido, y aun en nuestros días han realzado con nuevas hazañas los fastos de la marina española.

(1) Este olvidado documento, que existe en el archivo de Simancas, legajo 388 de *Mercedes*, fué publicado la primera vez en 1878 por nuestro distinguido compatriota el Sr. D. José Ferrer de Couto.

D. RODRIGO PIMENTEL.

I.

Un grito de desventura acababa de resonar dolorosamente en el corazón de la madre Iberia.

Portugal habia proclamado su independencia el 1.º de Diciembre de 1640.

La insensatez del conde-duque de Olivares y la ambicion de una mujer, desgarraban la bandera patria, que cobijára á su sombra dos pueblos hermanos.

Ni la poderosa tentacion de un trono en perspectiva, ni la sabiduría con que despues rigió los destinos de sus nuevos estados, disculparán jamás ante los buenos españoles á la rebelde hija del duque de Medina-Sidonia, la célebre Luisa de Guzman, esposa del primer rey de la casa de Braganza.

La antorcha de la guerra vibró sus siniestros resplandores sobre el Miño, Tago y Guadiana, testigos del furor con que lusos é hispanos derramaron sangre preciosa, que enrojeció sus cristales.

Tornáronse enemigas las enseñas de Clavijo y de

Ourique; y los que habian saludado la misma cruz de Recaredo en la misma lengua de Garcilaso, irguieron dos pabellones y trazaron una frontera.

Colon y Gama sepultaron la Edad Media, abriendo un porvenir á aquel monarca que no vió ponerse el sol en sus dominios.

Felipe el IV de Castilla y Juan el IV de Portugal resucitaban el siglo infausto de los dos Alfonsos, el VI de Leon y el fundador de la monarquía Lusitana.

II.

A las órdenes del duque de Alba, el ejército español conquistara un tiempo para Felipe II el reino del valeroso cuanto infortunado Don Sebastian, desaparecido en la rota de Alcázarquivir.

El prior de Ocrato, competidor de Felipe, se habia retirado hácia el norte de Portugal, territorio fronterizo de Galicia.

Salieron entonces á su encuentro por Tuy Don Fernando de Castro, conde de Lemos; por Salvatierra Don Diego Sarmiento, señor de aquel estado; por Verin Don Gaspar de Acevedo, conde de Monterrey; y uniéndose á la division de Sancho Dávila, tomaron gran porcion de fortalezas, vencieron al prior de Ocrato y aseguraron la conquista de Portugal.

¡Quien diria que antes de un siglo una expedi-

ción semejante, añadiendo victorias á victorias, podría ser tan gloriosa como inútil!

III.

Al estallar la insurrección portuguesa, era gobernador y capitán general de Galicia D. Vicente Gonzaga, de la casa de los duques de Mánlua.

Queriendo reparar en lo posible los desaciertos de España en las fronteras extremeñas, juntó sus soldados, cruzó el Miño y penetró en Portugal, dominando desde luego la comarca que media entre Valenza y Vilanova de Cerveira.

En aquel lugar, llamado San Pedro de las Torres, construyó el castillo que nombró de *San Luis Gonzaga*, gloria de su familia, y que hizo centro de operaciones contra los rebeldes.

Francia é Inglaterra ayudaban á éstos: ¡prueba tristísima de lo que España podía fiar de naciones que se vendían por amigas y aliadas!

Armas, dinero y oficiales daba Francia á Portugal; 13.000 hombres y 24 buques, Inglaterra. El mismo Schomberg era el jefe del enemigo.

Grave sería el daño. Pero ¡quién sabe si lo hicieron irremediable Francia la desleal, Inglaterra la pérfida!

IV.

El 1.º de Marzo de 1638 fué nombrado capitán general de Galicia *Don Rodrigo Pimentel, marqués de Viana*, (1) noble gallego emparentado con las más ilustres casas del país.

Era su maestro de campo D. Baltasar de Rojas y Pantoja, soldado de crédito; mandaba la artillería D. Francisco de Castro, caballero de Santiago, hijo de Verín, y de igual graduación militar; la caballería estaba bajo las órdenes de D. Bernardino de Meneses, marqués de Peñalva, conde de Tarouca, señor portugués leal á España.

El 2 de Julio se empezó á reunir y disciplinar el ejército en Pontevedra.

Familias las más distinguidas del Sud de Galicia estaban representadas allí. El marqués de Figueroa, de los barones de Casa-Goda; el señor de Guimarey, de los marqueses de Aranda; Suarez de Deza, señor de Castrelos; Montenegro, señor de Trabanzas y Campolongo; el maestro de campo Feijóo; los tenientes de maestro de campo Aldao, Lacueva, Buzo, Ruiz; el comisario general Taboada;

(1) *Viana del Balle*, sobre el Bibey, provincia de Orense. Fué erigida esta villa en marquesado por Felipe II á favor de Don Pedro Pimentel, de la casa de Benavente. Despues pasó á la de Medinaceli.

los capitanes Ozores, Robles, Moscoso, Niño, Arias, Sotomayor, Camba, Antelo y Pazos: todos se unieron á *Don Rodrigo Pimentel* con sus gentes de armas, saliendo de Pontevedra para Tuy el 6 de Setiembre.

Pasaron nuestros soldados el Miño por un puente de barcas, y el día 12 se hallaban en el fuerte edificado por Gonzaga, tierras de Portugal.

Gonzaga fué reemplazado por Pimentel. Este contaba 4.000 infantes, 3.000 milicianos, 2.000 gastadores y 700 ginetes.

En seguida inauguró la campaña.

V.

Habiendo llamado el de Viana sus capitanes á consejo, decidióse en él acometer á los portugueses.

La primera accion se dió por las tropas de Rojas Pantoja, quien rompió las filas enemigas, les causó 100 muertos y tomó tres fuertes.

De los nuestros murieron 20, entre ellos el señor de Castrelos Don Diego Suarez de Deza y dos capitanes de infantería.

VI.

El día 17 de Setiembre apareció como á una legua de distancia el ejército portugués, compuesto de 5.500 infantes mandados por el conde de Castel-

Melhor, y de 500 ginetes por el vizconde de Limia.

Pimentel envió á Buzo con 400 mosqueteros para escaramucear con el enemigo, en tanto que salían ocho batallones con Rojas y ocho escuadrones con Peñalva, dirigiendo el centro el mismo capitán general.

Temió verse envuelto el de Castel-Melhor y se retiraba, cuando le alcanzó junto á Vilanova la caballería de Peñalva, en el momento que Aldao con sus infantes le quitaba toda esperanza de salvación.

Los vencidos dejaron en el campo 250 muertos, 380 heridos y 260 prisioneros, entre éstos el conde de Vimieira, 30 hidalgos más y gran número de oficiales.

Los gallegos tuvieron 63 heridos y 18 muertos, siendo uno el capitán Oznes.

VII.

Al día siguiente, 18 de Setiembre, señoreó nuestro ejército la torre de Nogueira, patrimonio del mismo duque de Braganza, y otros cuatro castillos.

Los soldados ostentaban por trofeos los hábitos de las órdenes militares cogidos á los caballeros de Portugal.

Retiráronse los insurrectos á Covas de Ponte de Limia el 21, y en su persecución ganaron los españoles un rico botín.

VIII.

Lapela fué sitiada el 30.

Sus gobernadores, los caballeros de Avis Don Francisco Lobatos y Don Francisco Pereira, entregaron de rodillas las llaves de la plaza al marqués de Viana el 5 de Octubre.

Don Rodrigo Pimentel les otorgó la vida en nombre del rey.

La gente de armas fué prisionera á Pontevedra; la restante se dejó en libertad de internarse en su territorio.

IX.

Siguieron los combates durante el invierno, muriendo en la batalla de Melgazo el capitán de corazas Don Antonio Antelo y Pazos, guerrero de gran valor.

El haber de procurarse los víveres de Galicia por puentes de barcas distraía el ánimo del ejército español; pero al fin se formalizó el sitio de Monzon, frente á Salvatierra, divididas las dos fortalezas por el Miño, aquella en Portugal, ésta en España, y ambas del enemigo, á quien entregara traidoramente la segunda su gobernador (portugués) en 1642.

Nunca se mostraron tan esforzados los portugueses como en la defensa de Monzon.

Cuatro meses duró el cerco, hasta que, perdida la esperanza de socorro y desmoronado en partes el muro (1), rindiéronse aquellos el 7 de Febrero de 1659.

X.

La ribera portuguesa del Miño era ya de los españoles, y solo Salvatierra en nuestros propios hogares desafiaba las iras del victorioso Pimentel.

El castillo (2) habia estado en comunicacion por un puente de barcas con la vecina plaza batida; pero cortado aquél, poco podian esperar los de Salvatierra.

Almeida, su gobernador, que comprendió lo temerario de afrontar á nuestras tropas, pidió al de Viana que le permitiese salir con cañones, víveres, equipajes y la guarnicion con armas y honores.

Don Rodrigo Pimentel negóse á ello y dispuso el asalto, volviendo Salvatierra al poder de sus dueños legítimos, despues de rendido Almeida el 17 de Febrero á las cuatro de la tarde.

Así terminó aquella afortunada expedicion de hijos de Galicia.

(1) Este destrozo fué causado por un cañon de la torre del *Principe* de Bayona, el cual llevaban los gallegos, y arrojaba balas de 40 libras.

(2) Salvatierra ofrece la particularidad de tener el castillo edificado sobre el palacio de sus condes, que vino á quedar completamente subterráneo.

XI.

¿Y habríamos de olvidar en esta demanda de gallegos y portugueses al guerrero arzobispo de Santiago, Don Pedro Carrillo de Acuña?

El puso en práctica las tradiciones de su sede, tomando por su cuenta y riesgo á Portela y Castell-Lindoso en 1661.

Fué aquella la última vez que pudo repetirse el secular proverbio:

*Prelado Compostelano,
con la ballesta en la mano.*

XII.

La corte de España solemnizó las victorias del animoso *Don Rodrigo Pimentel*, marqués de Viana, honra del solar gallego.

Pero lo que por una parte se tejía, se destejía por otra.

Próxima á sucumbir Valenza en el sitio que le pusiera el célebre regimiento titulado de *Portugal*, —formado en Vigo por Don Fernando Valladares Sarmiento,—recibió Pimentel la orden superior de retirada, que cumplió el 20 de Agosto de 1661.

La independencía de Portugal fué reconocida, y el Miño dividió otra vez dos pueblos que, además

de ser hermanos por la sangre, estaban ya confundidos por el derecho de las armas.

Los portugueses, harto más hostilizados en las orillas de aquel río que en las del Tajo y Guadiana, recordarán en sus enconos el nombre de Pimentel.

Mas olvidando lides y querellas, antiguo origen de desventuras para dos patrias, España y Portugal se darán un día el abrazo, prenda de un futuro de gloria, nuevo horizonte de la gran familia ibérica.

Todos volveremos á ser unos; que si el porvenir no se lee, se presagia.

D. MARTIN DE LA CARRERA.

I.

Napoleon, el hijo de la guerra, habia puesto su alevé mano sobre la corona de San Fernando.

Cuando ya no cabian asechanzas ni hipocresías, el nuevo Atila, desenmascarado á la faz del mundo, intentó uncir á su carro victorioso la hidalga nacion que no hacia siglos diera al mundo la ley.

Despues de la sangrienta y épica jornada del 2 de Mayo, solo se oyó en España el rumor de un pueblo que se aprestaba á la lucha, no por el capricho de un monarca ó por la sed de la conquista, sino por sellar con su sangre la causa sagrada de la libertad é independencia nacional.

Rugia sordamente en Galicia el mal comprimido volcan, y no otra cosa anhelaban los leales hijos del solar suevo que el momento de correr á los campos de batalla á pelear y morir por la patria más querida.

Así como de la chispa brota el incendio, brotó de

causa tal vez exígua en la Coruña el grito de guerra que difundió sus ecos por toda Galicia.

La vispera de la festividad de San Fernando entró en la capital un bizarro jóven á caballo, el cual, mostrando singular alegría, se presentó al regente de la Audiencia.

Este lo encerró en la casa de correos; pero el instinto popular adivinó en el forastero al emisario de Leon y Astúrias, que llegaba á dar cuenta del alzamiento contra Francia.

Y era, en efecto, un estudiante de Leon quien tales nuevas traía con patriótico objeto.

A la mañana siguiente observaron los coruñeses que la bandera nacional no se habia enarbolado en los baluartes.

Entonces rebose la indignacion. ¡Dia memorable el 30 de Mayo de 1808, en que una patria generosa supo jurar guerra sin tregua al arrogante capitán del siglo!

Un sillero, *Sinforiano Lopez*, enardece las clases populares; y en la Coruña, como en Madrid, parte de éstas el primer tiro contra los odiados invasores.

El fogoso y resuelto coruñés reúne una turba de muchachos, los arma con palos en cada uno de los cuales flota un pañuelo, y les ordena que se metan entre las filas de soldados, gritando: ¡*Viva Fernando VII, muera Murat!*

Lejos de molestarlos, muéstranseles amigos los guardias del capitán general.

Tras de los niños, aparecen en escena los hombres. Crece el tumulto y se hace poderosa la insurrección.

Suben los coruñeses al palacio, y mientras el oriflama español tremola saludando el aniversario del santo rey de Castilla, los jefes militares de la ciudad huyen seguidos de las autoridades y personas sospechosas que esquivan las iras del pueblo.

La muchedumbre alentada fuerza las puertas del parque y se halla dueña de 40.000 fusiles.

Acaso iba á correr la primera sangre, cuando *Sinforiano Lopez* saca en procesion el retrato de Fernando VII, y lleva en pos de sí por las calles de la Coruña á aquella multitud delirante de amor por la patria.

En la tarde del mismo día se constituye la Junta provisional que convoca á otra elegida por toda Galicia.

La guerra á Francia estaba declarada.

II.

Pocas veces brilló el patriotismo gallego con tan espléndidos fulgores.

Se improvisaron batallones, y el clero y la nobleza tuvieron dignos representantes en el armamento del país.

Todos se esforzaban en aparecer los primeros por la voluntad, la abnegacion y el sacrificio.

El cabildo de Santiago aprontaba 2.000.000 de reales, y al par de este generoso desprendimiento, la Junta de Galicia enviaba un ilustre soldado lejos de la patria para llamar en su nombre á los que, fiados en el honor de Bonaparte, sostenian campañas por él á leguas y leguas del hogar invadido.

Fué este mensajero *Don Martin de La Carrera*, el mejor sable de España, prez inmortal de la heroica Galicia.

III.

En 1806 y 1807 habia visto España salir de su seno 15.000 de sus mejores soldados, que para auxiliar á Bonaparte se incorporaron al ejército del Elba mandado por Bernadotte.

El marqués de la Romana era el jefe de esta pléyade de veteranos, admiracion de Europa.

Bernadotte, segun las instrucciones de Napoleon, habia desparramado las tropas españolas por el Jutland y la Fionia, dificultando sus mútuas comunicaciones y vigilándolas con 75.000 franco-daneses.

Por Junio de 1808 empezaron á llegar á nuestros guerreros las noticias de los sucesos de España, que los sumieron en la más cruel inquietud é incertidumbre.

Unióse á esto la inesperada órden de Urquijo, mandando jurar por rey de España á José Bonaparte.

Entonces fué cuando *Don Martin de La Carrera*, arrostrando los peligros de la empresa, partió en pos del marqués, y le hizo una pintura tan patética de lo ocurrido el 2 de Mayo, que las lágrimas saltaron de aquellos ojos ante los que se habia comido tantas veces la muerte.

En Assem supo el ejército la perfidia de Bonaparte, y ya no pensó más que en regresar á la patria en peligro, costase lo que costase.

La historia ha registrado en sublimes páginas la retirada de nuestros bravos.

Pero se hacia preciso salvar las dificultades con la fuerza y la astucia, prestando ó aparentando prostar juramento á José Bonaparte, para rehuir las medidas del poderoso Bernadotte.

El buen hijo de Galicia, *conde de San Roman*, mandaba el regimiento de la Princesa.

Intímase á éste la orden de jurar.

Forma en batalla, sale un cabo de las filas, presenta el arma, y dice al marqués de la Romana:

—Mi general: mi compañía no jura á José ni á otro alguno, sino á esa bandera, pues en llegando á España, veremos á quien reconocerá la nación.—

Négase el regimiento en masa á obedecer la voz del comandante y á hacer las descargas.

Entonces el valiente coronel *conde de San Roman* dá veinte pasos al frente y dice al general:

—Yo veré si obedecen á su coronel.—

Y en efecto, es obedecido. Se hicieron los dis-

paros; pero los soldados solo juraron *lo que la nacion jurase*.

En la madrugada del 9 de Agosto se apoderó el regimiento del puerto de Nieborg y de sus baterias guardadas por los daneses.

El 10 se embarcó con su bizarro coronel en la escuadra inglesa, que aportó á Langeland.

Amanece el 15 en Kudskiwing, bate al general Alfeld, desarma su division, y le quita seis piezas de artillería.

Todos los destacamentos de la isla se le rinden.

El 12 de Setiembre navega hácia España y desembarca en Santander.

Realizada la vuelta del ejército, cuyo mando durante el viaje recayera en el conde, éste pasa á reforzar la division de Galicia.

Blake se retira, y el *conde de San Roman* cubre su retaguardia desde Bilbao, conteniendo al francés el 6 y 7 de Noviembre en Gueñes.

Al fin chocan los dos ejércitos en Espinosa de los Monteros. Dura la batalla veinticuatro horas, y emprende luego el español su retirada á Leon.

El conde de San Roman muere gloriosamente en la lucha el 11 de Noviembre de 1808.

IV.

Mientras los hijos de Galicia que estaban en el norte de Europa volvian á la patria, los que se ha-

Habian en Portugal despedian tambien aquellas tierras para tornar á las propias.

Bajo el mando del general francés Kessel, se encontraba en Oporto el conde de Maceda al frente del regimiento de Zaragoza.

Al grito de independencia de España, el conde inflama el ardor de sus tropas, y de concierto con el general Beleslá dispone su salida de Oporto el 6 de Junio de 1808.

Antes de partir, sus granaderos prenden á Kessel y á todo su estado mayor, y el resto del regimiento envuelve y desarma á los artilleros y dragones franceses.

Entra el conde en Galicia, y en premio de su ardimiento se le confia la vanguardia de nuestro ejército.

La juventud de las aulas forma el batallon de *Literarios* en Santiago, renovando la memoria de los armamentos escolares de 1663 y 1668 contra los portugueses.

A las órdenes del conde de Maceda sale á campaña, unido á la division gallega que regian Cuesta y Blake.

La desgraciada batalla de Rioseco, —14 de Julio de 1808,—sacrifica á aquellos guerreros generosos, honra de las letras y de las armas españolas.

Si al esfuerzo de nuestros soldados se adunara la pericia de los generales, no hubiera obtenido Bessieres su sangriento triunfo.

Sin esperar órdenes, habian avanzado nuestros bravos con tal ímpetu, que los franceses se creyeron perdidos. Ya habia resonado el grito de *¡viva el rey!* en una batería tomada á los enemigos..... ¡Inmensa desventura la falta de un capitán diestro, hábil y experimentado que supiera sacar partido de nuestras valerosas huestes!

Allí pereció la flor de la juventud gallega. Allí los *Literarios* con su caudillo el conde de Maceda hicieron prodigios de valor, vendiendo sus vidas á precio inolvidable para los invasores.

No penetreis jamás en la magnífica biblioteca de la universidad compostelana, sin derramar una lágrima ante la honrada bandera del *batallón literario*, trofeo legítimo de la gloria de Galicia!

V.

Cinco días despues—19 de Julio—la victoria de Bailen asombraba á Europa: 48.000 franceses habian rendido las armas sobre el campo; dos generales y 2.000 soldados habian pagado con la vida la infamia de Napoleon; todos los caballos, 40 piezas de artillería y las águilas de los regimientos pasaban á poder de los españoles para testificar que ellos sabian vencer á los vencedores del continente.

En aquella jornada cumplió como bueno el famoso regimiento de *Galicia*, aquel que habia sido en otros tiempos el terror de los Países-Bajos al

mando de *Sancho de Londoño*; aquel que habia admirado á Francia por su bizarría hasta el punto de ser conocido en la nacion por el *regimiento de los señores*; aquel cuyos soldados, hijos todos de nuestro territorio, no habian querido engalanarse con los blasones de sus príncipes, bordando en su estandarte el *copon de oro sobre campo de gules*, y teniendo por singular privilegio el no abatir banderas más que á la Magestad Divina; aquel que contaba en su historia inmaculada rasgos de valor y temeridad sin ejemplo, presumiendo siempre que le velaba la proteccion del cielo, de la cual señalaba como prueba incontrastable la aparicion de su célebre caudillo *Pedro del Pan*, ya muerto, combatiendo por él en Flandes; aquel, en fin, que habia grabado en su sacrosanto escudo: *Regali hac tessera nihil pavendum* (1), para atestiguar al mundo que su fé, antes aun que el valor y la fiereza de sus guerreros, le hacia salir triunfante de sus inmortales empresas.

VI.

Nada bastó á impedir que á principios de 1809 la Coruña capitulara con Soult.

Era imposible la defensa, y en vano habian prodigado sus hijos sangre preciosa, unidos á los ingleses que mandaba Moore.

(1) Nada es temible ante nuestra enseña verdaderamente real.

Muerto éste en la noche del 16 de Enero y embarcados los suyos en la madrugada del 17, quedaba la Coruña inerme y abierta al enemigo.

Sault entró en la capital el 20, proclamando á José Bonaparte por rey y exigiendo el juramento de fidelidad á los coruñeses.

El Ferrol y Vigo, únicas plazas fuertes de Galicia hubieron de capitular igualmente.

Pero el hijo del campo hizo lo que no podía hacer el hijo de las ciudades. Organizáronse las partidas de guerrilleros, y por iniciativa de sus leales afiliados se emprendió la reconquista de Galicia en sentido inverso de su pasajera rendicion, es decir, de Sur á Norte.

VII.

Vigo fué la primera plaza que sacudió el yugo napoleónico.

Don Juan Rosendo Arias Enriquez, abad de Valladares y noble vástago de la casa de los marqueses de este título, acaudilló á los entusiastas paladines de la causa más justa.

Uníasele al mismo tiempo *Don Cayetano de Límia*, alcalde de Fragoso, anciano sexagenario no menos brioso que los jóvenes que mandaba.

El 15 de Marzo de 1809 empezaron las hostilidades con la salida de la caballería francesa á dispersar los sitiadores.

Por tres dias se repitió la escena, perdiendo el enemigo hombres y caballos, y decidiéndose á emplear la artillería el 19.

Los gallegos estrecharon el bloqueo, y Arias Enriquez intimó por primera vez al francés la rendicion de la plaza, á lo cual se negó aquél, pretestando lo indecoroso é inseguro de una capitulacion hecha con *paísanos*.

Apareció el 20 entre los sitiadores Don Pablo Morillo, tan célebre despues, y él organizó y disciplinó en lo posible aquella muchedumbre ávida de rescatar cuanto antes la querida Vigo.

Con los refuerzos de Tenreiro, Almeida, Cachamuña, Colombo y otros patricios, Morillo,—elevado á coronel por nuestros valientes,—intimó de nuevo la randidion, amenazando con no dar cuartel si efectuaba el asalto.

Contestaron los franceses con evasivas, pues pretendian ganar tiempo, esperando auxilios de Lamartinière, que estaba en Tuy.

A las diez de la noche del 27 acometieron los españoles por todas partes la muralla y los castillos. El empuje era formidable, y todos los recursos de la plaza no contrarestaban el valor de los nuestros.

Cachamuña llega á la puerta de la Gamboa, pretendiendo derribarla á hachazos. Herido dos veces, desiste del intento, y poco despues un anciano marinero pierde la vida en la misma empresa.

Pero ya la victoria se declaraba por España.

Iban á penetrar los sitiadores, cuando los franceses se rindieron.

A las siete de la mañana del 28 se ratificó la capitulación.

Salieron de Vigo 1.213 soldados y 46 oficiales con su jefe Chalot, que fueron embarcados en las fragatas inglesas *Lively* y *Venus*.

Los vigueses cojieron un rico botin, alhajas y 468.000 reales efectivos en moneda francesa. Entre los despojos del enemigo, se hallaron no pocos robados en el Escorial por La Houssaye, mereciendo citarse el lienzo de aquel monasterio que desde entonces se conoce por la *Virgen de Vigo*.

Al historiar Toreno estas sucesos, dice: «en la »reconquista de Vigo no hubo ni ingenieros ni cañones; fué ganada sólo á impulsos del patriotismo »gallego.»

Pudo añadir el historiador: « apesar de los ingenieros y cañones de los franceses. »

Por remate de la empresa, acaeció que al venir de Tuy 600 hombres de refuerzo para Chalot, dieron con los vencedores, quedando prisioneros 72 y tornando á Tuy solo 80. Los restantes fueron víctimas de la guerra.

Así inició Vigo la reconquista de Galicia, mereciendo ser elevada á *ciudad fiel, leal y valerosa* por la regencia y luego por Fernando VII.

VIII.

Apenas evacuada Vigo por los franceses, la multitud alentada se organizó bajo la dirección de Morillo, formándose el 14 de Abril el regimiento de la *Union*, fuerte de 2.000 plazas en tres batallones.

En el puente de San Payo, centro de las comarcas de Pontevedra y Vigo representadas allí por sus hijos, se bendijo la bandera, y se proclamó coronel al mismo Morillo.

La nueva hueste se reunió á las fuerzas de *Don Martín de La Carrera*, constituyendo la *division del Miño*, mandada por este buen guerrero, que á su limpia y brillante historia militar debia la faja de general de ejército.

Esta falange simbolizaba á Galicia en sus bravos, prez del territorio; en su nombre, que era el de nuestro río; en el escudo de su bandera, la sagrada custodia eucarística; y en su general, que llegó á recorrer victorioso y triunfante la patria en que rodara su cuna, profanada por huellas de conquistadores.

Pontevedra se vió libre, gracias á la improvisada milicia, realizando al fin lo que en vano habian intentado tiempo atrás los leales hijos de aquellos confines.

Los franceses se replegaron á Santiago.

Adelantóse La Carrera con su division, y en las inmediaciones de la ciudad halló á Maucune esperándole.

Se trabó la batalla en el *Campo de la Estrella*, y allí fué vencido y dispersado el francés, perdiendo 600 hombres y gran número de cañones.

El regimiento de la Union dió una carga á la bayoneta, que difundió el pánico entre los enemigos cesando en su ardor nuestros soldados solamente cuando vieron á las puertas de Santiago que ya no habia de frente un imperial.

Entró La Carrera en la antigua patria compostelana, mientras Maucune huía á la Coruña, y pudo rescatar el botin de los franceses, consistente en su mayor parte en plata robada á las iglesias.

Adelante hubiera seguido el general, á no saber que Ney volvía á Galicia desde Astúrias y Soult desde Portugal.

Iba á sonar la hora de la independendencia galáica, y habia de ser teatro de la lid la misma comarca de que habian partido las legiones vencedoras: *San Payo*.

IX.

Al amanecer del 6 de Junio se encontraron en las respectivas orillas del San Payo, el ejército francés, que constaba de 10.000 hombres aguerridos y de todas armas al mando del mariscal Ney,

y la bisona division gallega que, si bien tenia igual número de hombres, no contaba con 7.000 armados, ni con otros cañones que robles horadados y sujetos con anillos de hierro.

Mandaban nuestras tropas,—si tropas podian llamarse,—el conde de Noroña, Don Martin de La Carrera y Don Pablo Morillo.

Al son de tambores y clarines avanza el orgulloso Ney á cruzar el puente, y con tanta sorpresa como despecho lo halla cortado.

Detenido en su marcha por el obstáculo, extiende por la ribera sus líneas de defensa y ataque, enfila los cañones á nuestro bravos de la sierra, y practica un reconocimiento de nuestras fuerzas, que le convence de su propia superioridad, y por tanto de su victoria.

Con estos preparativos empleó el dia entero.

A la aurora del 7 rómpese el fuego de artillería y fusilería.

De nuestras sierras cae una lluvia de piedras sobre el enemigo. Pronto le sucede el hierro y el plomo. Y obedeciendo luego el natural impulso de su corazon, ya no pelean de lejos los gallegos, sino que se arrojan sobre las filas francesas con temeridad inaudita.

Mientras la infantería de Ney agota su esfuerzo contra el aluvion que la arrolla, la caballería intenta vadear el rio.

Tres veces se dirige á la ansiada orilla, y tres

veces es rechazada por nuestros héroes. La corriente se tñe en sangre y se inunda de cadáveres.

Los fuegos de nuestras lanchas cañoneras completan desde la desembocadura del río la obra de destrucción.

El sol brilla ardiente en el mediodía, abrasando con sus rayos á españoles y franceses. Pero la lucha no cesa, y tras de un peloton de gallegos, aparece otro y otro que fatiga, destroza, hiere y mata con encarnizamiento sin igual.

Así llega la noche.

Hay una tregua, que por parte de unos y otros, no es más que la preparacion del supremo esfuerzo para el siguiente día.

Ney destaca un batallon y un escuadron que en el silencio y la oscuridad pasa el puente de Caldelas, dos leguas más arriba del de San Payo, para envolver por sorpresa nuestra retaguardia.

La niebla del 8 favorece el proyecto; más hé aquí que de cada peña, de cada árbol, de cada caña brota un soldado de la patria española, y Francia pierde de nuevo centenares de guerreros.

Ney no acierta con otro recurso que una pronta retirada, decidida con el mayor apremio por su consejo de guerra.

¡Desastrosa retirada! Los gallegos no perdonan medios de estorbar la marcha de los franceses, y los guerrilleros del país diezman los batallones in-

vasores que huyen de San Payo, campo de terror, de luto, de sangre y de muerte.

España premió gozosa la hazaña de nuestras milicias, orlando sus escudos y banderas con el lema que era la prenda de su gloria: *San Payo, siete y ocho de Junio de mil ochocientos nueve.*

Y desde entonces el novel regimiento de la Union fué conocido en la historia por el *Leon de San Payo*.

Hoy puede el viajero leer en el memorable puente, reedificado en 1848, la inscripcion que recordará á la posteridad el heroismo de nuestros padres:

POR FERNANDO SU REY, SOBRE RUINAS
DE AQUESTE PUENTE, EN CELEBRE VICTORIA
ALZÓ GALICIA EL TRONO DE SU GLORIA.

X.

La batalla del puente de San Payo surtió en Galicia los mismos efectos que la de Bailen.

El Ferrol fué evacuado el 17.

La Coruña se vió libre de franceses el 22.

El 1.º de Julio entró en el Ferrol el conde de Noroña, uniéndosele á los dos dias La Carrera con los defensores de San Payo.

El júbilo de los gallegos era inmenso. El 4 y 5 se celebraron funciones cívico-religiosas en la capital del departamento, y poco despues se renovó

la protesta de fidelidad á Fernando VII ante el general La Carrera, que recojió las actas extendidas por los mariscales de Bonaparte.

Las provincias de Lugo y Orense, muy castigadas durante la guerra, despidieron á los vencidos extranjeros, despues de cinco meses de reñidísima estancia en el territorio.

Habian entrado en Galicia 75.000 franceses. Se reunieron en Lugo para salir 21.000. Los restantes—54.000—perdieron la vida á manos de los briosos gallegos. Estos, sin disciplina y mal armados, apenas habian constituido un ejército de 40.000.

Cabe asegurar aquí que las cifras son la mejor elocuencia.

XI.

Los gallegos, teniendo al enemigo ya fuera del país, siguieron la suerte de sus hermanos de España en la guerra de la Independencia hasta su completo y venturoso término.

La Carrera continuó la campaña, y pronto volvió á mostrar sus talentos militares en Alba de Tormes el 28 de Noviembre de 1809.

«Desbandados nuestros ginetes y quebrantadas
»nuestras alas, el general *D. Martín de La Carrera*
»forma con los infantes un cuadro en el centro
»de aquel sangriento teatro. Una, dos y tres veces
»es embestido furiosamente por innumerable caba-

«lleria imperial; mas el terrible cuadro, fulminando por todos sus lados la muerte como una ciudadela movable, se sostiene siempre, y emprende y realiza sin desordenarse su retirada sobre Alba.» (1)

Menos feliz que el territorio gallego, casi toda España sufría el peso de las armas de Napoleon.

Nuestra milicia de San Payo combate en los campos de Santa Engracia.

Su coronel Morillo forma con ella el cuadro, y rechaza denodadamente otras tres veces la mejor caballería francesa, causándole sensibles pérdidas.

El valeroso regimiento es el único que se salva del desorden y confusion general que se introduce en el campo.

El gobierno recompensa el mérito, dando á sus soldados un escudo color verde, bordado en plata, con el lema: *Premio á la Union en 19 de Febrero de 1811*.

A principios de este año toda la Peninsula estaba ocupada por las tropas francesas, excepto Galicia, Murcia y Cádiz.

La Carrera, nombrado comandante general de la caballería del segundo y tercer ejército de la patria, combatía cual siempre, atemorizando con solo su nombre al escarmentado enemigo.

En las calles de Valencia sostuvo lucha desigual con las huestes de Suchet. Tres jefes españo-

(1) Clonard: *Historia de la infantería y caballería española*.

les defendían la ciudad, y la buena fortuna del francés quiso darle una victoria, que no hubiera sido suya, si el general gallego fuera el único en el mando. La derrota de Suchet estaba asegurada por la división de La Carrera; pero la caballería de sus compañeros se replegó hácia él con tal desorden, que confundió las filas desbandándolas y exponiéndolas á un lamentable fracaso.

XII.

Quien habia vivido para su patria, tenía que morir por ella.

El general Soult, hermano del mariscal, ocupó á Murcia por este tiempo.

«Para arrebatársela, —dice Clonard, —ideó una sorpresa *Don Martín de La Carrera*. No concuerrieron á realizarla en ocasión y hora oportuna las fuerzas que debieran, y el intrépido español se halló engolfado en medio de la ciudad con solos 100 ginetes. Todos éstos perecieron noblemente, y La Carrera combatió como uno de los héroes de la Iliada, hasta que rodeado de enemigos y cubierto de heridas, fué á exhalar el último aliento en la calle de San Nicolás. Nuestro ejército lloró la muerte de este bizarro caudillo, y la posteridad no podrá negarle sin injusticia un tributo de admiración.»

¿Cómo se lo negará Galicia, patria del buen

soldado que ciñó de inmortales laureles la heroica *division del Miño*?

Constan por documentos existentes en el archivo del ministerio de la Guerra, los detalles del último hecho de armas del malogrado La Carrera, que enaltecen más y más su nombre imperecedero (1).

Habia entrado Soult sin dificultad en Murcia, muy ageno de pensar que aquel mismo día cayeran sobre él los españoles.

Brindó este acontecimiento ocasion favorable al animoso La Carrera para realizar una proeza digna de inmortal encomio y propia de su valor y patriotismo.

Dispuso, pues, sus tropas de modo que penetrasen en la poblacion simultáneamente y por diversos puntos, lanzándose él á las calles con 100 ginetes.

Soult estaba comiendo con sus oficiales en el palacio episcopal, cuando fué avisado de que La Carrera acababa de entrar en la ciudad inopinadamente, acuchillando franceses por calles y plazas.

Bajó Soult con tanta precipitacion la escalera, que tropezó y hubo de matarse rodando un gran trecho de ella.

(1) Entre dichos documentos hay un expediente de cesion de 1,500 reales mensuales de su sueldo á favor de su abuela la Excelentísima señora Doña Bárbara Bontempo, viuda del general Huot. Dos meses despues de realizado este acto de desprendimiento, ya no existia La Carrera.

Convocando á los imperiales salvados de la furia española, acudió al sitio de mayor peligro, en donde nuestro general daba cuenta de todos los que por delante se le ponían.

La Carrera comprendió que sus compañeros no habían entrado en Murcia, pues que las fuerzas de Soult se dirigían en masa contra él. Instantáneamente se vió aislado de su caballería y rodeado de la francesa.

Ocho ginetes imperiales blandieron sus sables en torno del español. Pero el de este tenía justamente adquirido su título de *primer sable de España*, y no tardó en castigar cruelmente á cuatro de los contrarios.

No podían los franceses obtener ventaja sobre La Carrera, aun herido y vertiendo sangre, cuando una bala traidora alcanzó el funesto triunfo imposible para el arma blanca.

El cadáver de nuestro insigne patricio pareció infundir el espanto en las tropas de Soult, que aquella misma noche abandonaron á Murcia.

Nunca general alguno fué tan llorado por el ejército y la patria como *Don Martín de La Carrera*:

Por orden del gobierno se le hicieron régios funerales, asistiendo a ellos los soldados que tantas veces había llevado á la victoria.

En el tûmulo levantado para sus honras se grabó la siguiente inscripcion:

D. O. M.

ANTERN. D. MART. LA-CARRERA MEM.

GALL. ARMIS VII KAL. FEB. MURCIAE

LUGENTE POPULO VITA FUNCT.

INT. SEN. VOTA AC SACERDOT. PREC.

PRIMUS CETERIQ. DUCES

EXERCIT. PATR. III

VINDICES JUREJUR. POSUERE.

V KAL. MART. ANN. M. D. C. C. C. XII.

A Dios Optimo Máximo. Para eterna memoria de Don Martín de La Carrera, muerto por las armas francesas en Murcia el 26 de Enero, entre las lágrimas del pueblo, los votos del gobierno y las preces de los sacerdotes, el primero y demás jefes del tercer ejército de la patria, jurando ser sus vengadores, erigieron este monumento el 25 de Febrero del año 1812.

Al terminar el oficio fúnebre, el general Mahy arengó al ejército recordando los méritos del ilustre difunto y exigiendo la palabra de vengar su temprana muerte.

Ante las losas manchadas con la sangre de La Carrera se juró odio eterno á los franceses.

Mahy tocó con su espada aquella sangre, los oficiales hicieron lo mismo, y el ejército desfiló por delante de la preciosa huella, arrasados los ojos en lágrimas de dolor.

El escudo del mártir de la patria ostentó desde entonces por leyenda: *La Carrera ganó el premio de su carrera.*

Murcia, perpetuando el recuerdo del drama del 26 de Enero de 1812, en que La Carrera murió matando, dió el nombre del general á la calle y erigió un cenotafio en el sitio del trance.

XIII.

Viva permanece donde quiera la memoria de aquella lucha titánica con el coloso del siglo.

La sangre española se prodigó generosamente en aras de la independencia nacional, y hasta el último suceso de la guerra empuñaron las armas los entusiastas y valerosos hijos de Galicia.

Con no leve sentimiento dejamos de citar aquí tantos y tantos actos de heroísmo como llevaron á cabo los impertérritos varones del solar suevo. Desde el prócer hasta el aldeano, sin excluir á los mismos ministros del altar, todos merecieron bien de la patria y de las generaciones futuras. Labrador hubo que prendió fuego á su casa en donde se albergaba la oficialidad francesa, y no fué éste el único rasgo de abnegacion entre hombres cuya mayor ventura era el sacrificarse por la madre España. A la historia pertenece el detallar aquella epopeya, de la cual son las nuestras muy débiles páginas.

El 31 de Agosto de 1813 tremolaba victoriosa la bandera roja y amarilla en San Marcial.

Cerremos la breve narracion de las hazañas de nuestros padres con el glorioso documento de *Lord Wellington*, que debiera estamparse en letras de oro en las páginas de nuestra historia:

«Guerreros del mundo civilizado:

»Aprended á serlo de los individuos del cuarto
»ejército que tengo el honor de mandar. Cada sol-
»dado de él merece con mas justicia que yo el bas-
»ton que empuño. Todos somos testigos de un valor
»desconocido hasta ahora: del terror, la muerte, la
»arrogancia y serenidad, de todo disponen á su au-
»tojo. Dos divisiones fueron testigos de este com-
»bate original, sin ayudarles en cosa alguna, por
»disposicion mia, para que llevaran una gloria que
»no tiene compañera. Españoles: dedicaos todos á
»imitar á los inimitables gallegos. ¡Distinguidos
»sean hasta el fin de los siglos, por haber llegado
»su denuedo á donde nadie llegó! Nacion española,
»premia la sangre vertida por tantos Cides. Diez y
»ocho mil enemigos con una numerosa artillería
»desaparecieron como el humo, para que no os
»ofendan jamás.

»Cuartel general de Lesaca, 4 de Setiembre de
»1813.»

D. RAMON PARDIÑAS.

I.

Rugen hoy las pasiones con igual fuerza que en la época aciaga de la muerte de Fernando VII, cuando la gran familia española parecía querer acabar consigo misma en una desastrosa guerra civil.

Lejos, muy lejos de nosotros, el propósito de avivar este fuego, recordando en las desventuras presentes una desventura pasada. ¡Así se lograra la paz con la memoria de los males acarreados por nuestras sangrientas discordias!

Victima de ellas fué un guerrero digno de cerrar el cuadro de las glorias militares de Galicia, el noble hijo de Santiago *Don Ramon Pardiñas*, arrebatado por trislísima suerte á una patria que jamás ha podido consolarse de tan irreparable pérdida.

Era un niño, cuando ya sentia en las venas el bélico ardor que demostró en toda su vida. A los catorce años de edad empezaba á servir en el ejército, debiendo á su calidad de descendiente de una

ilustre familia (1) el ingreso en las filas del provincial de Santiago como subteniente el 11 de Setiembre de 1816.

Si se tienen en cuenta las circunstancias personales de Pardiñas, no debe extrañarse que á la primera ocasion oportuna diera pruebas de ser un *realista* decidido. Las instituciones monárquicas se encarnaban entonces con gran arraigo en las clases elevadas, y bien disintamente de las ideas que hoy privan, teníase el rey absoluto por piedra angular de la sociedad.

II.

Hallándose Morillo, capitán general de Galicia, en Lugo el 26 de Junio de 1823, supo la destitucion (si así puede llamarse) de Fernando VII, y la aproximacion de Larrochejaquelin á Galicia.

Entonces se declaró Pardiñas abiertamente por el rey.

Se estipuló en Lugo un armisticio con los franceses de la nunca olvidada intervencion del duque

(1) García de Pardiñas, señor de Villar de Francos en el si. lo xv, casó con Aldonza de Romay, descendiente en línea recta del edebro gallego Suero Yñez de Parada, poderoso feudal del tiempo de Pedro el Cruel. De este matrimonio parte la genealogía de D. Ramon Pardiñas. Se,un la costumbre de principios del siglo, los nobles constituian la oficialidad de los batallones provinciales, mandados por próceres. En la hoja de servicios de Pardiñas se anotan como recomendaciones las más atendibles su buena familia y su lucido patrimonio.

de Angulema, y poco despues se encendió más y más la guerra entre españoles, encarnizadamente divididos por la divergencia de las ideas viejas y de las nuevas.

El constitucional Palarea se vió perseguido por Morillo, que llevaba consigo la caballería de Algarve y los provinciales de Compostela y Lugo.

El 24 de Julio balláronse ambos jefes en el histórico puente de San Payo, favoreciendo la suerte á las armas absolutistas.

En esta accion recibió el bautismo de fuego don Ramon Pardiñas, distinguiéndose por su bravura, como en la del 2 de Agosto, reñida en el Viso.

La division vencedora entró en Vigo al alegre clamor de las campanas y de los vitores populares, entre músicas, cohetes é iluminaciones.

Desde esta ciudad salió Pardiñas á batir las tropas revolucionarias en Cesantes y Valdeorras, acabó con ellas y volvió á Vigo, en donde permaneció de guarnicion hasta Abril de 1824.

Ascendiendo rápidamente por sus servicios, pasó en 1826 á la guardia real, y el 11 de Agosto de 1828 premiaba el monarca su lealtad y su valor nombrándole teniente coronel del provincial de Tuy.

Contaba el nuevo jefe 26 años de edad.

III.

A la muerte de Fernando VII, ardió en España la guerra civil, disputándose el cetro, mas que dos personas, dos principios.

Comenzó con esto para Pardiñas su segunda campaña. Fiel á la memoria de su antiguo soberano, defendió los derechos de la princesa Isabel, por la que estaba destinado á morir.

En 1837 los campos de Baeza fueron testigos de su pericia y esfuerzo militar. Todo el nervio de las fuerzas del carlista Tallada desapareció ante el empuje del jóven brigadier gallego. La fama difundió su nombre por la Peninsula, y la espada de Pardiñas se hizo temible para las facciones.

Por la primavera de 1838 la mala fortuna de Tallada le llevó otra vez á manos de Pardiñas en Castril. Golpe terrible sufrió entonces el Pretendiente. Perdida la batalla, perdió también Tallada la libertad, y no mucho despues la vida.

El cábecilla D. Basilio García experimentó un triste revés en Valdepeñas, y cuando tal vez abrigaba la esperanza de un desquite, se halló acosado por Pardiñas.

El anuncio de su proximidad infundió un pánico horrible en los carlistas, y se arrojaron atropelladamente á las asperezas de Sierra Morena, vaci-

lando allí entre descender á Andalucía ó á Extremadura.

Optó en mal hora por esta D. Basilio. Al frente de sus manchegos fué alcanzado por el infatigable Pardiñas, y el 5 de Mayo de 1838 sufrió en Béjar todo el peso de las armas victoriosas del paladin de la reina.

La expedicion carlista, mutilada hasta un extremo inverosímil, se internó con grandes angustias en Aragon, buscando amparo bajo la poderosa espada de Cabrera.

El nombre de nuestro gallego era el terror de sus enemigos, y la no interrumpida série de sus triunfos les inspiró un odio mortal hácia él y un ánsia la más viva de acabar con semejante leon.

IV.

Llamaba Cabrera á Pardiñas «*mí locayo*,» sin que esto fuera óbice para desearle una mala muerte. Pronto gozó de esta satisfaccion lamentable.

Nuestro bizarro caudillo, justamente elevado á mariscal de campo, fué á parar á las memorables comarcas de Maella el 1.º de Octubre de 1838.

En la infausta accion de aquel dia pereció la brillante pléyade de guerreros que mandaba, subiendo á 1.000 el número de los muertos y á 5.000 el de los prisioneros.

Ínútil fué todo el valor, toda la fiereza de nues-

tros bravos liberales. Una nube inmensa de carlistas envolvió las filas arrollándolas; y pudo compararse la jornada á la inmortal hecatombe de las Termópilas.

El general Pardiñas, rodeado de sus oficiales, peleó como siempre. En breve el hierro y el plomo enemigo mató sus ayudantes. Su caballo cayó herido mortalmente. El estado mayor de Cabrera se precipitó sobre aquel héroe, y multitud de espadas brillaron blandiéndose contra su pecho.

—¡Ríndetel—le gritaban.

—¡Viva la reina!—contestaba el general.

Una mirada en torno suyo le convenció de la fuga de sus tropas, de la cobarde rabia de sus enemigos y de su muerte inevitable.

Se replegó contra un árbol, describiendo círculos mortales con su temible acero.

Solo, absolutamente solo, á pié, derramando sangre de sus heridas, el nuevo Leónidas combatía desesperadamente.

Cabrera divisó desde lejos aquel grupo de hienas contra un bravo sin segundo, y corrió al lugar de la tragedia...

El general *D. Ramon Pardiñas* yacía cadáver en sangriento sudario, sin soltarse de la diestra su invencible espada de gloria.

Nuestro héroe no había cumplido 36 años, y en pos de una carrera inmaculada, sacrificaba su vida en aras de las libertades españolas.

V.

El siguiente día, 2 de Octubre de 1838, la Milicia Nacional de Caspe recogia el cadáver del malogrado caudillo, dándole honrosa sepultura en la iglesia de San Agustín.

«Era Pardiñas—dice Rico y Amat en su *Historia política y parlamentaria de España*—uno de los jóvenes jefes más valientes é instruidos del ejército y de los más halagados por la opinión pública. La instrucción y popularidad le habían abierto en la legislatura anterior las puertas del Congreso, trazando ante sus ojos un magnífico porvenir de gloria y engrandecimiento. Quizá estaba destinado á ser el antagonista de Espartero y á representar el papel de Narvaez en la historia militar y política de nuestro país. Fué el primero y el único general cristino que murió en la guerra civil peleando al frente de sus tropas, víctima de su temeridad y arrojo.»

Los triunfos del ejército liberal no consolaron el dolor de tanta pérdida, y el recuerdo de la bravura y la desgracia del joven guerrero hizo inmortal su honrado apellido.

La fecunda y heroica Galicia registró en sus fastos otra gloria imperecedera: *Ramon Pardiñas*.

INDICE.

	<u>Págs.</u>
Prólogo	5
Viariato el Régulo.....	9
Guillen Gonzalez.....	15
Alonso Suarez de Deza.....	23
Fernando de Castro.....	35
Fernan Perez Churruchao.....	47
Andrade el Bueno.....	57
Rodrigo de Villandrando.....	71
El conde de Camiña.....	81
Pedro Pardo de Cela.....	93
Alonso Fernandez de Lugo.....	107
D. Fernando de Andrade.....	131
Alfonso Pita da Veiga.....	143
D. Rodrigo Pimentel.....	147
D. Martin de La Carrera.....	157
D. Ramon Pardiñas.....	183

